

De repente
llaman a la puerta
ETGAR KERET

Nuevos Tiempos *Siruela*



DE REPENTE LLAMAN A LA PUERTA

Etgar Keret

De repente llaman a la puerta

–Cuéntame un cuento –me ordena el hombre con barba que está sentado en el sofá de mi salón.

Reconozco que la situación me resulta bastante incómoda, porque yo escribo cuentos, pero no soy un cuenta cuentos. Y además no lo hago por encargo. La última persona que me pidió que le contara un cuento fue mi hijo, hace un año. Inventé algo sobre un hada y un ratón de campo, ni siquiera recuerdo qué, solo sé que a los dos minutos ya se había quedado dormido. Mientras que la situación de ahora es completamente distinta. Porque mi hijo no tiene barba. Ni pistola. Y porque mi hijo me pidió el cuento, mientras que la intención de este hombre es robármelo.

Procuro explicarle al barbudo que si enfunda la pistola será mucho mejor para él. Para los dos, en realidad. Porque es difícil que se te ocurra un cuento mientras te están encañonando la cabeza con una pistola cargada. Pero el tipo insiste.

–En este país –explica–, cuando quieres algo, tienes que exigirlo por la fuerza.

Es un inmigrante judío recién llegado de Suecia. En Suecia la situación es completamente diferente. Allí, cuando se quiere algo, se pide educadamente y, por lo general, te lo dan. Pero en el asfixiante y enrarecido Oriente Medio, eso no es así. A uno le basta con pasar aquí una semana para entender cómo funcionan las cosas. O para ser más exactos, para entender cómo no funcionan. Los palestinos pidieron con muy buenos modales un estado. ¿Se lo dieron? ¡Y una mierda! Mientras que cuando pasaron a hacerse saltar por los aires en autobuses cargados de niños, empezaron a escucharlos. Los colonos quisieron que se les enviara a alguien con quien dialogar. ¿Les enviaron a alguien? Otra mierda, eso es lo que les enviaron. Pero en cuanto se pusieron a repartir hostias y a lanzarles aceite hirviendo a los guardias de fronteras, los estamentos empezaron a querer tomar contacto. Este país solo entiende el lenguaje de la fuerza y no importa que se trate de un asunto de política, de economía o de una plaza de aparcamiento. Aquí solo entendemos la fuerza.

Suecia, el lugar desde el que el barbudo ha inmigrado, es un país progresista y avanzado en no pocos campos. Porque Suecia no es solo ABBA, IKEA y el Premio Nobel. Suecia es todo un mundo de cosas, y lo muchísimo que tienen lo han conseguido exclusivamente por las buenas. En Suecia, si se le hubiera ocurrido ir a casa de la solista de Ace of Base y llamar a la puerta para pedirle que le cantara una canción, ella le habría preparado una taza de té, habría sacado la guitarra de debajo de la cama y se habría puesto a tocar. Y todo con una sonrisa. ¿Pero aquí? Si no llevara una pistola en la mano seguro que yo lo habría echado a patadas escaleras abajo.

–Mira... –le digo intentando que entre en razón.

–Nada de mira –exclama furioso el barbudo montando el arma–, o el cuento o un balazo en la cabeza.

Así que comprendo que no tengo alternativa, que el tipo va completamente en serio.

–Hay dos personas sentadas en una habitación –empiezo–, cuando de repente alguien llama con los nudillos a la puerta.

El barbudo se yergue. Por un momento creo que el cuento lo ha atrapado. Pero no. Está escuchando otra cosa. Y es que realmente hay alguien llamando a la puerta con los nudillos.

–Abre –me dice–, y no intentes nada. Échalo de aquí lo más deprisa posible, porque si no esto va a acabar muy mal.

El joven de la puerta es un encuestador. Quiere hacerme unas cuantas preguntas. Muy

cortas. Sobre la elevadísima humedad que hay aquí en verano y cómo esta afecta a mi estado de ánimo. Le digo que no quiero que me haga la encuesta, pero él, de todos modos, se cuela dentro.

–¿Quién es? –me pregunta, señalando hacia el barbudo.

–Es mi sobrino, de Suecia –le miento–. Ha venido para enterrar aquí a su padre que ha muerto en un alud de nieve. En estos momentos estábamos mirando el testamento. ¿Serías, pues, tan amable de respetar nuestra intimidad marchándote ahora mismo?

–¡Anda ya! –me dice el encuestador, dándome una palmadita en el hombro–, si son cuatro preguntitas de nada. Deja que este colega se pueda ganar el pan. Me pagan por encuesta hecha.

Se despatarra en el sofá con su carpeta. El sueco se sienta a su lado. Yo sigo de pie, intentando parecer convincente.

–Te ruego que te vayas –le digo–, has llegado en mal momento.

–¿Cómo que en mal momento? ¿Porque no soy lo suficientemente blanco? Para los suecos veo que sí dispones de todo el tiempo del mundo, pero para este marroquí que como soldado recién llegado del frente del Líbano se ha dejado allí el bofe, para este menda, no tienes ni un triste minuto.

Intento explicarle que eso no es así, que simplemente se le ha ocurrido llegar en un momento delicado para el sueco y para mí. Pero el encuestador se acerca el cañón de su pistola a los labios indicándome que me calle la boca.

–Anda ya –me dice–, déjate de excusas. Siéntate ahí en el sillón y desembucha.

–¿Que desembuche qué? –le pregunto.

La verdad es que ahora sí que estoy nervioso. El sueco también tiene una pistola y aquí se puede llegar a armar un verdadero enfrentamiento entre Oriente y Occidente o algo así, por la diferencia de mentalidad. O hasta quizá resulte que al sueco le dé por rayarse porque quería el cuento para él solito.

–No intentes tomarme el pelo –me amenaza el encuestador–, que soy de mecha corta. Venga, larga ya de una vez un cuento.

–Eso –se le une el sueco, con una sorprendente complicidad mientras también me apunta con su arma y yo carraspeo para volver a empezar.

–Tres personas están sentadas en una habitación...

–Y nada de «de repente llaman con los nudillos a la puerta» –me advierte el sueco.

El encuestador no entiende a qué se refiere, pero le sigue la corriente.

–Dale ya –exclama–, y sin llamadas a la puerta. Cuéntanos otra cosa. Algo que nos sorprenda.

Callo un momento y tomo aire. Los dos tienen la mirada fijada en mí. ¿Por qué tendré que verme siempre en situaciones como estas? A Amos Oz o a David Grossman nunca les pasaría algo así. De repente se oyen unos golpecitos en la puerta. La mirada de concentración de los dos se vuelve ahora amenazadora. Yo me encojo de hombros. No tengo nada que ver con eso, ni mi cuento tiene nada que ver con esa llamada a la puerta.

–Deshazte de él –me ordena el encuestador–, sea quien sea, dile que se pire.

Abro la puerta solo una rendija. Es un repartidor que trae una pizza.

–¿Eres Keret? –me pregunta.

–Sí –le digo–, pero yo no he pedido ninguna pizza.

–Aquí pone Zamenhof ¹⁴ –insiste, agitando una nota delante de mis narices y colándose dentro.

–Lo pondrá –le digo–, pero yo no he pedido ninguna pizza.

–Una familiar –se empecina él–, mitad de piña, mitad de anchoas. Está pagada. Con tarjeta. Solo tienes que darme la propina y me largo volando.

–¿Tú también has venido a por el cuento? –le pregunta el sueco.

–¿Qué cuento? –se extraña el repartidor de pizza.

Pero se le nota que miente, porque es muy mal actor.

–Venga, sácala –le espeta el encuestador–, saca la pistola de una vez.

–No tengo ninguna pistola –confiesa el repartidor, dejando asomar, sin embargo, de debajo de la caja de cartón, un largo cuchillo de carnicero–, pero lo haré picadillo si no se inventa enseguida una buena historia.

Ahora están los tres sentados en el sofá. El sueco a la derecha, a su lado el repartidor y a la izquierda el encuestador.

–Yo así no puedo –les digo–, no se me va a ocurrir ningún cuento si estáis ahí los tres con la tontería de las armas. Salid un rato a dar una vuelta y cuando volváis veré si os tengo algo preparado.

–Lo que va a hacer el mierda este es llamar a la policía –le dice el encuestador al sueco–. Se cree que nos chupamos el dedo.

–Venga, suelta ya uno y nos vamos –me suplica el repartidor de pizza–, uno cortito. No seas tacaño, que corren muy malos tiempos entre el paro, los atentados y los iraníes. La gente está sedienta de otra cosa. ¿Qué crees que nos ha traído hasta tu casa a unas personas normalitas como nosotros? La desesperación, hombre, la desesperación.

Yo asiento y vuelvo a empezar.

–Cuatro personas están sentadas en un sofá. Hace calor. Se aburren. El aire no funciona. Uno pide un cuento. Los demás le hacen coro...

–Eso no es un cuento –exclama irritado el encuestador–, eso es un informe de la situación, de lo que en este momento está pasando aquí. Precisamente de lo que estamos intentando escapar. No nos recicles la realidad como el camión de la basura. Dale a la imaginación, colega, inventa algo, venga, lo más increíble posible.

Vuelvo a empezar.

–Un hombre está sentado en una habitación. Está solo. Es escritor. Quiere escribir un cuento. Ha pasado mucho tiempo desde que escribió su último cuento y siente una fuerte añoranza. Echa de menos la sensación de crear algo a partir de algo. Sí, algo a partir de algo. Porque eso de crear algo de la nada es para cuando de verdad se inventa algo. Y eso ni merece la pena ni es gran cosa. Mientras que crear algo a partir de algo quiere decir saber descubrir algo que ya existía todo el tiempo en ti y descubrirlo a través de algo que ha sucedido y que nunca antes había pasado. Finalmente, el hombre decide escribir sobre la situación. No sobre la situación política, ni tampoco sobre la situación social del país. Decide escribir un cuento sobre la situación humana, o mejor dicho, sobre la condición humana tal y como él la está experimentando en ese mismo momento. Pero no se le ocurre nada. Porque la situación humana, tal y como él la está viviendo en ese momento, según parece, no merece ningún cuento. Está a punto de renunciar a la idea cuando de repente...

–Ya te lo he advertido –me interrumpe el sueco–, nada de llamadas a la puerta.

–Es que tiene que ser así –me empeño yo–, sin que llamen a la puerta no hay cuento.

–Déjalo –dice el repartidor de pizza suavemente–. Dale un poco de libertad. Que quiere que llamen a la puerta, pues que llamen. ¡Lo que sea, con tal de que nos cuente un cuento de una vez!

Mentiralandia

Robi dijo la primera mentira a los siete años. Su madre le había dado un billete viejo y arrugado y le había pedido que fuera a la tienda a comprarle una cajetilla de Kent largos. Con el dinero, Robi se compró un helado. Las monedas del cambio las escondió debajo de una piedra grande en el patio trasero del edificio en el que vivían, y cuando volvió a casa le contó a su madre que un niño pelirrojo con un aspecto horroroso y al que le faltaba uno de los dientes delanteros lo había parado en plena calle y le había dado una bofetada quitándole el billete. Ella se lo creyó. Y desde entonces Robi no ha dejado de mentir. Cuando estaba en el instituto se fue a Eilat y se tiró en la playa casi una semana después de haberle vendido al tutor de su curso el cuento de que a su tía de Beer-Sheva le habían diagnosticado un cáncer. En la mili esa tía imaginaria ya se había quedado ciega y así es como pudo ayudar a Robi a salir del lío en el que se había metido por abandono del puesto de guardia, y eso sin ser ni detenido ni siquiera arrestado. En el trabajo justificó en una ocasión un retraso de dos horas con la mentira de que se había encontrado un pastor alemán atropellado en la cuneta y que lo había llevado al veterinario. En la mentira el perro se quedó paralítico de dos patas y el retraso fue completamente olvidado. Fueron muchísimas las mentiras que Robi Elgrabli tuvo ocasión de contar durante su vida. Mentiras mancas y enfermas, violentas y malvadas, mentiras con piernas y con ruedas, mentiras con americana y mentiras con bigote. Unas mentiras que se inventaba al instante, sin pensar en que un día fuera a tener que volver a encontrarse con ellas.

Todo empezó en un sueño. Un sueño corto y muy poco claro sobre su madre muerta. En el sueño estaban sentados los dos en una esterilla en medio de una plataforma blanca, sin más detalles, una extensión blanca que parecía no tener ni principio ni fin. A su lado, en la infinita plataforma blanca había una máquina expendedora de chicles, de las antiguas, con la parte de arriba transparente y una rendija por la que se echaba la moneda. Si se giraba una palanca, le salía a uno un chicle de bola. En el sueño la madre de Robi le dijo que empezaba a fastidiarle eso de estar en el otro mundo, porque aunque la gente ahí era muy buena, no había cigarrillos.

–No es solo que no haya cigarrillos, sino que encima no hay café, ni existe la emisora Reshet bet. ¡No hay nada de nada! Tienes que ayudarme, Robi –le dijo–, tienes que comprarme un chicle. Recuerda que yo te crié, hijo mío. Durante un montón de años te lo di todo sin pedir nada a cambio. Y ahora ha llegado el momento de recompensar un poquito a tu anciana madre. Cómprame una bola de chicle. A ser posible, roja. Aunque si te sale una azul, tampoco pasa nada.

En el sueño, Robi rebuscó una moneda en los bolsillos, pero no encontró ninguna.

–No tengo dinero, mamá –le dijo bañado en lágrimas–, no tengo ni una perra, me he buscado bien en todos los bolsillos.

Siendo como era que él nunca lloraba cuando estaba despierto, resultaba raro que ahora llorara en el sueño.

–¿Has buscado también debajo de la piedra? –le preguntó su madre, cubriendo con su mano la de él–, ¿estarán todavía ahí aquellas monedas?

Y entonces se despertó. Eran las cinco de la mañana de un *sabbat* y fuera todavía estaba oscuro. Robi se encontró montándose en el coche y dirigiéndose al lugar en el que vivió de niño. Como era sábado por la mañana, sin tráfico en la carretera, le llevó menos de veinte minutos llegar. En la planta baja del edificio, donde en su día había estado la tienda de Pliskin, habían abierto un todo a cien, y al lado, en lugar de la

zapatería, había ahora una tienda de una compañía de móviles que tenía tal variedad de terminales en el escaparate que se diría que no existía el mañana. Pero lo que era el edificio en sí, seguía igualito que siempre. Habían pasado más de veinte años desde que se fueron y entre tanto ni siquiera lo habían vuelto a pintar. El patio también seguía igual, con unas cuantas flores, el grifo, el viejo manómetro oxidado y un montón de malas hierbas. Y en un rincón del patio, al lado del tendedero que todos los años convertíamos en *sukah*

[1]

, estaba la piedra blanca.

Se quedó allí de pie, en el patio trasero de la casa en la que se crió, con el anorak militar, una linterna de plástico grande y sintiéndose muy raro. Eran las cinco y media de la mañana de un sábado. Si de repente llegaba a salir un vecino, ¿qué le iba a poder decir? «¿Mi madre muerta se me ha aparecido en sueños y me ha pedido que le compre un chicle de bola, así que he venido a por unas monedas?» Resultaba bastante raro que la piedra siguiera allí después de tantos años. Aunque pensándolo bien, tampoco es que las piedras se dediquen a marcharse por su cuenta a ningún lado. Levantó la piedra con cierto miedo, como si bajo ella pudiera encontrarse escondido un escorpión. Pero allí no había ni escorpión ni serpiente ni ningunas monedas de lira, sino un hueco del diámetro de una toronja que irradiaba luz. Robi intentó mirar el interior del hueco, pero la luz lo cegaba. Vaciló un instante, metió dentro la mano y después el brazo entero, hasta el hombro. Se echó en el suelo esforzándose por llegar a tocar algo en el fondo del foso. Pero este no tenía fondo y lo único que consiguió tocar tenía el tacto de un frío metal. Como de una palanca. La palanca de una máquina expendedora de chicles. Robi giró la palanca con todas sus fuerzas y notó que el mecanismo le obedecía. Ahora había llegado el momento en el que un enorme chicle redondo debía salir recorriendo el camino que va desde el interior metálico de la máquina hasta la palma de la mano del emocionado niño que lo espera impaciente. Ahora era el momento en el que todo eso debía suceder. Pero no sucedió. Porque en el momento en el que Robi terminó de girar la palanca apareció aquí.

Ese «aquí» era otro lugar, pero también conocido. El lugar del sueño con su madre. Un lugar completamente blanco, sin paredes, sin suelo, sin techo, sin sol. Solamente blanco y con una máquina de chicles. Una máquina de chicles y un niño pelirrojo, bajito y feo al que Robi no vio en un primer momento. Y antes de que a Robi le hubiera dado tiempo a sonreírle o a decirle algo, el pelirrojo le dio una patada en la pierna con todas sus fuerzas haciéndolo caer de rodillas. Ahora, allí arrodillado y gimiendo de dolor, Robi y el niño eran exactamente de la misma altura. El pelirrojo miró a Robi a los ojos y, a pesar de que Robi sabía muy bien que nunca antes se habían visto, aquel niño le resultaba familiar.

—¿Quién eres? —le preguntó al niño pelirrojo que tenía delante jadeando.

—¿Yo? —le respondió el niño con una perversa sonrisa que dejó al descubierto que le faltaba uno de los dientes delanteros—. Soy tu primera mentira.

Robi intentó levantarse. La pierna en la que el pelirrojo le había dado la patada le dolía a rabiar. El pelirrojo, entre tanto, hacía ya rato que había salido huyendo de allí. Robi examinó de cerca la máquina expendedora de chicles. Entre las bolas de chicle se escondían unas bolas de plástico medio transparentes con sorpresa dentro. Buscó una moneda en los bolsillos y se acordó de que el niño pelirrojo le había arrebatado la cartera antes de escapar. Robi se puso a cojear sin rumbo fijo. Como en la plataforma blanca no había ningún punto de referencia que no fuera la máquina de chicles, lo único que podía hacer era intentar alejarse de ella. Cada pocos pasos volvía la cabeza para comprobar que realmente la máquina se iba haciendo cada vez más pequeña, y una de las veces que miró hacia atrás vio un pastor alemán y a su lado un hombre viejo y enjuto con un ojo de cristal y las dos manos amputadas. Al perro lo reconoció

enseguida, por cómo avanzaba medio reptando, ya que las patas delanteras arrastraban tras de sí, con gran esfuerzo, la parte de atrás del cuerpo, la paralizada. Aquel era el perro atropellado de la mentira. Y el perro, jadeando por el esfuerzo y muy nervioso, estaba muy contento de verlo. Le lamió la mano a Robi mientras lo miraba fijamente. Al hombre flaco Robi no conseguía identificarlo. El anciano le tendió el gancho que llevaba montado sobre el muñón derecho para estrecharle la mano.

–Robi –dijo este con una inclinación de cabeza.

–Igor –se presentó el anciano, palmeándole la espalda a Robi con uno de los ganchos.

–¿Nos conocemos? –le preguntó Robi, tras unos segundos de vacilante silencio.

–No –respondió Igor, levantando la correa con uno de los ganchos–. Estoy aquí por él. Te ha oído a varios kilómetros de distancia y se ha puesto muy nervioso. Ha querido que viniéramos.

–Entonces usted y yo no tenemos nada que ver –dijo Robi con cierto alivio.

–¿Tú y yo? –dijo Igor–. En absoluto. Yo soy la mentira de otra persona.

A Robi le habría encantado preguntarle de quién era la mentira, pero no estaba muy seguro de que resultara educado hacerlo. En realidad, quería preguntarle también qué lugar era aquel y si había allí mucha más gente, o más mentiras, o como quiera que se llamaran a sí mismos, fuera de él, pero temía que esa pregunta resultara también demasiado delicada. Así que en lugar de hablar se limitó a acariciar al perro cojo de Igor. El perro era muy cariñoso. Parecía estar muy contento de ver a Robi y este se compadeció de él y se sintió culpable por no haber inventado una mentira menos trágica y dolorosa.

–La máquina de los chicles –le preguntó a Igor tras unos minutos–, ¿con qué monedas funciona?

–Con liras –le dijo el anciano.

–Antes ha estado aquí un niño que se ha llevado mi cartera –le dijo Robi–, pero aunque me la hubiera dejado no llevaba liras en ella.

–¿Un niño al que le faltaba un diente? –le preguntó Igor–. Ese pájaro roba a todo el mundo. Hasta le come el pienso al perro. Nosotros, en Rusia, a un niño como ese, lo sacaríamos en camiseta y calzoncillos a la nieve y no lo dejaríamos volver a entrar en casa hasta que no tuviera todo el cuerpo bien azul.

Igor se señaló con uno de los ganchos el bolsillo trasero del pantalón.

–Ahí hay unas cuantas liras. Cógelas, es un regalo que te hago.

Robi, confuso, sacó una lira del bolsillo de Igor y, tras darle las gracias, intentó ofrecerle a cambio su reloj Swatch.

–Gracias –sonrió Igor–, pero ¿para qué necesito yo un reloj de plástico? Además, nunca tengo prisa por llegar a ningún sitio.

Y al ver que Robi buscaba otra cosa para darle, en vez del reloj, se apresuró a tranquilizarlo:

–Pero si el que está en deuda contigo soy yo. Si no fuera por tu mentira del perro, ahora me vería aquí completamente solo. De manera que ya estamos en paz.

Robi se fue cojeando muy deprisa en dirección a la máquina de chicles. La patada del niño pelirrojo le seguía doliendo, pero menos. Echó la lira en la máquina, inspiró profundamente, cerró los ojos y giró la palanca con rapidez.

Se encontró echado en el suelo del patio de su antigua casa. La primera luz empezaba ya a pintar el cielo de un tono añil. Robi sacó la mano apretada en un puño del profundo foso, y cuando la abrió descubrió en ella un chicle redondo y rojo.

Antes de marcharse puso la piedra en su sitio. No se preguntó qué era lo que exactamente había pasado allí, en el foso, sino que se limitó a montarse en el coche, puso marcha atrás y se fue de allí. El chicle rojo lo metió debajo de la almohada, para su madre, por si volvía en sueños.

Durante los primeros días Robi todavía pensó mucho en aquello, en el perro, en Igor y

en sus demás mentiras, con las que, por suerte, no se había encontrado. Porque estaba aquella extraña mentira que una vez le había dicho a Ruti, su novia anterior, cuando no había ido a la cena del viernes a casa de los padres de ella y le dijo que su sobrina que vivía en Netania tenía un marido muy violento que la amenazaba con matarla y que por eso había tenido que ir allí a calmar los ánimos. Hasta hoy no entendía cómo había sido capaz de inventar una historia tan demencial como esa. Quizá fuera porque creía que cuanto más complicada y retorcida fuera la excusa, Ruti más se la creería. Hay personas que cuando no van a cenar a la casa a la que están invitados el viernes por la noche se limitan a decir que les duele la cabeza, mientras que por culpa de esa mentira que él había dicho, ahora vivirían no lejos de allí, en una especie de foso bajo tierra, un marido loco y una mujer maltratada.

No regresó al foso, pero algo de aquel lugar seguía en él. Al principio todavía siguió mintiendo, pero decía mentiras positivas, nada de pegar palizas, ni de personas que cojeaban o que tenían cáncer. Llegaba tarde al trabajo porque había tenido que ir a regar las plantas a casa de una tía suya que se había ido a visitar a su maravilloso hijo a Japón; no había podido asistir a una fiesta de *britah*

[2]

porque una gata había parido en su puerta y él se había tenido que ocupar de los gatitos. Y cosas por el estilo. Pero el problema con todas estas mentiras positivas era que resultaba mucho más difícil inventarlas. Por lo menos las que sonaban creíbles. Porque cuando uno le cuenta a alguien algo malo, enseguida se lo traga y le parece de lo más normal. Mientras que cuando te inventas cosas buenas, la gente tiende a sospechar. Así que poco a poco Robi se encontró con que cada vez mentía menos. Sobre todo por pereza. Y con el tiempo también fue pensando cada vez menos en aquel lugar. En el foso. Hasta la mañana en la que oyó en el pasillo a Natasha, la de presupuestos, hablando con el jefe de su departamento. Le estaba pidiendo que le diera urgentemente un permiso de unos pocos días porque su tío Igor había sufrido un infarto. Un pobre viudo con muy mala suerte que había perdido las dos manos en un accidente de tráfico en Rusia y que ahora se encontraba completamente solo y desamparado. El jefe le dio el permiso y Natasha se fue a su despacho, cogió el bolso y salió del edificio. Robi la siguió hasta el coche. Cuando Natasha se paró para sacar las llaves del bolso, él también se detuvo y ella se volvió hacia él.

—¿Trabajas en compras? —le dijo—. Eres el ayudante de Zaguri, ¿verdad?

—Sí —asintió Robi—, me llamo Robi.

—Vaya, Robi —exclamó Natasha dedicándole una nerviosa sonrisa rusa—, pues ¿qué te cuentas? ¿Qué querías?

—Es por lo de la mentira que le acabas de decir al jefe de tu departamento —tartajearon Robi—, que sé quién es.

—¿Me has seguido todo este rato hasta el coche solo para acusarme de ser una mentirosa? —le soltó Natasha.

—No —se defendió Robi—, si no te estoy acusando de nada, de verdad. Que seas una mentirosa me parece genial. Yo también lo soy. Pero al Igor de tu mentira lo conozco. Tiene un corazón de oro. Y tú, perdona que te lo diga, te has pasado inventándole más desgracias. Así que lo que te quiero decir es que...

—¿Podrías apartarte? —lo cortó Natasha con frialdad—. No me dejas que abra la puerta del coche.

—Sé que suena demencial, pero te lo puedo demostrar —dijo Robi, ahora ya muy nervioso—. Igor solo tiene un ojo, bueno, quiero decir que es tuerto. Seguro que una vez mentiste diciendo que Igor había perdido un ojo, ¿a que sí?

Natasha, que ya se estaba montando en el coche, se detuvo en seco.

—¿De dónde te sacas tú eso? —le dijo con recelo—. ¿Eres amigo de Slava?

—No conozco a ningún Slava —balbució Robi—, solo a Igor. Si quieres te puedo llevar

hasta él.

Estaban en el patio trasero del edificio. Robi apartó la piedra, se echó en la tierra húmeda y metió el brazo en el agujero. Natasha estaba allí de pie a su lado. Él le tendió la mano libre y dijo:

–Agárrate fuerte.

Natasha miró a aquel hombre tendido allí a sus pies. De unos treinta y pico, guapo, vestido con una camisa blanca, limpia y muy bien planchada que ahora, en realidad, estaba menos limpia y muchísimo menos planchada, con un brazo metido en un agujero y la mejilla pegada al suelo.

–Agárrate fuerte –repitió Robi, mientras ella no hacía más que preguntarse a sí misma, mientras le daba la mano, cómo era posible que siempre se las arreglara para dar con tarados como ese.

Cuando él había empezado con sus bobadas junto al coche, Natasha había creído que quizá solo se tratara de una clase de humor algo especial, o de alguna tonta broma típica israelí para la cámara indiscreta, pero ahora se daba cuenta de que aquel chico de mirada tierna y azorada sonrisa estaba para que lo encerraran en un manicomio. Sus dedos se aferraron con fuerza a los de ella. Se quedaron así, completamente quietos por un momento, él echado en el suelo y ella de pie, un poco encorvada y mirándolo confundida.

–Pues vale –susurró Natasha muy bajito y con un tono casi de terapeuta–, ya estamos agarraditos de la mano, ¿y ahora qué?

–Pues ahora voy a girar la palanca –dijo Robi.

Les llevó muchísimo tiempo dar con Igor. Primero se encontraron con una mentira peluda y jorobada, por lo visto la mentira de un argentino que no hablaba ni una palabra de hebreo, y después con otra mentira de Natasha, un policía religioso de lo más pesado que estaba empeñado en seguirlos para que le mostraran la documentación y que, encima, ni siquiera había oído hablar de Igor. La que terminó por ayudarlos fue la sobrina maltratada de Robi, la de Netania. Se la encontraron dando de comer a los cachorritos de la gata de la última mentira de él. La tal sobrina hacía ya unos días que no veía a Igor, pero sabía dónde podrían encontrar al perro. Y este, cuando terminó de lamerle las manos y la cara a Robi, pareció encantado de guiarlos hasta la cama de su amo.

Igor estaba bastante mal. Tenía la piel completamente amarilla y se encontraba empapado en sudor. Pero al ver a Natasha esbozó una enorme sonrisa. Estaba tan contento de que hubiera ido a verlo, que hasta se empeñó en levantarse para abrazarla, aunque apenas se tenía en pie. Cuando la abrazó, Natasha se echó a llorar y empezó a pedirle perdón, porque el tal Igor, además de ser una de sus mentiras, era tío suyo. Un tío que ella se había inventado, sí, pero su tío al fin y al cabo. Igor le dijo que no tenía por qué disculparse y que aunque la vida que había inventado para él no siempre fuera de lo más fácil, él disfrutaba de cada momento y que no tenía por qué preocuparse, ya que en comparación con el accidente de tren en Minsk, el rayo que le había caído en Vladivostok y el ataque de la jauría de lobos rabiosos en Siberia, el infarto que acababa de sufrir era una menudencia. Después, al regresar a donde estaba la máquina de chicles, Robi metió por la ranura una moneda de lira, agarró la mano de Natasha y le pidió que hiciera girar la palanca.

Cuando estuvieron de nuevo en el patio del edificio, Natasha vio que tenía en la palma de la mano una bola de plástico con una sorpresa dentro, un feísimo colgante de plástico amarillo con forma de corazón.

–¿Sabes? –le dijo a Robi–, esta tarde tenía que marcharme al Sinaí con una amiga para pasar unos días, pero creo que lo voy a anular y que mañana volveré aquí para cuidar de Igor. ¿Querrás venir conmigo?

Robi asintió. Sabía que para poder ir con ella mañana tendría que decir alguna mentira

en la oficina y, aunque todavía no había planeado exactamente cuál, ya sabía que se trataría de una mentira alegre y que tendría mucha luz, flores, sol y, quién sabe, puede que hasta unos cuantos bebés sonrientes.

Quesu-Cristo

¿Os habéis parado a pensar alguna vez en cuál es la última palabra más frecuentemente pronunciada por los que están a punto de fallecer de una muerte violenta? El Instituto Tecnológico de Massachusetts ha llevado a cabo un importante estudio sobre la cuestión entre las distintas comunidades de Norteamérica y ha llegado a la conclusión de que la palabra no es otra sino «joder». Un 80% de los que están a punto de morir dice «hay que joderse», el 6% dice solamente «joder», y hay un 2,8% que dice «joder, tú», que aunque en su caso la última palabra sea «tú», esta no tendría sentido sin ir acompañada del «joder» que la precede. ¿Y qué es lo que dice Jeremy Kleinman cuando llega medio muerto de hambre a la cantina de arriba? Dice: «sin queso». Jeremy dice eso porque acaba de pedir algo en una hamburguesería llamada Quesu-Cristo, y como en la carta no tienen hamburguesas solas, Jeremy, que come *kosher*, pide una hamburguesa con queso pero sin queso. La responsable del restaurante ni se inmuta. Son muchísimos los clientes que ya se lo han pedido con anterioridad. Tantos que ha sentido la necesidad de informar de ello con unos cuantos correos electrónicos detallados al director general de la red de hamburgueserías Quesu-Cristo, que tiene la central en Atlanta. Le ha pedido que añada a la carta la posibilidad de pedir simplemente una hamburguesa. «Muchísima gente me la pide, y se ven obligados a pedirme una hamburguesa con queso pero sin queso, lo cual le resulta al cliente bastante ridículo, a la vez que embarazoso. Y si me lo permite le diré que también a mí me resulta embarazoso, por la empresa en general. Hace que me sienta como una tecnócrata, y a los clientes los lleva a pensar que la cadena es una empresa inflexible a la que tienen que engañar con triquiñuelas para conseguir lo que quieren». El director general no ha contestado a sus correos, y el hecho de no haber obtenido respuesta ha sido para ella todavía más embarazoso y humillante que todas las veces que le han pedido una hamburguesa con queso sin queso. Cuando un empleado dedicado y responsable se dirige a su superior haciéndolo partícipe de un problema, y con mayor razón si se trata de un problema laboral relacionado con el lugar de trabajo, lo mínimo que puede hacer el superior es reconocer que el problema existe. El director general hubiera podido escribirle diciéndole que el asunto está siendo estudiado, o que aprecia que le haya escrito pero que lamenta el hecho de que la carta del local no vaya a poder ser modificada, o un millón de respuestas llenas de palabrería similar. Pero no. No le ha contestado. Lo que ha hecho que ella se sienta muy poca cosa. Exactamente igual que aquella noche en New Haven cuando Nick, su novio, empezó a tirarle los tejos a la camarera sin importarle que ella estuviera sentada a su lado en la barra. Entonces lloró y Nick ni siquiera entendió por qué. Aquella misma noche recogió todas sus cosas y lo dejó. Unos amigos comunes la llamaron unas cuantas semanas más tarde para decirle que Nick se había suicidado y, aunque no la culparon directamente de lo sucedido, había algo en la manera en cómo se lo contaron que resultaba acusador, pese a que no supiera muy bien definir cómo. De cualquier modo, al no responderle el director general, sopesó la posibilidad de despedirse. Pero aquella historia con Nick la llevó a no hacerlo, y no porque creyera que el director de Quesu-Cristo se fuera a suicidar cuando se enterara de que la responsable de una de las apestosas sucursales del noreste del país se había despedida al no responderle, pero aun así. Y la verdad es que si el director general se hubiera enterado de que se había despedida por él, se habría suicidado. Lo mismo que si el director general se hubiera enterado de que a causa de la caza ilegal en África del león blanco, este era un animal

en peligro de extinción, se habría suicidado. También se habría suicidado si se hubiera enterado de algo mucho más insignificante, como, por ejemplo, que al día siguiente iba a llover. El director general de la red de hamburgueserías Quesu-Cristo padecía una depresión clínica severa. Sus socios y compañeros de trabajo lo sabían, pero se cuidaban de que nadie conociera esa dolorosa realidad, por un lado porque respetaban su intimidad y por el otro porque temían que las acciones se desplomaran al instante. Y es que ¿qué nos vende, en realidad, la Bolsa si no es la esperanza sin fundamento de un futuro de color de rosa? Y un director general que sufra de depresión clínica no es que sea precisamente el embajador ideal para transmitir ese mensaje. El director general de Quesu-Cristo, que tenía asumida por completo la problemática personal y pública de su estado anímico, intentaba ayudarse con medicación. Pero las pastillas no le servían para nada. Los medicamentos que tomaba se los prescribía un médico iraquí exiliado que había conseguido el estatus de refugiado en Estados Unidos, después de que su familia hubiera sido bombardeada por error por un caza F-16 que intentaba terminar con la vida de los hijos de Sadam Husein. Su mujer, su padre y dos hijos pequeños resultaron muertos en el ataque y solo su hija mayor, Suha, sobrevivió. En una entrevista a la CNN el médico había dicho que a pesar de su tragedia personal no estaba enfadado con el pueblo americano. Pero la verdad es que sí lo estaba. Más que enfadado, le hervía la sangre de ira contra el pueblo americano, pero comprendía que si quería obtener la «tarjeta verde» tenía que mentir al respecto. Mientras mentía pensaba en los miembros de su familia muertos y en su hija viva. Estaba convencido de que poder estudiar en Estados Unidos le vendría muy bien a su hija y que cuando mentía lo hacía, en realidad, por ella. Pero se equivocaba de cabo a rabo. Su hija se quedó embarazada a los quince años de un gordo y asqueroso blanco que estudiaba un curso por delante de ella en el instituto y que se negó a reconocer al niño. Por una complicación durante el embarazo, el niño nació con daños cerebrales. Y en Estados Unidos, como en la mayoría de los lugares del mundo, cuando eres madre soltera de un niño retrasado, puede decirse que tu suerte está echada. Seguro que habrá alguna película mala que sostiene que eso no es así, que puedes encontrar el amor, estudiar una carrera y otras cosas por el estilo. Pero no deja de ser una película. En la vida real, desde el momento en el que te dicen que tu hijo sufre retraso mental, es como si te colgaran por encima de la cabeza un cartel con luces de neón parpadeantes que dijera «*game over*». Quizá si su padre le hubiera dicho la verdad a la CNN y no hubieran ido a Estados Unidos, la suerte de ella habría sido otra. También Nick, si no le hubiera echado los tejos a aquella camarera de pelo oxigenado de la barra, su situación habría sido mejor, y la de la responsable de la delegación de la red de hamburgueserías, también. Y si el director general de la compañía Quesu-Cristo hubiera recibido el tratamiento médico adecuado, su estado anímico sería decididamente estupendo. Y si aquel loco de la hamburguesería no hubiera apuñalado a Jeremy Kleinman, el estado de Jeremy sería el de un vivo, que es, como bien sabemos todos, muchísimo mejor que el estado de un muerto, que era en el que se encontraba en ese momento. Su muerte no fue inmediata. Jadeó, quiso decir algo, pero la responsable de la delegación que lo tenía agarrado de la mano le pidió que no hablara para que no se le fueran las fuerzas. Así que no habló, por intentar conservar sus fuerzas. Lo intentó, sí, pero sin éxito. Hay una teoría, creo que también del Instituto Tecnológico de Massachusetts, que es la del efecto mariposa: una mariposa mueve las alas en una de las playas de Brasil y como resultado de ello, al otro lado del mundo se desencadenará un tornado. Lo del tornado está en el ejemplo original. Hubieran podido poner otro ejemplo, que el aleteo de la mariposa trajera una lluvia beneficiosa, pero los científicos que desarrollaron la teoría escogieron un tornado. Y eso no fue porque también ellos, al igual que el director de la red de hamburgueserías Quesu-Cristo, sufrieran de depresión clínica, sino porque los científicos especialistas en estadística saben que la probabilidad de que algo dañino

ocurra es mil veces mayor a que ocurra algo útil. «Agárrame la mano», eso es lo que Jeremy Kleinman quería decirle a la responsable del restaurante mientras la vida se le escapaba como de una bolsa pinchada de leche chocolateada, «dame la mano y no me la sueltes». Pero no se lo dijo porque ella le pidió que no hablara. No se lo dijo porque no hizo falta: ella lo tuvo agarrado de su sudorosa mano hasta que murió. Y todavía un buen rato después, en realidad. Lo tuvo agarrado de la mano hasta que los de la ambulancia le preguntaron si era su mujer. Tres días después de aquello recibió un correo electrónico del director general de la compañía. Lo que había tenido lugar en aquella sucursal lo llevó a decidirse a vender la compañía y a retirarse. La decisión lo sacó lo suficiente de la depresión como para poder empezar a contestar los correos. Los respondió con el ordenador portátil desde una maravillosa playa de Brasil. En el largo correo que escribió le daba toda la razón y le decía que les transmitiría su razonada petición a los nuevos directores. En el momento en el que le dio a la tecla de «enviar», tocó con el dedo las alas de una mariposa que descansaba adormecida en el teclado del ordenador portátil. La mariposa batió las alas. En algún lugar del otro lado del mundo empezaron a soplar unos malos vientos.

Simyon

Había dos personas en la puerta: un lugarteniente con kipá de ganchillo y detrás de él una oficial muy delgadita con el pelo claro y ralo, y unos galones de capitán en el hombro. Orit esperó un momento, pero como seguían guardando silencio les preguntó en qué les podía ayudar.

–Gozlan –soltó la mujer capitán en dirección al religioso con un tono entre autoritario y reprobatorio.

–Es referente a tu marido –balbució el religioso–, ¿podemos pasar?

Orit sonrió y les dijo que tenía que tratarse de un error, porque ella ni siquiera estaba casada. La capitán miró la arrugada nota que llevaba en la mano y le preguntó si se llamaba Orit, y al decir esta que sí, la capitán le dijo muy educadamente, pero con determinación:

–¿Nos permites pasar un momento, de todos modos?

Orit los llevó al salón que compartía con su compañera de piso y, antes siquiera de que le hubiera dado tiempo a preguntarles si podía ofrecerles algo para tomar, el religioso soltó, así, sin más:

–Ha muerto.

–¿Quién? –preguntó Orit.

–¿Pero por qué ahora? –regañó la capitán al hombre–. ¿No has podido esperar un momento a que se sentara o que le diera tiempo de haberse ido a buscar un vaso de agua?

–Te pido disculpas –se apresuró a decirle el religioso a Orit crispando los labios en una mueca de nerviosismo–, es mi primera vez, y todavía no lo llevo muy bien.

–No pasa nada –le dijo Orit–, ¿pero quién es el que ha muerto?

–Tu marido –respondió el religioso–. No sé si lo habrás oído, pero esta mañana ha habido un atentado en Beit Lid...

–No –dijo Orit–, no he oído nada. Nunca escucho las noticias. Pero no viene al caso, porque se trata de un error, ya se lo he dicho, no estoy casada.

El religioso le dirigió una mirada suplicante a la capitán.

–¿Eres Orit Bielsky? –le preguntó la capitán con una voz que denotaba cierta impaciencia.

–No –respondió Orit–, soy Orit Levin.

–Exactamente –asintió la capitán–, exactamente. Y en febrero de hace dos años te casaste con el sargento primero Simyon Bielsky.

Orit se sentó en el destripado sofá del salón. Le picaba mucho la garganta, de seca que la tenía. Pensándolo mejor la verdad era que sí habría sido mejor que el tal Gozlan hubiera esperado a que pudiera traerse de la cocina un vaso de Coca-Cola Light antes de empezar a hablar.

–Pues no lo entiendo –murmuró el religioso, sin bajar lo suficientemente la voz–, ¿es ella o no es ella?

La capitán le hizo señas para que se callara. A continuación fue hasta el grifo de la cocina y le trajo a Orit un vaso de agua. El agua del grifo del piso era asquerosa. El agua siempre le había dado asco a Orit, pero la de aquel piso especialmente.

–Tómate tu tiempo –le dijo la capitán a Orit tendiéndole el vaso–, que nosotros no tenemos ninguna prisa –añadió, sentándose a su lado.

Se quedaron allí sentadas en completo silencio hasta que el religioso, que seguía de pie, empezó a perder la paciencia.

–Estaba solo, aquí en Israel –dijo–, seguro que lo sabías.

Orit asintió con la cabeza.

–Todos sus familiares se quedaron en Estados Unidos o en la ex Unión Soviética o como se llame ahora, que no lo sé bien. Estaba completamente solo.

–Exceptuándote a ti –dijo la capitana, y tocó con su seca mano la mano de Orit.

–¿Sabes lo que eso significa? –le preguntó Gozlan sentándose en el sillón enfrente de ellas.

–Cállate ya de una vez, idiota –le espetó la capitán al religioso.

–¿Cómo que idiota? –respondió él muy ofendido–. Si al final se lo vamos a tener que decir, así que ¿para qué alargarlo?

La capitán hizo caso omiso de sus palabras y le dio a Orit un apretado abrazo que pareció turbarlas a las dos.

–¿Qué es lo que finalmente me van a tener que decir? –preguntó Orit mientras intentaba liberarse del abrazo.

La capitán la soltó, respiró profundamente, con cierta teatralidad, y dijo:

–Tú eres la única que lo puede identificar.

A Simyon lo conoció el día de la boda. Servía en la misma base que Assi, y Assi siempre le contaba historias de él, como que llevaba la cintura del pantalón tan alta que todas las mañanas tenía que decidir a qué lado se colocaba la polla, o cómo siempre que escuchaban por la radio el programa en el que se saluda a los soldados, cada vez que decían una frase parecida a «para el soldado más majo de Tsahal», Simyon se ponía muy tenso, como si ese saludo le estuviera destinado ciento por ciento a él solito. «¿Pero quién va a mandarle saludos a un capullo como él?», se reía Assi. Y Orit fue y se casó con ese capullo. La verdad es que Orit propuso que fuera Assi el que se casara con ella, para librarse así de tener que ir a la mili, pero este dijo que de ninguna manera, porque un casamiento de conveniencia con el novio ya no es del todo un casamiento simulado y puede llevar a muchos líos. Fue también él quien propuso a Simyon. «Por cien shekels el cretino ese es capaz hasta de hacerte un niño», se había reído Assi. «Por un billete de cien estos rusos son capaces de todo.» Orit le había dicho a Assi que lo tenía que pensar, aunque en el fondo ya había aceptado. Porque los dos años de mili que tendría que hacer si no estaba casada la empujaron a aceptar. Lo que la había ofendido es que Assi no estuviera dispuesto a casarse con ella. Al fin y al cabo se trataba de un favor, y tu pareja tiene que saber siempre cuándo se la necesita. Aparte de eso, aunque se tratara de algo simulado, no es nada agradable estar casada con un imbécil.

Un día después de aquello Assi volvió de la base, le dio un beso húmedo en la frente y dijo:

–Te he ahorrado cien shekels.

Orit se limpió las babas y Assi se lo explicó.

–El gilipollas ese se casará contigo gratis.

Orit le dijo que no lo veía claro y que había que tener cuidado, porque puede que Simyon no hubiera llegado a entender del todo lo que significaban las palabras «matrimonio de conveniencia».

–Lo entiende perfectamente, ¡y cómo! –le dijo Assi, rebuscando en la nevera–. Será todo lo bobo que tú quieras, pero también es un rato cuco.

–¿Entonces por qué está dispuesto a hacerlo gratis? –preguntó Orit sin entender nada.

–*Chi lo sa* –se había reído Assi, dándole un mordisco a un pepino sin lavar–, puede que haya captado que es lo más cercano a estar casado que va a conseguir estar en la vida.

La capitán conducía el Renault y el religioso iba sentado detrás. Durante casi todo el trayecto permanecieron en silencio, por lo que Orit dispuso de muchísimo tiempo para pensar que por primera vez en su vida iba a ver a una persona muerta, que siempre se

las arreglaba para buscarse novios que eran todos unos hijos de puta y que, a pesar de que lo sabía desde el primer momento, siempre se quedaba con ellos un año o dos. Se acordó del aborto y de su madre, que como creía en la reencarnación se empeñó después en que el alma del bebé se había reencarnado en su morriñoso gato.

–Oye cómo llora –le había dicho entonces a Orit–, parece la voz de un bebé. Hace cuatro años que lo tengo y nunca había llorado así.

Ella sabía que su madre decía tonterías y que lo que le pasaba al gato era que olía comida o alguna gata desde la ventana. Pero la verdad es que sus maullidos se parecían bastante al llanto de un niño y además no se callaba en toda la noche. La única suerte de Orit era que para entonces Assi y ella ya no estaban juntos, porque si se lo hubiera contado, él se habría tronchado de risa.

Orit intentaba pensar en el alma de Simyon y en qué habría podido reencarnarse ahora, pero al instante se recordó a sí misma que ella no creía para nada en esas cosas. Después intentó explicarse cómo era posible que hubiera accedido a ir con esa oficial a Abu Kabir y por qué no les había dicho que aquello no había sido sino un matrimonio de conveniencia. Había algo muy extraño en eso de tener que ir a la morgue para identificar a un marido. Resultaba terrorífico a la vez que emocionante. Era un poco como actuar en una película: vivir la experiencia sin tener que pagar ningún precio por ello. Seguro que Assi habría dicho que era una oportunidad de puta madre para conseguir del ejército una pensión de viudedad vitalicia sin tener que mover un solo dedo y que ante una *ketubbah*

[3]

del rabinato nadie en el ejército iba a poder decir absolutamente nada.

–Todo va a ir bien –le dijo la capitán, que por lo visto se dio cuenta de las arrugas que habían aparecido en la frente de Orit–, estaremos contigo en todo momento.

Assi acudió al rabinato como testigo de Simyon y durante toda la ceremonia intentó bromear con Orit haciéndole muecas. Simyon parecía mucho mejor de lo que lo pintaba Assi en sus historias. No es que fuera un tío bueno, algo fuera de serie, pero no era tan feo como lo había descrito Assi, ni tampoco idiota. Era un tipo muy raro, pero tonto no, y al salir del rabinato Assi los invitó a los dos a falafel. Durante todo aquel día Simyon y Orit no se dijeron más que «hola» y lo que estrictamente hay que decir en la ceremonia, y mientras se comían el falafel hicieron también todo lo posible por no mirarse. Eso pareció causarle mucha gracia a Assi.

–Mira qué mujer más guapa tienes –le decía a Simyon poniéndole la mano en el hombro–, mira qué pimpollo.

Pero Simyon seguía con los ojos clavados en la pringosa pita que tenía entre las manos.

–¿Qué va a ser de ti, Simyon? –seguía burlándose Assi–. Sabes muy bien que ahora te toca besarla. Si no, según la ley judía, el matrimonio no es válido.

Orit no había sabido si Simyon se lo había creído del todo. Assi le dijo después que no, que solo se había querido aprovechar de la ocasión, pero Orit no estaba tan segura. Fuera como fuere, de repente se había inclinado hacia ella para intentar darle un beso. Orit dio un salto hacia atrás, así que los labios de él no llegaron a tocarla, pero el olor que le salió de la boca se mezcló con el olor del aceite frito del falafel y con el agradable olor del rabinato que se le había pegado al pelo de Orit. Esta se alejó unos cuantos pasos más, vomitó en una jardinera y cuando levantó la vista de la jardinera sus ojos se toparon con los de Simyon. Simyon se quedó helado por un instante y se limitó a echar a correr para alejarse de allí. Solo quería huir. Assi lo llamó, pero Simyon no se detuvo. Y esa fue la última vez que Orit lo había visto. Hasta hoy.

De camino hacia allí temía no ser capaz de reconocerlo. Porque lo había visto una sola vez hacía dos años, y entonces estaba vivo. Y ahora, sin embargo, supo al instante que sí se trataba de él. Una sábana verde le cubría todo el cuerpo excepto la cara, que

estaba entera menos por un pequeño orificio, no mayor que una moneda de shekel, que tenía en la mejilla. El olor del cadáver era exactamente el mismo que el olor de su aliento en la mejilla de ella hacía dos años. Muchas veces había recordado Orit aquel momento. Ya junto al puesto de falafel le había dicho Assi que ella no tenía la culpa de que a Simyon le oliera la boca, pero ella había tenido siempre la sensación de que sí. Y también hoy, cuando habían llamado a la puerta, tendría que haberse acordado de él, porque cualquiera diría que se había casado un millón de veces.

–¿Quieres que te dejemos sola un momento con tu marido? –le preguntó la capitán.

Orit dijo que no con la cabeza.

–Puedes llorar –le dijo la capitán–, de verdad. No merece la pena que te lo guardes dentro.

Cerrados

Conozco a un tipo que se pasa el día fantaseando. ¿Cómo que el día? Bastante más que eso: anda siempre por la calle con los ojos cerrados. Un buen día me encuentro sentado en el asiento delantero de su coche, miro hacia la izquierda y lo veo a mi lado con las dos manos en el volante y los ojos cerrados. Juro que conduciendo con los ojos cerrados.

–Hagai –le digo–, no me parece muy adecuado lo que haces. ¡Hagai, abre los ojos! Pero él sigue conduciendo como si nada.

–¿A que no sabes dónde estoy ahora? –me dice–. ¿Sabes dónde estoy ahora?

–Abre los ojos –insisto–, ábrelos ahora mismo. Venga, que me pones muy nervioso. Y de milagro la cosa no acaba en un accidente.

El hombre se pasa todo el día fantaseando con las casas de los demás, imaginando que son la suya. Lo mismo hace con los trabajos, con los coches. Dejémonos de trabajos y de coches, porque con lo que realmente anda siempre fantaseando es con que las mujeres de los demás son su mujer. Y lo mismo hace con los niños. Con cualquier niño que haya visto por la calle, en el parque, por la tele o en una serie. Se los imagina en el lugar de sus hijos. Y así puede estarse horas. Si por él fuera, se pasaría así la vida entera.

–Hagai –le digo–, Hagai, despierta. Despierta a tu verdadera vida. Tienes una vida cojonuda. Una mujer impresionante. Unos hijos estupendos. Despierta.

–Deja –me responde desde las profundidades de su puf–, aparta, no jodas. ¿Sabes con quién estoy ahora? Con Yotam Ratsabi, que sirvió conmigo en mi mismo regimiento como sargento. Con Yotam Ratsabi en una excursión en jeep. Solamente Yoti y yo y el pequeño Eviatar Mendelssohn, un niño muy travieso que va a la guardería con Amit. Y el muy hijoputa de Eviatar me dice: «Papá, tengo sed, ¿me puedes dar una cerveza? ¿Qué te parece? Y no ha cumplido los siete». Así que le digo: «Una cerveza no puede ser, Evi, que mamá no te deja». Su madre, mi exmujer, es decir Lilaj Yedidyah, la del instituto. Guapa como una modelo, te lo digo. Tan guapa como una modelo, pero arisca, más dura que una piedra.

–Hagai –le lanzo desde el sofá–. Pero si esos no son ni tu hijo ni tu mujer. Tú no estás divorciado, tío, pero si estás felizmente casado. Abre los ojos.

–Cada vez que voy a devolverle al niño, se me levanta como el mástil de una barca. Es muy guapa mi exmujer, muy guapa pero muy brusca, y eso es lo que me pone.

–No es tu exmujer –le digo–, y tampoco es verdad que se te haya levantado.

Y sé lo que me digo, porque lo tengo a un metro de mí en calzoncillos y, de levantársele, nada de nada.

–Yo no estaba bien con ella y ella tampoco estaba bien consigo misma.

–Hagai –le suplico–, tu mujer se llama Carnie y es muy guapa, sí, pero nada arisca, no contigo.

Es verdad que su mujer es muy dulce. Tiene el alma de un pajarillo, es generosa y se compadece de todo el mundo. Hace nueve meses que estamos juntos. Hagai empieza a trabajar temprano, así que voy a verla a las ocho y media de la mañana, inmediatamente después de que ella haya dejado a los niños en el parvulario.

–Lilaj y yo nos conocimos en el instituto –continúa él–. Ella fue mi primera novia y yo su primer novio. Después de que nos divorciáramos follé un montón, pero ninguna podía comparársele ni de lejos. Creo que sigue estando sola. Si descubriera que tiene a alguien, me hundiría, aunque estemos divorciados y todo eso. Saberlo me destrozaría.

Creo que no podría soportarlo. Con todas las demás he estado por estar, mientras que ella siempre ha sido la única importante para mí.

–Hagai –mascullo–, se llama Carnie y nadie está con ella porque seguís casados.

–Tampoco Lilaj tiene a nadie –dice él lamiéndose los resecos labios–, ella tampoco. Si no fuera así, me mataría.

Ahora Carnie entra en el piso. Lleva una bolsa de la tienda de ²⁴ horas y me lanza un hola algo seco. Desde que estamos juntos procura mostrarse distante en presencia de otras personas. A Hagai ni siquiera lo saluda porque sabe que no merece la pena dirigirle la palabra cuando está con los ojos cerrados.

–Mi casa –dice él– está en pleno centro de Tel Aviv. Es un piso precioso con una morera al otro lado de la ventana. Pero es pequeño. Demasiado pequeño. Me falta una habitación. El fin de semana que me toca que vengan los niños tengo que abrirles el sofá cama del salón. Y no es plan. Si no encuentro una solución antes del verano, tendré que mudarme.

Mañana saludable

Por las noches, desde que ella se fue, dormía cada vez en un sitio distinto: en el sofá, en un sillón del salón, en una esterilla en la terraza, como un sintecho. Por las mañanas siempre desayunaba fuera de casa: los presos también gozan todos los días de un breve paseo por el patio de la cárcel. En la cafetería le daban una mesa para dos con una silla vacía enfrente. Siempre. Incluso cuando el camarero le preguntaba de antemano si venía solo. Las demás personas estaban allí sentadas por parejas, o en tríos, riéndose, probando del plato del otro, peleándose por pagar la cuenta, mientras Miron se tomaba el desayuno «Mañana saludable», que consistía en un vaso de zumo de naranja, un tazón de muesli con miel y un café doble acompañado de una jarrita de leche desnatada que venía aparte. Por supuesto que hubiera sido mucho más agradable si hubiera tenido sentado a alguien delante con el que bromear y si alguien le discutiera quién iba a pagar la cuenta y él tuviera que imponerse tendiéndole un billete a la camarera mientras le decía: «No le cobres a él, venga, déjalo ya, Avri, que esta vez pago yo». Pero no tenía con quién, aunque desayunar en solitario era mil veces preferible a quedarse en casa.

Miron se entretenía observando lo que pasaba en las otras mesas. Escuchaba un poco sus conversaciones, leía las páginas de deportes del periódico o, sin que quedara claro por qué, le echaba un vistazo con cierta indiferencia a la evolución de las acciones israelíes del día anterior en Wall Street. A veces se le acercaba alguien para preguntarle si podía llevarse alguna sección del periódico que ya hubiera leído, y él entonces asentía esforzándose por sonreír. Una vez, cuando se le acercó una mamá muy joven y sexy con un cochecito de bebé, incluso le dijo, mientras le entregaba la primera página con el titular en rojo que hablaba de una violación colectiva en el Sharon:

–Ya ves a qué mundo de locos traemos hijos.

Estaba convencido de que esa frase encerraba cierta intimidad, la sensación de estar compartiendo un destino, pero la sexy mamá se limitó a clavarle una mirada distante y algo furiosa y a llevarse también de la mesa el suplemento sobre salud sin tan siquiera pedirselo.

Sucedió un jueves. Un hombre gordo y sudoroso entró en la cafetería y le sonrió. Miron se sorprendió. La última persona que le había sonreído fue Maayán, justo antes de dejarlo, y aquella sonrisa, de hacía más de cinco meses, había sido una sonrisa absolutamente cínica, mientras que la del gordo era dulce, una sonrisa casi de disculpa. El gordo hizo un gesto, que por lo visto significaba si podía sentarse, y Miron asintió con la cabeza casi sin pensarlo. El gordo se sentó y dijo:

–¿Rubén? Oye, no sabes lo que siento haberme retrasado. Ya sé que habíamos quedado a las diez, pero ni te imaginas la mañanita que he tenido con la niña.

Miron era consciente de que ahora debía comunicarle al gordo que él no era Rubén, pero en lugar de hacerlo se encontró mirando el reloj y diciendo:

–No pasa nada, solo han sido diez minutos.

Después se quedaron callados un momento hasta que Miron le preguntó si la niña estaba bien. El gordo le dijo que sí, que lo que le pasaba es que iba a una guardería nueva, y que cuando la llevaba por la mañana la despedida era espantosa.

–Pero dejemos eso –se interrumpió el gordo–, que bastante tienes ya sin necesidad de que te cuente mis penas. Venga, hablemos de negocios.

Miron respiró profundamente y se quedó a la espera.

–Mira –dijo el gordo–, quinientos es demasiado. Dámelo por cuatrocientos. ¿Sabes qué? Hasta te ofrezco cuatrocientos diez y me comprometo a llevarme seiscientas piezas.

–Cuatrocientos ochenta –dijo Miron–, cuatrocientos ochenta. Y eso a condición de que te comprometas a llevarte mil.

–Entiéndelo –prosiguió el gordo–, el mercado está hundido con la recesión y todo eso. Ayer mismo vi por la tele cómo la gente anda ya rebuscando en la basura. Si sigues en tus trece, tendré que vender caro. Y si vendo caro, nadie comprará.

–No te preocupes –le dijo Miron–, que por cada tres que comen de la basura, uno conduce un Mercedes.

–Me han dicho que eres duro de roer –dijo el gordo algo furioso, aunque el comentario de Miron parecía haberle hecho gracia.

–A fin de cuentas soy como tú –le sonrió Miron–, intento sobrevivir.

El gordo se secó la sudorosa mano en la camisa y la tendió hacia delante.

–Cuatrocientos sesenta –dijo–, cuatrocientos sesenta y me llevo mil.

Al ver que Miron no se movía, añadió:

–Cuatrocientos sesenta, mil piezas y te quedo a deber un favor, y ¿quién sabe mejor que tú, Rubén, que en lo nuestro los favores valen más que el dinero?

Esa última frase fue la que convenció a Miron para que estrechara la mano que tenía tendida delante. Era la primera vez en la vida que alguien le debía un favor. La verdad era que se trataba de un alguien que creía que se llamaba Rubén, pero daba igual. Al final de la comida, mientras discutían por pagar, Miron sintió una suave oleada de calor que le subía del vientre al conseguir adelantarse al gordo en una décima de segundo y ponerle a la camarera en la mano el arrugado billete.

Desde entonces aquello se convirtió casi en una rutina. Miron se sentaba, pedía algo para tomar y se quedaba esperando muy tenso ante cualquier persona nueva que entrara en la cafetería, y si la persona se ponía a dar vueltas entre las mesas con una mirada interrogativa, Miron no dudaba en hacerle señas con la mano invitándola a sentarse con él.

–No quiero tener que llegar a juicio contigo –le dijo un tipo calvo y de cejas espesas.

–Tampoco yo –estuvo de acuerdo Miron–, siempre es mejor llegar a un arreglo por las buenas.

–Que sepas desde el principio que no estoy dispuesta a hacer el turno de noche –le dijo una mujer con rizos y silicona en los labios.

–Pues ¿qué es lo que quieres, entonces, que todos hagan turnos de noche menos tú?

–le gritó Miron.

–Gabi me ha pedido que te diga que lo siente –le comunicó un tipo con pendiente y los dientes podridos.

–Pues si de verdad lo siente –se enfadó Miron–, que venga y me lo diga él solito, sin intermediarios.

–Por mail me parecías más alto –se le quejó una pelirroja muy delgada.

–Por mail me parecías menos quisquillosa –le devolvió Miron el puyazo.

Y al final todo terminó por arreglarse. Con el calvo llegó a un acuerdo sin necesidad de ir a juicio. La de la silicona se avino a que su hermana le cuidara a los niños una vez por semana para poder hacer el turno de noche. El del pendiente le prometió que Gabi lo llamaría, y la pelirroja y él llegaron enseguida a la conclusión de que no eran del gusto del otro. Unos invitaron a Miron, a los otros los invitó él, y con la pelirroja pagaron a escote. Todo era tan fantástico, que si transcurría alguna mañana sin que nadie se sentara frente a él, a Miron empezaba a embargarlo cierta tristeza. Pero, por suerte, no le pasaba demasiadas veces.

Casi dos meses después de que el gordo sudoroso se sentara a su mesa frente a él, entró el de la cara picada de viruela. A pesar de las marcas y de que parecía mayor

que Miron, era un hombre guapo y con mucho carisma. La primera frase que pronunció al sentarse fue:

–Estaba convencido de que no vendrías.

–Pero si quedamos –dijo Miron.

–Sí –dijo el de la cara comida por la viruela con una triste sonrisa–, solo que después de lo que te he soltado creí que te acobardarías.

–Pues ya ves, aquí estoy –respondió Miron con una media sonrisa casi provocativa.

–Siento haberte gritado antes, cuando hemos hablado por teléfono –se disculpó el de la viruela–, la verdad es que he perdido los nervios. Y eso que no retiro nada de lo que te he dicho, ¿lo oyes? Te pido que dejes de verte con ella.

–Pero es que la quiero –dijo Miron con voz ahogada.

–Hay cosas que uno quiere pero a las que hay que renunciar –dictaminó el hombre, y añadió–: Será mejor que escuches a quien te saca unos cuantos años, y lo que te digo es que a veces es mejor desistir.

–Lo siento –dijo Miron–, pero no puedo.

–Claro que puedes –se irritó el de las marcas–, ya lo creo que la puedes dejar, y además lo vas a hacer. No hay otra salida. Puede que los dos la amemos, pero lo que pasa es que yo soy su marido y no voy a permitir que destroces mi familia, ¿te enteras? Miron movió la cabeza de lado a lado.

–No tienes ni idea de lo que ha sido mi vida durante el último año –le dijo al marido–, un verdadero infierno. Mejor dicho, ni tan siquiera un infierno, sino una gran nada apolillada. Y cuando llevas tanto tiempo sin nada y de repente llega algo, no puedes decirle que no. Me entiendes, ¿verdad? Sé que me entiendes.

El marido se mordió el labio inferior y dijo:

–Si vuelves a verla una sola vez más, te mato, y sabes muy bien que no bromeo.

–Pues mátame –dijo Miron encogiéndose de hombros–, no tengo miedo. Al final todos moriremos.

El marido se incorporó de la mesa y le dio a Miron un puñetazo en plena cara. Era la primera vez en su vida que alguien le pegaba tan fuerte y Miron sintió un dolor muy agudo que empezó en algún punto del centro de la cara para extenderse luego en todas direcciones. Al segundo siguiente se encontró en el suelo con el marido allí de pie inclinado sobre él.

–Me la llevaré de aquí –gritaba el marido mientras le propinaba una lluvia de patadas en las costillas y en el vientre–. Me la llevaré a otro país y no sabrás dónde está. No la vas a volver a ver, ¿lo oyes, tío asqueroso?

Dos camareros se abalanzaron sobre el marido y como pudieron lo alejaron de Miron. Alguien le gritó al barman que llamara a la policía. Con la mejilla todavía besando el fresco suelo, Miron vio al marido, que se alejaba de la cafetería a la carrera. Uno de los camareros se agachó, le preguntó si estaba bien y Miron intentó contestar.

–¿Quieres que avise a una ambulancia? –le preguntó el camarero.

Miron susurró que no.

–¿Estás seguro? –insistió el camarero–, es que te sangra mucho la nariz.

Miron asintió despacio y cerró los ojos. Intentó con todas sus fuerzas imaginarse a sí mismo con esa mujer a la que nunca volvería a ver. Lo intentó y casi lo consiguió. Le dolía todo el cuerpo. Se sentía vivo.

Equipo

Mi hijo quiere que la mate. Todavía es pequeño, así que no sabe muy bien cómo decirlo, pero sé perfectamente a lo que se refiere.

–Quiero que papá le pegue muy fuerte –dice.

–¿Fuerte hasta que lllore? –le pregunto.

–No –dice moviendo la cabeza de lado a lado–, más fuerte.

Mi hijo no es violento, tiene casi cuatro años y medio y no recuerdo que nunca antes me haya pedido que le pegue a nadie. Y es que tampoco es de esos que pide las cosas por pedir las, ya sea un polo o una mochilita de Dora. Solo pide algo cuando es estrictamente necesario. Cuando de verdad lo merece. Lo mismo que su padre. Y si se me permite decir la verdad, al contrario que su madre. Cuando volvía a casa toda llorosa y con el cuento de que alguien la había insultado en la carretera o la había engañado con el cambio, yo le pedía que me lo contara todo tres o cuatro veces para indagar hasta en los detalles más pequeños. Y en el noventa por ciento de los casos al final resultaba que la culpa era de ella. Que aquel tipo de la carretera la había insultado con razón y que el del cambio todo lo que había hecho era añadirle el IVA. Pero Roíki no es como ella. Así que si le pide a su papá que le pegue más fuerte todavía que para simplemente hacerla llorar, sé que ahí pasa algo.

–¿Qué es lo que te ha hecho? –le pregunto–. ¿Te ha pegado?

–No –responde Roíki–, pero cuando mamá y Amram se van y ella viene para cuidarme, cierra la puerta de la habitación con llave y me deja dentro a oscuras. Y no me abre aunque yo lloro y le prometo que voy a ser bueno.

Lo abrazo muy fuerte.

–No te preocupes –le digo–, que papá conseguirá que abuelita deje de hacerlo.

–¿Le vas a pegar todavía más fuerte? –pregunta Roíki con lágrimas en los ojos.

A cualquiera le rompe el corazón ver llorar a su hijo. Y con más motivo si uno está divorciado. No sé explicar por qué. Me dan ganas de decirle que sí, pero no digo nada. Hay que ir con mucho tiento. Porque lo peor que te puede pasar es prometerle a tu hijo algo que luego no puedas cumplir. Y es que sería como una cicatriz para toda la vida. Así que de inmediato cambio de tema y le digo:

–¿Quieres que vayamos al aparcamiento del trabajo de papá, que te siente en mis rodillas y conduzcamos el coche en equipo?

En cuanto digo «equipo» los ojos se le iluminan, le resplandecen de entusiasmo y las lágrimas de antes los hacen todavía más brillantes. Nos pasamos una media hora conduciendo así por el aparcamiento, él girando el volante y yo con el pie, del acelerador al freno. Hasta le dejo ir marcha atrás. Ir marcha atrás es lo que más gracia le hace. No hay nada como la risa de un niño.

Lo devuelvo media hora antes de tiempo. Sé que me quieren buscar las cosquillas, así que pongo mucho cuidado en ese punto. Antes de subir en el ascensor compruebo a conciencia que no esté sucio o no se haya echado alguna mancha y a continuación me examino también a mí en el espejo del portal.

–¿Dónde habéis estado? –nos pregunta ella cuando llegamos a la puerta.

–En Gymboree –responde Roíki, tal y como hemos quedado–. He estado jugando con unos niños.

–Espero que esta vez papá se haya comportado –dice Sheyni, muy contenta de sí misma– y no se haya dedicado a empujar a los demás niños.

–Papá no ha empujado a nadie –digo en un tono que denota que no estoy nada

contento de que juegue conmigo en presencia del niño.

–Es verdad –dice Roíki–, nos lo hemos pasado bomba.

Ya no se acuerda de cuando ha llorado al salir de la guardería y me ha pedido que le pegue a su abuela. Eso es lo que me gusta de los niños, que les hagas lo que les hagas, a la hora ya lo han olvidado y se empeñan en buscar algo bueno con lo que divertirse. Pero yo ya no soy un niño y cuando bajo al coche, la única imagen que tengo en la cabeza es él golpeando la puerta de su habitacioncita y la vieja y malvada mamá de Sheyni al otro lado, sin abrirle. Tengo que ingeniármelas para que eso deje de pasar, pero sin arriesgarme. Y sin arriesgar el tiempo que paso con el niño. Esas dos miserables veces a la semana que paso con él me han costado sudor y lágrimas conseguirlas.

Todavía estoy pagando la historia aquella del parque, cuando la niña gorda se le echó encima a Roíki en el puente colgante. Se puso a pellizcarlo y yo a intentar quitársela de encima. Le di un cachetito en la mano y entonces ella se cayó y se dio un golpe con la estructura de metal. No fue nada, ni siquiera se hizo sangre, lo que no impidió que su histérica madre la armara. Y cuando después a Roíki se le escapó y se lo contó a Sheyni, ella y Amram me dijeron de todo y me advirtieron de que si volvía a «dar muestras de violencia» delante del niño irían a los tribunales para que se revisara el régimen de visitas que habíamos acordado.

–¿De qué violencia estás hablando? –le dije a Sheyni–. Cinco años estuvimos juntos y dime si alguna vez te levanté la mano.

Ella sabía muy bien que no podía decir nada al respecto. Un montón de veces se lo habría merecido, pero me contuve. Cualquiera otro hombre la habría llevado a patadas a las urgencias del Ichilov. Pero yo jamás le levantaría la mano a una mujer. Y el caso es que entonces tuvo que meterse el tal Amram.

–Incluso ahora, en este momento, eres violento –me espetó–, tienes mirada de loco.

–No es una mirada de loco –le sonreí–, es pura alma, sentimiento. El hecho de que tú no tengas nada parecido no quiere decir que sea algo malo.

Al final, a pesar de tanto predicar la no violencia, fue él el que empezó a gritar y a amenazarme con que no vería más al niño. Lástima que no lo grabé. Y la boca que abría, apestosa como una cloaca. Pero yo seguí sonriendo, como si estuviera tan tranquilo, para fastidiarlo con mi pasividad. Al final se solucionó porque les prometí no volver a hacer algo así nunca más. Como si mi única meta fuera ir al parque al día siguiente para tirar al suelo a una niña de cinco años.

La próxima vez que voy a recoger a Roíki a la guardería enseguida le saco el tema de la abuela. Habría podido esperar a que él hablara de eso, pero con los niños ya se sabe, puede pasar muchísimo tiempo y yo no estoy dispuesto a esperar.

–Desde que lo hablamos, ¿se ha vuelto a quedar contigo abuelita?

Roíki lame el polo de sandía que le he comprado y me dice que no con la cabeza.

–Si me lo vuelve a hacer –me pregunta–, ¿le darás hasta que le duela?

Tomo aire. Lo que más deseo en el mundo es decirle que sí, pero no me puedo arriesgar, porque si consiguieran que no lo vuelva a ver, me moriría.

–Lo que más quiero –le digo–, lo que más me gustaría es zumbarle y que le duela mucho. Pegarle tan fuerte que no le baste con llorar. Y no solo a abuelita, sino a cualquiera que se porte mal contigo.

–¿Como a la niña del parque Shalgon? –pregunta él con la mirada encendida.

–Como a la niña del parque Shalgon –asiento–, pero a mamá no le gusta que papá le pegue a nadie, así que si le pego a abuelita o a cualquier otra persona no me dejarán que venga a jugar contigo. Ni que hagamos todo lo que hacemos. ¿Lo entiendes?

Roíki no contesta. El polo le gotea en los pantalones. Lo hace a propósito, para que yo siga hablando. Pero callo.

–No me gusta estar solo en la habitación –susurra, después de un largo silencio.

–Ya lo sé –le digo–, pero no puedo hacer nada. Solo tú puedes, y te voy a enseñar cómo.

Le explico a Roíki qué es exactamente lo que tiene que hacer si la vieja lo encierra. Con un lado de la cabeza tiene que embestir la pared hasta que le quede una marca pero sin hacerse herida del todo.

–¿Y me va a doler? –me pregunta.

Y yo le digo que sí. Nunca le mentiré, al contrario de lo que hace Sheyni. Cuando todavía estábamos juntos fuimos al ambulatorio para que lo vacunaran. Durante todo el camino ella no hacía más que marearlo con que si sería como una picadura de abeja y por sorpresa, hasta que la corté en seco a media frase y le dije a Roíki que habría allí una mujer con una aguja y que le iba a doler un poco pero que no le quedaba más remedio que ir. Y Roíki, que apenas tenía dos años, me miró con esa mirada tan inteligente que tiene y lo entendió perfectamente. Cuando entramos en la consulta estaba todo encogido pero no se resistió ni intentó escapar. Lo aceptó como un hombrecito.

Lo repaso todo con él. Y lo que después le va a tener que decir a Sheyni. Que hizo enfadar a abuelita, que ella lo empujó contra la pared con todas sus fuerzas y que así se dio el golpe.

–¿Y me va a doler? –me pregunta al final otra vez.

–Sí, te va a doler –le digo–, una vez. Pero después ya no te volverá a encerrar solo en la habitación nunca más.

Ahora Roíki se queda callado. Está pensando. Se ha terminado el polo y lame el palo.

–¿Y mamá no va a decir que me lo invento? –pregunta.

–Si te haces una señal lo suficientemente grande en la cabeza –le digo acariciándole la frente–, no lo dirá.

Después volvemos a ir en el coche al aparcamiento. Roíki conduce y yo le doy al acelerador y al freno. Somos un equipo. Le enseñé a Roíki a tocar el claxon y eso lo vuelve loco de alegría. Pita y pita y vuelve a pitar hasta que el vigilante del aparcamiento viene y nos pide que paremos. Se trata de un viejo árabe. Lo conozco.

–Anda, déjanos –le digo guiñándole el ojo y tendiéndole un billete de veinte–, el niño está jugando un poco, ¿a quién le molesta? Dentro de un momento nos vamos.

El árabe no dice nada, se guarda el billete y echa a andar hacia la garita.

–¿Qué quería ese señor? –pregunta Roíki.

–Nada –le digo–, se preguntaba de dónde venía este ruido.

–¿Entonces puedo volver a tocar el claxon una vez más? –dice, clavándome sus enormes ojos castaños.

–Pues claro que puedes, cariño –le contesto dándole un beso–, y más de una vez y todo. Un montón de veces. Las que quieras.

Pudin

Esa historia de Avishai Abudi, en mi opinión, tendría que hacernos saltar las alarmas a todos nosotros. Al fin y al cabo se trata de una persona recta, normal, que ni toma gasolina ni come vidrio. Y un buen día llaman a su puerta, lo arrastran escaleras abajo, lo meten en la parte trasera de una furgoneta y lo llevan a casa de sus padres.

–¿Quiénes sois? –les pregunta Avishai muy asustado–. ¿Qué queréis?

–Esa no es una buena pregunta –dice el conductor, y el que está a su lado asiente–. La pregunta buena es quién eres tú y qué es lo que quieres.

Y a continuación los dos se echan a reír como si fuera un chiste.

–Soy Avishai Abudi –les responde en un tono que pretende resultar amenazante–, y quiero hablar con vuestros superiores, ¿me oís?

Los dos aparcan ahora la furgoneta en el patio de la casa de los padres de Avishai y se vuelven hacia él. Avishai está convencido de que le van a dar una paliza y que no se merece todo eso. De verdad que no se lo merece.

–Os vais a meter en un buen lío –les dice, mientras lo sacan de la furgoneta al tiempo que se protege la cara con los brazos–, no tenéis ni idea del lío en el que os vais a meter.

Pero la verdad es que no le pegan. Avishai no puede ver bien lo que están haciendo, porque los brazos le tapan la cara, pero lo nota. Y lo que nota es que le están quitando la ropa, sin ninguna connotación sexual, eso no, sino de una forma correcta, y cuando han terminado de volverlo a vestir le ponen a la espalda una pesada mochila y le dicen:

–Hala, venga, vete corriendo a casa de mamá y papá, no vaya a ser que llegues tarde.

Y Avishai echa a correr lo más deprisa que puede. Sube las escaleras de tres en tres, hasta que llega a la puerta de madera marrón de la casa de sus padres. Llama a ella jadeante y cuando su madre abre, entra deprisa, cierra la puerta y da dos vueltas de llave.

–¿Qué te pasa? –le pregunta su madre–. ¿Por qué sudas así?

–Es que he corrido –jadea Avishai–, en las escaleras. Unas personas. No abras.

–No entiendo nada –dice la madre–, pero no importa. Deja la mochila y lávate la cara y las manos. La comida está lista.

Avishai deja la mochila, entra en el cuarto de baño y se lava la cara. En el espejo que hay sobre el lavabo ve que lleva puesta la camisa del colegio Ora, al que iba de niño. Cuando abre la mochila en el salón descubre en su interior unos cuadernos y unos libros forrados con un papel de flores. El cuaderno de las fiestas, una caja de regletas de Cuisenaire y el manual de cálculo de Hersko.

–Deja ahora los deberes –le regaña su madre–. Ven a comer. Hala, deprisa, antes de que todas las vitaminas se escapen de la ensalada.

Avishai se sienta a la mesa y come en silencio. Todo está muy bueno. Lleva ya tantos años comiendo comida preparada o en restaurantes, que ya no se acordaba de que un guiso pueda tener un sabor como ese.

–Papá te ha dejado ahí el dinero para pagar la actividad extraescolar –dice la madre, señalando hacia un sobre blanco y cerrado que reposa en la mesita del recibidor, al lado del teléfono de disco–, pero te advierto, Avi, que si vas a hacer lo mismo que hiciste con el aeromodelismo, que después de la primera clase te arrepentiste, mejor será que lo digas ahora, antes de que paguemos.

Avishai piensa para sus adentros: «Esto no es más que un sueño». Y a continuación dice:

–Sí, mamá.

Porque aunque se trate de un sueño, eso no quiere decir que no tenga que ser educado. También piensa: «En cuanto quiera podré despertar». Aunque no tiene ni idea de lo que hay que hacer para despertarse de un sueño. Puedes pellizcarte, pero por lo general es al revés, que te pellizcas para cerciorarte de que estás despierto. Quizá pueda contener la respiración o sencillamente decirse a sí mismo: «¡Despierta, despierta!», o si simplemente se niega a aceptar lo que lo rodea, si lo pone en duda, de repente todo llegue a desaparecer. Sea como sea, no hay prisa. Primero puede terminar de comer y luego ya despertará. Aunque tampoco es urgente justo después de comer. Primero puede ir a esa actividad extraescolar, porque la verdad es que le gustaría saber de qué se trata, y más tarde, si todavía hay luz, jugar un poco al fútbol en el patio del Ora. Y solo cuando su padre llegue del trabajo, solo entonces, despertar. O puede que lo quiera alargar uno o dos días, hasta la víspera de algún examen especialmente difícil.

–¿En qué estás pensando? –le pregunta su madre mientras le acaricia la incipiente calva–. Hay tantos pensamientos dando vueltas tras esos redondos ojos tuyos que solo con mirarlos me fatigo.

–Estaba pensando en el postre –miente Avishai–, en si hay gelatina o pudin.

–¿Qué te gustaría que hubiera? –le pregunta su madre.

–Pudin –dice Avishai en tono suplicante.

–Pues aquí lo tengo preparado –dice radiante la madre mientras abre la nevera–, pero si te arrepientes también te puedo dar gelatina. Solo tardaré un par de minutos en prepararla.

Pues últimamente sí se me levanta

Cuando Ronel despertó con el mágico sol de aquel martes y se encontró a su querido terrier *Shjire* entre las piernas lamiéndole la erección matutina, le pasó por su obtusa y relativamente desocupada mente un solo pensamiento, afilado como una navaja: «¿Es esto sexo?». Léase: ¿estaría *Shjire* lamiéndole los testículos de la misma manera que solía lamer los de *Schneider*, el schnauzer enano al que *Shjire* intentaba montar cada vez que se encontraba con él en el parque Meir, o no sería que *Shjire* le estaba lamiendo el miembro viril a su dueño por lo mismo por lo que escogía lamer las gotas de rocío a cualquier aromática hoja con la que se encontraba por la calle?

Esa, realmente, era una pregunta preocupante. Aunque no tan preocupante como la pregunta de si Niva, su mujer, tan generosa de caderas, sospechaba que él se follaba a Renana, su compañera de despacho, y por eso era tan odiosa con ella por teléfono, o si no sería porque sencillamente le resultaba antipática, aunque aun así resultaba preocupante.

«Ay, *Shjire, Shjire*», se dijo para sus adentros Ronel con una mezcla de autocompasión y de afecto, «tú eres el único que me quiere de verdad». Y *Shjire*, que puede que no supiera que aquello era el miembro viril de un humano pero que sí reconocía su nombre cuando lo oía, respondió con unos entusiastas y alegres ladridos. De lo que no cabía la menor duda era de que era preferible ser un perro y tenerse que enfrentar al dilema perruno del tipo de qué-árbol-voy-a-escoger-para-mear-esta-mañana, que ser Ronel y tener que lidiar con toda clase de angustiosos dilemas morales, como si follarse-a-Renana-en-el-dormitoriode-él-y-de-Niva-de-pie-con-ella-apoyada-en-el-tocador-era-menos-feo-que-follársela-bien-pero-que-bien-follada-en-la-cama-matrimonial. Pregunta de gran alcance, por otro lado. Porque si la pregunta no lo tuviera, la verdad es que resultaría mucho más cómodo hacerlo en la cama, y ya está. O, por ejemplo, si el hecho de fantasear con su mujer desnuda mientras penetraba a Renana, disminuía en algo la infidelidad o si, por el contrario, la convertía en más perversa todavía.

–Papaíto no es ningún perverso, *Shjire*, mi pequeñín –dijo Ronel desperezándose mientras se levantaba de la cama–, papaíto es una persona muy compleja.

–¿Qué? –exclamó Niva asomándose al dormitorio–. ¿Decías?

–Le estaba diciendo a *Shjire* que hoy volveré tarde porque tengo una reunión con los alemanes –respondió Ronel aprovechando uno de los pocos contactos visuales que tenía con su mujer.

–¡No me digas! –dijo Niva con desprecio–. ¿Y qué opina *Shjire*?

–Nada –contestó Ronel mientras se ponía unos calzoncillos grises–, *Shjire* me acepta tal y como soy.

–A *Shjire* también le parece bien comer Bonzo –dejó Niva escapar entre dientes–, porque la verdad es que es un perro con el listón de sus expectativas no demasiado alto.

La gran ventaja de tener un romance con una compañera de trabajo es que todas esas cenas a la luz de las velas cuelan como cenas de empresa. Por supuesto que no es esa la única ventaja, pero sin lugar a dudas es la más relajante de todas. Especialmente para Ronel, a quien el hecho de grapar la factura a un folio adornado con unas fechas y unas explicaciones fruto de su pluma le producía una enorme y agradabilísima sensación de bienestar. Y cuando se trataba de unas facturas que no solo suponían una reducción de impuestos sino también el recuerdo de haber pasado

una más que lograda y especialísima noche amorosa, el placer que emanaba de ellas se veía redoblado.

–Necesito que me haga una factura, para desgravar –le dijo Ronel al camarero, recalcando la palabra «desgravar», como si en nuestro maravilloso mundo existiera otro tipo de factura.

El camarero asintió haciéndose el gran entendido. A Ronel no le había caído bien ese camarero. Puede que porque les había corregido con una enervante pedantería los errores que habían cometido al pronunciar los nombres de los platos, o porque se había empeñado, a lo largo de toda la cena, en ocultar la mano izquierda tras la espalda, de una manera que había puesto muy nervioso a Ronel, o quizá fuera por el hecho de que al ser camarero se ganaba la vida con las propinas, una forma de pago que enervaba a Ronel especialmente porque no podía incluirlas en el cálido y agradable útero llamado «gastos deducibles».

–¿Qué es lo que te pasa hoy? –le preguntó Renana después de que hubieran decidido abandonar el fallido intento de un salvaje encuentro sexual a favor de sentarse a comer sandía al tiempo que miraban en la tele un documental.

–Estoy preocupado –dijo Ronel–, preocupado y en baja forma.

–La vez anterior también estabas preocupado. Y el jueves ni siquiera lo intentamos. Dime...

Interrumpió la frase para masticar y tragar un trozo de sandía especialmente grande, y durante toda esa larga espera Ronel supo que ahora vendría el palo.

–¿A tu mujer sí te la sigues follando todavía o tampoco con ella puedes ya?

–¿Qué quieres decir con eso de *tampoco*? –se calentó Ronel–. ¿Qué significa eso de que ya no puedo? ¿Hay algo que ya no puedo?

–Follar –dijo Renana chupándose sus cortos dedos–. Ya no follamos. No es que me parezca mal, no. Es que, ya sabes, si eres un ligue y todo lo que es sexo desaparece, pues te quedas en nada. Como descontextualizada. ¿Entiendes a lo que me refiero? No es que sea obligatorio, ni nada parecido, solo que resulta un poco raro. Porque con tu mujer, aunque no folles podéis ir a visitar a sus padres o discutir por quién va a poner el lavaplatos, pero cuando pasa con la amante es un poco como si la tierra se te abriera bajo los pies.

–¿Quién ha dicho que ya no vayamos a follar?

–Tu polla –dijo Renana, sin la más mínima intención de provocarlo–. Por eso te he preguntado lo de tu mujer, para saber si es que ya no te apetece hacerlo conmigo o si es algo más... –Pero no terminó la frase.

–¿Algo más que qué? –se forzó a preguntar Ronel, al ver que la pausa se alargaba.

–Dame un momento –murmuró Renana–, que estoy buscando una palabra más suave que *impotencia*.

–Le estás dando demasiada importancia a algo que no la tiene –se enfadó Ronel–. Que un par de veces haya estado un poco cansado y preocupado por el trabajo, no quiere decir que sea impotente. Esta misma mañana he tenido una erección. Y no creas que cualquier cosa, no, sino algo fuera de lo normal.

Ronel, al volver a acordarse de *Shjire*, notó que el miembro se le endurecía un poco, y sin saber por qué se sintió culpable.

–Pues qué bien –dijo Renana–, qué alegría. ¿Y con quién, exactamente, has compartido esa erección tan fuera de lo normal? ¿Con Niva?

–No –respondió Ronel un poco tenso–, conmigo mismo.

–Jo, pues sí que te lo pasas bien –dijo Renana con su famosa sonrisa de carroñera, una sonrisa que hasta ese día Ronel solo le había visto en el trabajo, y se siguió lamiendo el jugo de la sandía de su mano de enana.

Puede que aquella noche, a pesar de todo, hubiera terminado con un polvo. Quizá no de los que rezuman deseo, sino que puede que con un polvo furioso fruto de la

obligación que se hubiera impuesto Ronel a sí mismo de provocarse el deseo y forzar una erección, aunque no fuera más que para conseguir que Renana se tragara sus palabras. Es posible, vete tú a saber. Pero el móvil le zumbó en el bolsillo izquierdo de la camisa, exactamente donde debía de encontrarse el corazón, haciendo que aquella velada, tan desdichada desde un principio, fuera todavía más en descenso avanzando por unos nuevos derroteros.

–Lamento molestarte en mitad de tu reunión con los alemanes –oyó Ronel la voz preñada de animadversión de Niva.

–Cariño, pero si no molestas en absoluto. Acabamos de terminar –dijo Ronel muy efusivo, tal y como solía hacerlo siempre que estaba en presencia de clientes, y para dar más verosimilitud a sus palabras añadió, dirigiéndose a Renana–: *It's my wife. She says hello.*

Renana se apresuró a responder con un potente eructo.

–El señor Mattenklott te manda saludos –dijo Ronel, y añadió enseguida–: El pobre ha bebido un poco de más. Voy a llevarlos a él y a Ingo al hotel y salgo para casa.

–Ronel –lo recriminó Niva desde el otro lado de la línea telefónica–, no te he llamado para controlar cuándo vas a volver. Te he llamado para decirte algo.

–Lo sé, lo sé, perdona –se disculpó Ronel sin pensarlo mientras intentaba arrebatarse el mando de la tele a Renana, que acababa de subir el volumen.

–Se trata de tu perro –añadió Niva tras un breve silencio–, que se ha escapado.

Si un perro asierra los barrotes de la reja de la ventana del cuarto de baño con una lima y a continuación se descuelga por la ventana con unas sábanas anudadas las unas a las otras, entonces sí puede decirse que se ha escapado, pero si lo llevas paseando por la calle sin correa y al cabo de una hora te das cuenta de que ya no está por los alrededores, entonces la culpa es tuya y no parece lógico querer cargarle tu responsabilidad a *Shjire*.

–Seguro que estaba olisqueando un poyete o cualquier monumento y al levantar la cabeza ha visto que ya no estabas –le dijo Ronel a Niva en tono acusador, mientras los dos avanzaban a lo largo de la calle King George intentando reconstruir el recorrido de aquella fatídica noche–. ¿No te digo siempre que no hay que perderlo de vista?

–Oye –dijo Niva plantándose en medio de la calle con la postura de la esposa que le va a hacer una escenita a su marido–. ¿Qué es exactamente lo que me intentas decir? ¿Que no soy una *au pair* lo suficientemente buena para tu apestoso perro? ¿Que no lo paseo según la normativa internacional de los paseantes de perros? Si en vez de estarte follando a... tus alemanes, estuvieras en casa, habrías podido bajar tú con él a la calle y todo esto no habría pasado.

Ronel hubiera podido ahora ponerse a renegar por cómo se rompía el culo trabajando hasta altas horas de la noche para mantenerlos a los dos, pero eligió callar. Una de las primeras cosas que había aprendido en el mundo de los negocios era la de cuidarse de llegar al punto en el que ya no hay vuelta atrás; a dejar cuantas más opciones abiertas, mejor. Y eso significaba, en multitud de ocasiones, no poder decir ni hacer lo que a uno le apetecía en ese preciso instante. Ahora, por ejemplo, le apetecía darle a Niva una buena patada en la rodilla. Nada de un marcaje, sino un buen puntapié con todas sus fuerzas. Por haber perdido a *Shjire*, por no querer llamarlo por su nombre, por haber escogido llamarlo apestoso, pero, sobre todo, porque se comportaba como si toda esa tragedia fuera un castigo que le caía a Ronel del cielo y no el error humano de una mujer egocéntrica y sin pizca de sentido de la responsabilidad. Pero darle una patada en la rodilla con todas sus fuerzas habría supuesto cerrar toda opción. Así que en lugar de eso le propuso, con la misma agradable enajenación con la que se comportan muchas veces los asesinos mientras todavía están limpiando la escena del crimen después de haberse deshecho del cadáver de su víctima, que se marchara a casa y esperara allí por si alguien llamaba para dar noticia de *Shjire*.

–¿Pero quién va a llamar? –se rio Niva–. ¿Tu estúpido perro, desde una cabina? ¿O sus secuestradores para pedir un rescate? Aunque alguien lo encontrara, no va a saber nuestro número de teléfono.

–De todos modos creo que es mejor que dividamos fuerzas –insistió Ronel, sopesando muy seriamente si no traicionar el veterano buen juicio de negociante que lo había acompañado fielmente durante tantos años y de todos modos darle una buena patada a Niva.

Ronel se apoyó en un buzón amarillo justo enfrente de Metsudat Zeev y le echó un vistazo a la lista que acababa de hacer en el reverso de la factura del restaurante en el que había cenado con Renana esa misma noche. La lista se titulaba «Sitios que le gustan a Shjire (¿?)». Lo que no se explicaba a sí mismo era por qué había añadido aquellos signos de interrogación entre paréntesis. Puede que fuera porque le parecía que si el título de la lista no encerraba cierta duda, era como si se dijera a sí mismo que conocía a *Shjire* hasta en el más mínimo detalle, cuando la verdad era que Ronel había reconocido incontables veces, ante sí mismo y ante los demás, que no siempre entendía a *Shjire*. Porque ¿qué motivo había para que unas veces ladrara y otras escogiera quedarse callado? O ¿por qué se ponía a excavar hoyos con verdadero frenesí para de repente abandonar el proyecto con la misma prontitud con la que lo había acometido? Y ¿cómo veía a Ronel, en realidad? ¿Como a un señor, un padre, un amigo o puede que como a un amante? Porque la verdad es que era más lo que Ronel desconocía de *Shjire* que lo que sabía de él.

En el primer lugar de la lista había puesto el parque Meir. A ese parque iban *Shjire* y él todas las mañanas. Allí era donde *Shjire* se encontraba con sus colegas, por no hablar de *Schneider*, tan bajito él, que más que un amigo era un hermano para él. Pero a esas altas horas de la noche no había en el parque Meir ni perros ni personas, a excepción de un indigente ruso que dormía la borrachera en uno de los bancos. Ronel supuso que era ruso por la estereotipada botella de vodka que tenía abrazada. Después se paró un momento a pensar y se dijo a sí mismo que a pesar de todas las desgracias que lo perseguían haciendo que a veces hasta se sintiera como un moderno Job, debía estar agradecido por lo que tenía y también dar las gracias a quien los agnósticos tienen que dar las gracias en estos casos, por el hecho de no llevar los zapatos rotos y rellenos de periódicos viejos como aquel ruso. Este se reía ahora con unas carcajadas potentes y graves que vinieron a cuestionar un poco la tesis de Ronel acerca de su relativo estado de felicidad. «¿Quién decide que eso es así?», se encontró Ronel pensando, y se sintió de pronto inundado por esa gran verdad mezclada con cierta autocompasión. «¿Quién puede decidir que mi suerte sea mejor que la de él? Porque resulta que aquí estoy, en el mismo parque en el que él está borracho y tan feliz, mientras que yo, ni lo uno ni lo otro, porque todo lo que tengo en el mundo es un perro que me ha dejado, una mujer a la que no quiero demasiado y un negocio que...» El hecho de pensar en el negocio fue lo único, en realidad, que lo animó un poco. Después de todo estaba en un momento de cierta prosperidad, y aunque eso no le garantizara una ilimitada felicidad, sí podía afirmar que era muy preferible a lo de los periódicos en los zapatos.

Junto a la salida del parque Meir pudo apreciar Ronel un raudo movimiento perruno entre los arbustos, y tras un instante de expectativa apareció el causante de su desvanecida esperanza en forma de la pequeña y envejecida silueta de *Schneider*. Ronel, que normalmente solo visitaba el parque de día, se sorprendió al ver a *Schneider* allí siendo tan tarde. El primer pensamiento que acudió a su mente fue que *Schneider* se había dado cuenta por un sexto sentido de que *Shjire* había desaparecido y por eso se había escapado de su casa para participar en la búsqueda, pero el conocido silbido que en ese momento se oyó en el aire del parque dio al traste con tan romántica suposición, y un poco después del silbido llegó Alma, la hermosa y

coja dueña de *Schneider*. Alma, que tendría unos veinticinco años, era una de las mujeres más guapas que Ronel conocía, y la única coja. Había resultado herida en un accidente de tráfico de lo más tonto y con el dinero de la indemnización se había comprado un ático completamente reformado en la calle Mijal. No cabía la menor duda de que el fortuito encuentro de Alma con un mal conductor y un excelente abogado (ella incluso le había dicho el nombre de ese abogado, en una ocasión, pero como Ronel no tenía a la vista ningún pleito por daños, lo había olvidado al momento) desvió por completo su vida del camino que tenía destinado, llevándola por un derrotero totalmente distinto. La gente siempre dice que estaría dispuesta a renunciar a cualquier bien material que haya en el mundo con tal de recuperar la salud, pero ¿será eso realmente cierto? Alma, a pesar de que fuera a una distancia de correa, siempre tenía una sonrisa sincera que Ronel, al principio, había intentado copiar para sus reuniones de negocios e incluso la había ensayado unas cuantas veces delante del espejo, hasta que se rindió y escogió otra sonrisa más fácil. Porque la sonrisa de ella era una sonrisa fija que reposaba en su rostro como por negligencia, a pesar de lo cual no resultaba ni forzada ni falsa, sino que parecía responder siempre a lo que acontecía a su alrededor, es decir que se ensanchaba, se encogía, se convertía en una sonrisa de sorpresa o en una sonrisa cínica, según fuera necesario, pero siempre estaba allí, tan reposada. ¿Habría sonreído así de haber sido pobre y no llevar unas placas de platino en la pierna? ¿O tendría otra sonrisa, menos sosegada, más temerosa frente a un inseguro futuro económico y a la vejez que inevitablemente estropearía la perfección de su belleza?

–No sabía que *Shjire* y tú vinierais al parque también por la noche –le dijo Alma, renqueando hacia el haz de luz que había a la entrada del parque.

–Es que no venimos –suspiró Ronel visiblemente abatido–, lo que pasa es que *Shjire* se ha escapado –añadió, aunque al momento se corrigió–, quiero decir que se ha perdido.

Schneider brincaba alrededor de Ronel con el enervante júbilo de un schnauzer bobo y especialmente insensible.

–No te ha entendido –se disculpó Alma–. Tu ropa le huele a *Shjire*. Cree que está aquí.

–Ya, ya lo sé –masculló Ronel, y de repente, sin previo aviso, se echó a llorar–. ¿Cómo es que no está aquí? Puede que se haya muerto, que lo hayan atropellado, o que unos niños lo estén torturando en cualquier patio trasero, apagando cigarrillos sobre él... ¿Y si los del ayuntamiento se lo han...?

Alma posó una mano consoladora sobre su brazo. Tenía la mano húmeda de sudor, pero había algo agradable en esa humedad, algo delicado y vivo.

–Los de la perrera no trabajan de noche y *Shjire* es un perro muy listo, así que no lo pueden haber atropellado. Si se tratara de *Schneider*... –dijo Alma clavando en el jubiloso schnauzer la mirada melancólica y cariñosa que las chicas guapas siempre tienen guardada para su amiga fea–, entonces sí tendríamos que empezar a preocuparnos. Pero *Shjire* sabe apañárselas. Me lo imagino aullando ahora mismo en la puerta de tu casa o royendo un hueso en el portal.

A pesar de que Ronel hubiera podido llamar a Niva para comprobar si *Shjire* había vuelto, prefirió regresar a casa y averiguarlo por sí mismo. La casa estaba cerca y, además, como Alma había conseguido que confiara en que *Shjire* estaría allí, Ronel no quería brindarle a Niva la posibilidad de que le diera la buena noticia. «Hace ya mucho que tendríamos que habernos separado», pensó. Se acordó de que en una ocasión había observado a Niva mientras esta dormía y había imaginado una escena terrible en la que ella moría en un atentado y entonces él lamentaba haberle sido infiel y después lo contaba llorando en uno de esos horribles programas de la tele, en directo, consiguiendo transformar su gran sentimiento de culpa en verdadero dolor. Ese

pensamiento le había parecido espantosamente triste, recordaba ahora, pero lo había llevado a sentir, sorprendentemente, una especie de alivio. Como si el hecho de que ella resultara borrada de su vida dejara un sitio libre para otra cosa, algo con sus propios aromas, vida y colores. Pero antes de que pudiera volver a sentirse culpable, irrumpió en sus fantasías Renana, que tras la muerte de Niva se había mudado a vivir con él, al principio por consolarlo y darle apoyo, y después porque sí, sin motivo alguno. Ronel siguió fantaseando hasta el momento en el que Renana le decía: «O *Shjire* o yo», y entonces él escogía a *Shjire* y se quedaba solo en el piso. Sin mujer. Sin amor, excepto por el de *Shjire*, cuya mera existencia no hacía más que aumentar la terrible soledad en la que vivía.

Ronel pasó por su lado sin apenas verlo. Estaba demasiado concentrado en intentar ver una luz encendida en alguna de las ventanas de su piso de la tercera planta. *Shjire* también estaba ocupado. Con su empañada mirada observaba entusiasmado las raudas manos del dueño del puesto de shawarma Ha-Tarbush, que cortaba filetitos del cilindro de carne que no cesaba de girar. Pero cuando al final se vieron, el reencuentro fue todo lametazos y mucha emoción.

—Este perro es increíble —sentenció el dueño del puesto de shawarma hincando la rodilla ante *Shjire* y colocando los filetitos de carne grasosa en una servilleta de papel en la acera, cual sacerdote que le ofrece a su dios en el altar un chivo como sacrificio—. Quiero que sepas que muchísimos perros vienen aquí y que no les doy nada. ¿Pero este? —dijo señalando a *Shjire*—. Dime, ¿es un perro turco?

—¿Y por qué va a ser turco? —se enfadó Ronel.

—No, por nada —se disculpó el hombre—, es que soy de Esmirna. Cuando era pequeño tuve uno clavado, un cachorro. Pero se meaba en casa y como mi padre no lo podía soportar lo echó, ¡como si el pobre perro lo hiciera a propósito! Pero tú eres un buen hombre. Se te ha escapado, y ni siquiera estás enfadado con él. No como esos bestias que dan zurriagazos a su perro con la correa solo porque se hayan parado a mirar cómo la shawarma da vueltas.

—No se me ha escapado —lo corrigió Ronel apoyando la fatigada frente en el musculoso lomo de *Shjire*—, se ha perdido.

Por la noche, en la cama, Ronel decidió que iba a escribir un libro. Algo entre una historia edificante y un tratado filosófico. Trataría de un rey muy amado por todos sus súbditos que perdería algo muypreciado por él. Dinero no. Quizá un hijo, o un hermano, o puede que hasta un ave cantora, si es que nadie había tenido esa idea ya antes. Hacia la página cien el libro se haría menos simbólico y pasaría a ser más actual, hablaría del desarraigo que el hombre experimenta en la sociedad moderna, pero también ofrecería cierto consuelo. Hacia la página ciento sesenta o ciento setenta se transformaría en un libro de aeropuerto en cuanto a su legibilidad, pero sin perder calidad. Y en la trescientos el libro se transformaría en un animalito peludo y agradable al tacto que el lector podría abrazar y acariciar para sobrellevar su soledad. Todavía no había decidido con qué tecnología transformaría el libro en un peluche de agradable tacto, pero antes de dormirse se recordó a sí mismo que en el campo de la biología molecular y en el del mundo editorial se habían producido unos avances tan gigantescos que una colaboración entre ambas disciplinas tendría que llegar a ser, sencillamente, inevitable.

Esa misma noche Ronel tuvo un sueño. En él se encontraba sentado en la terraza de su casa concentrado en la lectura del periódico, para intentar, de una manera valiente y sincera, descifrar el misterio de la existencia humana, cuando asomó por sorpresa su querido perro *Shjire* vestido con un estiloso traje gris y llevando un gigantesco hueso en la boca. *Shjire* dejó el hueso a los pies de Ronel y le indicó, ladeando la cabeza, que buscara la respuesta en las páginas de economía para, a continuación, añadir una aclaración con una profunda voz humana que recordaba un poco a la del locutor de las

noticias Gilad Adin, y es que el género humano no es nada más que un evasor de impuestos.

–¿Un evasor de impuestos? –dijo Ronel, algo confuso.

Shjire asintió con un movimiento de su inteligente cabeza y se apresuró a contarle cómo su asesor financiero, un extraterrestre que vive en el planeta del que *Shjire* era originario, le había aconsejado invertir sus ganancias en una iniciativa de orientación ecologista porque en el Ministerio de Hacienda de los extraterrestres se pirraban por ese tipo de inversión, y cómo había llegado muy deprisa, utilizando unas empresas tapadera, a todo ese asunto de la investigación de la vida relacionada con el desarrollo de nuevas razas en planetas perdidos.

–Y a lo grande –le había explicado *Shjire*–, porque todos tienen muy claro que en el desarrollo del género humano, lo mismo que en el desarrollo de otras especies, nunca se invertirá el dinero suficiente. Pero como se trata de un campo nuevo que se escapa por completo a cualquier fiscalidad o tributación, no existe posibilidad alguna de evitar que me dedique a hacer un montón de facturas.

–No me lo puedo creer –exclamó un incrédulo Ronel en su sueño–, me niego a creer que todo nuestro propósito en este mundo sea el de ser un simple evasor de impuestos para que mi querido perro pueda blanquear dinero.

–Para empezar –puntualizó *Shjire*–, nadie está hablando aquí de blanqueo de dinero. Todo lo que gano ya me llega en blanco, así que no tengo nada que ver con ese sucio juego. Esto mío es un asunto legítimo a medias que solo pretende inflar los gastos. Y para terminar, digamos que estoy de acuerdo contigo, que acepto tu primera opinión y que el propósito verdadero de la humanidad no es servirme de evasor de impuestos. Aunque, si vamos un poco más allá con este argumento, ¿qué otro propósito puede tener la humanidad?

Shjire se quedó callado un momento y, al ver que Ronel no encontraba respuesta en su cabeza, ladró dos veces, recogió el hueso del suelo con la boca y se marchó de la terraza.

También aquella mañana se despertó Ronel con una magnífica erección y con el lameteo no del todo descifrado de *Shjire*, que estaba allí en la habitación sin ningún hueso y completamente desnudo. «Esto no es sexo», fue el primer pensamiento que acudió al instante a la mente de Ronel. «Más que algo social yo diría que es algo existencial.»

–*Shjire*, amiguito –le dijo en un alegre susurro para no despertar a Niva–, tú eres el único que me quiere de verdad.

Pinchazo

Todo empezó con un beso. Casi siempre empieza por un beso. Ela y Tsiki estaban acostados en la cama desnudos, unidos solamente por la lengua, cuando ella notó el pinchazo.

–¿Te he hecho daño? –preguntó Tsiki, y al decirle ella que no con la cabeza, se apresuró a añadir–: Pues te está saliendo sangre.

Y la verdad es que sangraba. Por la boca.

–Lo siento –dijo Tsiki y, levantándose de la cama, se puso a andar de aquí para allá por la cocina, muy intranquilo.

Después sacó del congelador una bandeja de cubitos y la golpeó contra el mármol de la encimera con mucha maña.

–Toma –le dijo a Ela, tendiéndole unos cubitos con mano temblorosa–, pónelos contra el labio. Venga, cógelos, que te detendrán la hemorragia.

Tsiki siempre era muy bueno en eso. En el ejército era enfermero y además tenía el diploma de guía.

–Perdona –prosiguió un poco pálido–, te he debido de morder, ya sabes, por la pasión del momento.

–No *asa* nada –le sonrió ella con el cubito de hielo pegado al labio inferior–, no *ecupes* –aunque, naturalmente, mentía al decirlo.

Porque sí era para «ecuparse», y mucho, ya que no todos los días la persona con la que vives te hace sangrar y encima te miente diciéndote que te ha mordido cuando tú has notado bien claro un pinchazo.

Después de aquello estuvieron varios días sin besarse, a causa de la herida. Los labios son una zona muy delicada. Y a la semana, cuando ya sí, lo hacían con mucho cuidado. Pero ella notaba que él le ocultaba algo. Y la verdad es que una noche, aprovechando que se había quedado dormido con la boca abierta, metió en ella un dedo con mucho cuidado hasta debajo de la lengua y encontró lo que era. Una pequeña cremallera. Una cremallerita. Y al abrir Ela la cremallera, su querido Tsiki se abrió como una ostra y dentro estaba Jurgen. Al contrario que Tsiki, Jurgen tenía una barbita de chivo, unas patillas muy cuidadas y no estaba circuncidado. Ela lo miró allí dormido, dobló muy tranquila la envoltura de Tsiki y la escondió en el armario de la cocina, detrás del cubo de la basura, donde guardaban las bolsas de basura.

La vida con Jurgen no resultaba fácil. En cuanto al sexo, era fabuloso, pero bebía muchísimo, y cuando estaba bebido era de lo más ruidoso y hacía muchas tonterías. Además, le encantaba hacerla sentir culpable de que él se hubiera marchado de Europa por ella y ahora tuviera que vivir ahí. Y siempre que en Israel pasaba algo malo, lo mismo si era en la vida real o en la televisión, él decía:

–Mira qué país tienes –y se lo decía en su pésimo hebreo aunque sabiéndole dar a la palabra «tienes» un tono acusador.

A los padres de Ela no les gustaba Jurgen. La madre, que había sentido gran aprecio por Tsiki, lo llamaba «el gentil» y el padre siempre le preguntaba por el trabajo y tenía que oírse la misma respuesta burlona de Jurgen:

–Señor Shviro, pero si el trabajo es como el bigote, que hace ya tiempo que pasó de moda.

Aunque a nadie, nunca, le hacía gracia esa respuesta. Y muchísimo menos al padre de Ela, que todavía llevaba bigote.

Al final Jurgen cortó con Ela. Volvió a Düsseldorf para componer música y vivir del

paro, porque decía que en Israel nunca llegaría a tener éxito como cantante por culpa del acento, que lo delataba. Que a los israelíes, con sus prejuicios, no les gustaban los alemanes. Ela no dijo nada pero le pareció que tampoco en Alemania llegaría muy lejos con esa música tan rara y esas letras tan cursis. Si hasta le había escrito una canción a ella que había titulado «Diosa»

[4]

y toda la canción trataba de cómo hacían sexo en el malecón y de cómo ella se corría como «una ola estrellándose contra la roca», literalmente.

Sucedió medio año antes de que Jurgén se marchara. Un buen día, cuando Ela buscaba una bolsa de basura, se encontró con la cobertura de Tsiki. Quizá había sido un error abrirle la cremallera, pensó. Puede. En estos casos es difícil saberlo con certeza. Por la noche, lavándose los dientes, volvió a acordarse de aquel beso y del pinchazo. Se enjuagó la boca con mucha agua y se miró en el espejo. Le había quedado una cicatriz y examinándola ahora de cerca se dio cuenta de que también ella tenía una cremallera debajo de la lengua. Ela se llevó una vacilante mano hacia allí. Intentó imaginar cómo sería por dentro. Sentía una gran esperanza a la vez que bastante miedo, sobre todo de llegar a tener las manos llenas de pecas y seca la piel de la cara. Puede que hasta tuviera un tatuaje, pensó. En forma de rosa. Siempre se había querido hacer uno pero le había faltado valor porque le parecía que le iba a doler mucho.

Un niño muy educado

El educadísimo niño llamó a la puerta. Como sus padres estaban demasiado ocupados discutiendo como para responderle, tras volver a llamar unas cuantas veces más, el niño, de todos modos, entró.

–Un error –le estaba diciendo el padre a la madre–, eso es lo que somos, un error, como esos dibujos que muestran cómo no hacer algo. Clavaditos. Con un «no» enorme debajo y una equis roja en la cara.

–¿Pues qué quieres que te diga –le espetó la madre al padre–, si por cualquier palabra que pronuncie ahora después voy a tener que lamentarlo?

–Dila, dila –la retó el padre–, ¿por qué esperar a después si podemos lamentarlo ya mismo?

El educadísimo niño había entrado con un planeador de aeromodelismo en la mano. Lo había construido él solito. Las instrucciones que acompañaban la caja se encontraban escritas en un idioma que él no sabía, pero con las ilustraciones, que estaban muy claras, y las flechas dibujadas junto a ellas, el educadísimo niño había conseguido montar el planeador sin ninguna ayuda más.

–Antes me reía –decía la madre–, me reía mucho, todo el día, mientras que ahora... Ahora ya no. Se acabó.

Le acarició el pelo al educadísimo niño sin fijarse en lo que hacía.

–¿Se acabó? –rugió el padre–. ¿Se acabó? ¿A eso te referías cuando has dicho «después voy a tener que lamentarlo»? ¿«Antes me reía»? *Big fucking deal!*

–Te lo pido por favor, ldo, déjalo ya –dijo la madre.

–¿Que deje qué? –preguntó el padre.

–Que dejes de ensuciarte la boca delante del niño –susurró la madre.

–No es ninguna palabrota –la rebatió el padre–, y además lo he dicho en inglés y él no sabe inglés.

–¡Qué planeador más bonito! –dijo la madre, apartando manifiestamente la mirada del padre–. ¿Por qué no sales fuera a jugar un poco con él?

–¿Me dais permiso? –preguntó el educadísimo niño.

–Pues claro que te damos permiso –le sonrió la madre, volviendo a acariciarle el pelo como quien le acaricia la cabeza a un perro.

–¿Y cuándo tengo que volver? –preguntó el educadísimo niño.

–Cuando quieras –estalló el padre–, y si tan bien estás en la calle, como si no vuelves. Solo llama a mamá de vez en cuando para que no se preocupe.

La madre se levantó y le propinó al padre una bofetada con todas sus fuerzas. Y resultó muy raro, porque era como si esa bofetada no hubiera hecho más que alegrar al padre mientras la madre se echaba a llorar.

–Venga, vete –le dijo la madre bañada en lágrimas al educadísimo niño–, sal a jugar fuera, que todavía es de día, pero vuelve antes de que oscurezca.

«A lo mejor es que papá tiene la cara más dura que una piedra», pensó el educadísimo niño bajando la escalera, «y por eso duele tanto si se le pega».

El educadísimo niño lanzó el planeador con todas sus fuerzas. Este hizo una pirueta en el aire y siguió planeando en paralelo al suelo hasta chocar con una fuente. El ala se le dobló ligeramente y el niño intentó enderezársela.

–Ay, qué avión más chulo. Yo también quiero echarlo a volar –le dijo una niña pelirroja, a la que no había visto, tendiéndole la pecosa mano.

–No es un avión –la corrigió el educadísimo niño–, es un planeador. Sería un avión si

llevara motor.

–Venga, déjame ya de una vez –le ordenó la niña sin bajar la mano–, no seas egoísta.

–Primero tengo que ponerle bien el ala –intentó zafarse el educadísimo niño–, ¿no ves que se le ha torcido?

–Egoísta, ojalá que te pasen un montón de cosas malas –dijo la niña, y frunciendo el entrecejo para intentar dar con algo menos general, finalmente le soltó muy sonriente–: y que se muera tu madre. Eso, que se muera de verdad.

El educadísimo niño no le hizo ni caso, tal y como le habían enseñado que hay que hacer. Le sacaba una cabeza a la pelirroja, así que si hubiera querido le habría podido dar un bofetón y a ella le hubiera dolido muchísimo, mucho más que a él, porque estaba cien por cien convencido de que no tenía la cara de piedra. Pero no le dio ningún bofetón, ni ninguna patada ni le tiró ninguna piedra. Ni siquiera la insultó. Porque él era muy educado.

–Y que también se muera tu padre, y tú también –añadió la niña pelirroja, antes de irse de allí, como si acabara de acordarse–, palabrita, y que te pase.

El educadísimo niño hizo volar el planeador unas cuantas veces más. En el lanzamiento más logrado el planeador dio tres vueltas de tirabuzón antes de caer. El sol, allí en lo alto, también empezaba ya a descender y el cielo a su alrededor se enrojecía. Su padre le había dicho una vez que si se mira mucho rato directamente hacia el sol se puede uno quedar ciego y por eso el educadísimo niño ponía mucho cuidado en cerrar los ojos cada pocos segundos. Pero hasta con los ojos cerrados seguía viendo la rojez del cielo. Aquello era muy raro, por lo que el educadísimo niño quería investigarlo un poco más para entenderlo, pero también sabía que si no llegaba a casa a tiempo su madre se preocuparía. «El sol luce todos los días», pensó para sus adentros el educadísimo niño, y se agachó para recoger el planeador de la hierba, «y yo no llego nunca tarde».

Cuando el educadísimo niño entró en casa su madre seguía sujetándose la mano y lloraba en el salón. El padre no estaba allí. La madre le dijo que se encontraba en el dormitorio, durmiendo, porque esa noche tenía guardia, y después se fue a la cocina a prepararle al niño una tortilla para cenar. El educadísimo niño empujó un poquito la puerta de la habitación de sus padres, que no estaba cerrada. El padre se encontraba tendido en la cama con ropa de calle y con los zapatos puestos. Estaba tendido boca abajo con los ojos abiertos y al asomarse el educadísimo niño le preguntó, sin levantar la cabeza de la cama:

–¿Qué tal el planeador?

–Bien –respondió el educadísimo niño, y como notó que no era suficiente lo que había dicho, añadió–: estupendamente bien.

–Mamá y yo a veces nos peleamos y nos decimos unas cosas horribles por fastidiar

–dijo el padre–, pero sabes muy bien que digamos lo que digamos yo siempre te querré, ¿verdad?

–Sí –asintió el educadísimo niño mientras salía de la habitación para cerrar la puerta tras de sí–, ya lo sé. Gracias.

Mystic

El hombre, que sabía lo que yo iba a decirle, estaba sentado a mi lado en el avión y sonreía estúpidamente. Eso era lo más desesperante de él, el hecho de que, aunque no fuera inteligente ni sensible, todo el rato conseguía decir lo que yo quería decir tres segundos antes que yo.

–¿Tienen ustedes Mystic de Garlain? –le preguntó a la azafata un momento antes de que a mí me diera tiempo a hacerlo, y ella, con una sonrisa de dientes perfectamente alineados, respondió que le quedaba el último—. Es que a mi mujer le encanta ese perfume. Hasta diría que es adicta. Si vuelvo del extranjero sin un frasco de Mystic del *duty-free* me dice que ya no la quiero. Si se me ocurre entrar en casa sin, por lo menos, un frasco, me la arma.

Esa es la frase que yo debería haber dicho, pero el hombre que sabía lo que yo iba a decir me la robó sin tan solo pestañear. En cuanto las ruedas del avión tocaron la pista de aterrizaje, encendió el móvil un segundo antes que yo y llamó a su mujer.

–Acabo de aterrizar –le dijo—. Lo siento, ya sé que tenía que haber sido ayer, pero cancelaron el vuelo. ¿No me crees? Pues compruébalo por ti misma. Llama a Arik. Ya sé que no lo tienes. Pero te puedo dar su número ahora mismo.

Yo también tengo un agente de viajes que se llama Arik y que también está dispuesto a mentir por mí.

Cuando el avión llegó a la puerta, él todavía seguía hablando por el móvil. Daba todas las respuestas que yo hubiera dado. Sin sentimiento, como un loro. Como un loro en un mundo en el que el tiempo fluyera al revés, repetía lo que iba a ser dicho en lugar de lo que ya había sido dicho. Sus respuestas eran las más adecuadas a la situación. Y su situación no era nada del otro mundo. Tampoco lo era la mía. Mi llamada todavía no había encontrado respuesta, pero solo con oír al hombre que sabía lo que yo iba a decir se me quitaron las ganas de hablar por teléfono. Solo con oírlo podía entender perfectamente que desde ese pozo, en el caso de que lograra cavarme un túnel que me sacara de él, solo podría escapar hacia otra realidad. Ella nunca iba a perdonarme, nunca confiaría en mí. Los próximos viajes serían un infierno y el tiempo entre ellos todavía peor. Él seguía diciendo una tras otra todas esas frases que yo había compuesto pero que no había dicho. Y no paraba. Aceleraba el ritmo, cambiaba de entonación, como el que se está ahogando y bracea con todas sus fuerzas por mantenerse a flote. Los pasajeros habían empezado ya a bajar. Él se levantó de su asiento todavía hablando, recogió con la mano libre la maleta del ordenador y empezó a andar hacia la salida. Vi cómo la olvidaba, la bolsita, arriba, en el maletero. Vi cómo se la dejaba, y no dije nada. Seguí allí sentado. Poco a poco el avión se fue vaciando. Al final quedamos solamente una mujer ultraortodoxa con un millón de niños, y yo. Me levanté y abrí el compartimento del equipaje, como si nada. Saqué de allí la bolsa del *duty-free*, como si siempre hubiera sido mía. Bajo el transparente plástico se veía el ticket y el frasco de Mystic de Garlain. A mi mujer le encanta ese perfume. Hasta diría que es adicta. Si vuelvo del extranjero sin un frasco de Mystic del *duty-free*, me dice que ya no la quiero. Si se me ocurre entrar en casa sin, por lo menos, un frasco, me la arma.

Escritura creativa

El primer cuento que Maya escribió trataba de un mundo en el que las personas se fraccionaban en lugar de reproducirse. En ese mundo toda persona podía convertirse en un momento dado en dos seres que pasaban a tener cada uno la mitad de años. Había quienes escogían hacerlo a una edad muy temprana, como mujeres que con dieciocho años se segmentaban en dos de nueve, y otras que esperaban a ser unas personas estables y a ser profesional y económicamente sólidas, y lo hacían ya de bien adultas. La protagonista del cuento de Maya era una mujer de la que ya nadie esperaba que fuera a dividirse en dos, porque pasaba de los ochenta, y a pesar de la mucha presión social que la hostigaba, se había empeñado durante años en no fraccionarse. Al final del cuento moría. El cuento era muy bonito, menos por su final. Había algo deprimente en él. Deprimente a la vez que esperado. En el taller de escritura, por otro lado, le habían alabado mucho ese final. El instructor del taller, que era por lo visto un escritor conocido o algo así, aunque Aviad nunca había oído hablar de él, le dijo que «la banalidad del final resultaba hirientemente sorprendente», o alguna sutileza por el estilo. Aviad se dio cuenta de lo mucho que esa alabanza alegraba a Maya, porque cuando se lo contó estaba completamente emocionada y citó las palabras del tal escritor como quien cita un versículo de la Biblia. Y Aviad, que al principio todavía había intentado proponerle otro final, al momento se desdijo y comentó que todo era cuestión de gusto y que además no entendía demasiado de esas cosas.

La idea de que Maya fuera a ese taller de escritura había sido de su madre. Contó que la hija de unos amigos se había apuntado un año antes y que se lo había pasado muy bien. A Aviad también le pareció que a Maya le vendría muy bien salir un poco más de casa y hacer algo. Porque él tenía su trabajo en el que refugiarse todas las horas que quisiera, ya que siempre había algo que hacer. Mientras que ella, desde lo del aborto, se había quedado encerrada en casa y siempre que él volvía la encontraba en el salón, allí sentada, muy tensa. Sin ver la tele y hasta sin llorar. Así que cuando Maya vaciló, Aviad supo cómo convencerla.

–Tú ve una vez y pruebas –le dijo–, como si fueras un niño que va de colonias.

Después pensó que no había tenido mucho tacto al compararla con un niño, después de todo por lo que habían pasado hacía tan solo dos meses. Pero Maya, por su parte, sonrió con la comparación y dijo que en ese momento le vendría muy bien ir de colonias.

El segundo cuento que escribió trataba de un mundo en el que las personas que vivían en él solo eran capaces de ver a los que amaban. El protagonista del cuento era un hombre casado que estaba enamorado de su mujer. Un buen día su mujer se chocó con él en el pasillo y el vaso que él llevaba se cayó al suelo haciéndose añicos. Unos días después la mujer se le sentó encima mientras él dormitaba en el sillón. Las dos veces la mujer consiguió salir bien parada poniendo una excusa: iba por el pasillo pensando en otra cosa y no había mirado antes de sentarse en el sillón. Pero el hombre empezó a sospechar que el amor que ella había sentido por él había llegado a su fin. Y para comprobar si eso era así decidió hacer algo drástico: afeitarse la parte izquierda del bigote. Al regresar a casa, pues, llevaba la mitad del bigote afeitado y un ramo de anémonas. Su mujer, muy sonriente, le dio las gracias por las flores. Pero él se dio cuenta de que ella palpaba el aire para darle un beso. Maya tituló aquel cuento, «Medio bigote» y le contó a Aviad que cuando lo leyó en voz alta en la clase hubo

quien lloró. Aviad le sonrió y le dijo:

–Talentito mío. –Y le dio un beso en la frente.

Aquella misma noche discutieron por una bobada. A ella se le había olvidado pasarle un recado y él se había puesto furioso. Como la culpa era de él, acabó por pedirle disculpas.

–Hoy he tenido un día infernal en el trabajo –le dijo, acariciándole el pie en su intento por reconciliarse con ella–. ¿Me perdonas?

Y ella lo perdonó.

El instructor del taller había publicado una novela y una colección de relatos. Ninguno de los dos libros alcanzó demasiado éxito, pero lo que sí recibieron fue unas cuantas buenas críticas. Eso es lo que la dependienta de Steimatzky le dijo a Aviad. La novela era muy gorda, seiscientas veinticuatro páginas. Aviad compró la colección de cuentos. Se llevó el libro al despacho y en los ratos libres del mediodía lo leía. Todos los cuentos del volumen sucedían en el extranjero, eso era algo fijo en él. Cada cuento en un país distinto. En la contraportada ponía que el escritor era guía y que había viajado mucho por el mundo. También había allí una pequeña foto de él en blanco y negro. Aparecía en ella con una sonrisa bastante pretenciosa, la sonrisa de pavo real del que se siente satisfecho de haber nacido siendo él. Maya le dijo que el escritor ese le había dicho que después del taller pensaba pasarle los cuentos de ella a su editor, y que aunque mejor sería que no se hiciera muchas ilusiones, todo era posible, ya que las editoriales llevaban años buscando con lupa nuevos talentos.

El tercer cuento de ella empezaba con un asunto bastante cómico. Trataba de una mujer embarazada que daba a luz un gato. El protagonista del cuento era el marido, que sospechaba que el gato no era suyo. En el techo de la caseta de los cubos de la basura, justo enfrente del dormitorio de la pareja, dormitaba siempre un gato pelirrojo y gordo que le lanzaba al marido unas manifiestas miradas de desprecio cada vez que este bajaba a tirar la basura. Al final el marido y el gato llegaron a un enfrentamiento violento. El marido le dio una pedrada al gato, y este le mordió y le arañó. En la cola del ambulatorio en la que esperaba para que le pusieran la antitetánica, le hacían compañía su mujer y el cachorrito de gato, que todavía mamaba. El marido, humillado y dolorido, se esforzaba por no llorar. Y el cachorro, que notaba su sufrimiento, se liberó del abrazo de la madre y acercándose a él le lamió la cara con ternura y soltó un miau de consuelo.

–¿Has oído? –le dijo la madre emocionada–. Ha dicho «papá».

Entonces el padre ya no pudo contener más las lágrimas y Aviad, al leerlo, tuvo que esforzarse por no echarse a llorar con él.

Maya dijo que ese cuento había empezado a escribirlo antes de saber que volvía a estar embarazada.

–Qué gracia –exclamó sorprendida–, que mi cerebro todavía no supiera que estaba embarazada y mi subconsciente ya sí.

El martes después de aquello, cuando Aviad debía recogerla del museo tras el taller, llegó media hora antes, dejó el coche en el aparcamiento y fue a buscarla a la clase. Maya se sorprendió de verlo allí, pero él se empeñó en que le presentara al escritor. Este olía a perfume. Le tendió a Aviad una mano floja y le dijo que si Maya lo había escogido como marido tenía que ser un hombre muy especial.

Tres semanas después, Aviad se apuntó a un taller de escritura para principiantes en Beit Ha-Sofer. No le dijo nada a Maya, y para más seguridad le pidió a la secretaria que si llamaban de casa dijera que estaba en una reunión muy importante y que no se le podía molestar. Aparte de él, en la clase no había más que un grupo de mujeres mayores que le dirigían unas torvas miradas. La instructora era una chica joven y delgada que llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo, y las mujeres del taller chismorreaban sobre si viviría en un asentamiento religioso en los territorios ocupados

o si tendría cáncer. Ella les pidió que hicieran un ejercicio de escritura automática.

–Escribid todo lo que se os ocurra –les dijo–, no penséis, simplemente escribid.

Aviad intentó dejar de pensar. Pero le resultaba muy difícil. Las viejas que tenía a su alrededor escribían con una rapidez enervante, como alumnas intentando terminar un examen antes de que el profesor les pidiera que soltaran el bolígrafo, y pasados unos minutos también él se puso a ello. Escribió un cuento sobre un pez al que un día, mientras nadaba a sus anchas por el mar, una bruja había convertido en hombre. El pez no se avenía a aceptar su suerte, así que decidió salir en busca de la bruja para obligarla a que lo volviera a convertir en pez. Como era un pez muy rápido y especialmente activo, se casó mientras la perseguía y hasta creó una pequeña empresa de importación de productos de plástico de Oriente, una empresa que, gracias a los muchos conocimientos que había adquirido como pez que surcaba los siete mares, floreció enormemente y hasta empezó a cotizar en la bolsa local. Entre tanto, la bruja mala, que estaba ya un poco cansada de tantos años de maldad, decidió devolver a su condición primera a todos los que había embrujado y pedirles perdón. Un buen día llegó donde estaba el pez al que había convertido en hombre. La secretaria del pez le pidió que esperara a que finalizara una reunión por videoconferencia que mantenía con uno de sus socios de Taiwán. A esas alturas de su vida el pez no se acordaba del todo de haber sido un pez y su compañía estaba ya presente en casi medio mundo. La bruja estuvo esperando unas cuantas horas, pero al ver que la reunión aquella no tenía fin, se montó en su escoba y se fue volando de allí. El pez siguió prosperando y siempre estaba muy ocupado, hasta que un día, cuando ya era muy viejo, se asomó desde una de las ventanas de uno de los muchísimos rascacielos que había comprado como inversión inmobiliaria a lo largo de la costa, y vio el mar. Al verlo se acordó de pronto de que era un pez. Un pez muy rico que poseía decenas de filiales y acciones financieras en el mundo entero, pero al fin y al cabo un pez. Un pez que hacía ya años que no probaba la sal del mar. Cuando Aviad dejó de escribir, la instructora le clavó una mirada de interrogación.

–Es que no encuentro un final –se excusó Aviad con un susurro, por no molestar a las viejas que seguían escribiendo.

Resfriado

Dos están esperando junto a la mesa de la consulta de un médico acupuntor. Un padre y un hijo.

El acupuntor entra en la consulta.

Es chino.

Se sienta al otro lado de la mesa.

Le pide al hijo en un inglés con un acento muy raro que coloque ambas manos sobre la mesa.

El chino coloca los dedos en los brazos del hijo y cierra los ojos. Después le pide al hijo que saque la lengua. Este la saca con un gesto desafiante.

El chino asiente y le pide al hijo que se tienda en la camilla.

El hijo se tiende en ella y cierra los ojos.

El padre pregunta si el hijo tiene que quitarse la ropa.

El chino sacude la cabeza de lado a lado indicándole que no. Después saca del cajón de la mesa unas agujas muy largas y finas y empieza a clavárselas.

Una detrás de cada oreja.

Una en cada mejilla, cerca de la nariz.

Una a cada lado de la frente, cerca del ojo.

El hijo solloza bajito, con los ojos todavía cerrados.

–Ahora –les dice el acupuntor al padre y al hijo–, hay que esperar.

–¿Y después del tratamiento, se encontrará mejor? –se interesa el padre.

Pero el acupuntor se limita a encogerse de hombros y sale de la estancia.

El padre se acerca a la camilla en la que yace el hijo y posa la mano en su hombro.

El cuerpo del hijo se encoje.

Cuando lo pinchaban no se ha encogido, y ahora sí.

Al cabo de media hora el chino vuelve a la consulta y le retira las agujas con unos movimientos muy rápidos.

Les dice al padre y al hijo que el cuerpo está reaccionando al tratamiento y que eso es bueno. Ahora ya no estará resfriado. Como prueba señala los puntos en los que las agujas han estado clavadas. Alrededor de cada uno de ellos ha aparecido un círculo rojo.

Después se sienta de nuevo al otro lado de la mesa.

El padre le pregunta al chino cuánto le tiene que pagar. Había pensado preguntarlo antes del tratamiento pero se le ha olvidado. Si lo hubiera preguntado antes estaría en mejores condiciones de regatear. Lo que no quiere decir que haya pensado regatear. Porque se trata de la salud de su único hijo. Es decir, del único que sigue con vida.

El chino le dice que son trescientos cincuenta shekels por sesión y que hay algo que debe tomarse después de cada comida que son cien más.

El chino le explica que tendrán que hacer varias sesiones. Por lo menos diez. Todos los días excepto el sábado.

El chino dice que sería preferible hacer el tratamiento también en sábado, pero que los sábados no trabaja porque su mujer no le deja.

Mujer es quizá la única palabra además de *resfriado* que dice en hebreo.

Cuando pronuncia esa palabra el padre siente una espantosa soledad.

Al padre se le ocurre una idea muy rara. Quiere decirle al chino que necesita orinar y una vez haya cerrado con el pestillo la puerta del váter sentarse en la taza y masturbarse.

Cree que así podrá librarse un poco de su sensación de soledad. Pero no está muy seguro.

En la medicina china el semen es considerado como una especie de energía. Cuando lo expulsas, te debilitas, y por eso no es aconsejable hacerlo, y mucho menos si ya estás débil de antemano.

El padre no sabe todo eso, pero a pesar de todo renuncia a la idea. La soledad le resulta muy dura, pero no se sentiría cómodo dejando a su hijo solo en la consulta con ese chino.

–Todos los días, excepto el sábado –repite el chino, porque le parece que el padre no ha prestado atención cuando lo ha dicho la primera vez.

El padre paga con billetes nuevos. Cuatrocientos cincuenta justos. No hay que darle cambio.

Piden hora para el día siguiente.

De camino hacia la puerta, el chino les dice en hebreo:

–Que os mejoréis.

El hijo piensa que es un poco raro que el chino haya dicho «que os mejoréis», en plural, puesto que el único que está enfermo es él.

El padre, ni se fija. Está pensando en otra cosa.

«Mujer», «resfriado», «que os mejoréis».

«Que os mejoréis», «resfriado», «mujer».

No hay nada más raro que oír a un chino hablar hebreo.

Agarrar el quiquiriquí por la cola

Cuando más difícil me resulta es por la noche. No digo «cuando más la añoro», porque no siento añoranza. Pero por la noche, cuando estoy solo en la cama, pienso en ella. Nada de pensamientos calenturientos o algo así, sino que recuerdo todos los momentos buenos que pasamos juntos. La veo, más bien, en bragas y camiseta durmiendo con la boca abierta, respirando pesadamente, dejando un círculo de babas en la almohada, y me veo a mí mirándola. ¿Qué es lo que yo sentía entonces, cuando la miraba así? Ante todo sorpresa por el hecho de que no me diera asco, y después, una especie de afecto. Amor no, afecto. Del tipo de afecto que sientes por un animal o por un bebé, más que por tu pareja. Y entonces lloro. Casi todas las noches. Y no se trata de un llanto de arrepentimiento, porque no me arrepiento. No tengo de qué. Fue ella la que me dejó. Además de que es bueno que nos separáramos, y no solo para ella, sino para los dos. Y todavía mejor es que lo hiciéramos a tiempo, antes de que hubiera niños de por medio y de que todo se volviera más complicado. ¿Por qué lloraré, entonces? Pues porque las cosas son así. Cuando le quitan a uno algo, aunque se trate de una mierda, duele. Si hasta cuando te quitan una verruga, queda una cicatriz. Y la noche, por lo visto, es el mejor momento para rascártela.

Uzi tiene un móvil nuevo, de esos que te mantiene informado en tiempo real de la evolución de la bolsa. Cuando las acciones de su empresa de ordenadores suben, en su móvil suena la canción «Eres un cañón», y si bajan, toca «Solitario», de Zohar Argov. Hace ya un mes que anda por ahí con ese invento y, cada vez que suena, sigue haciéndole gracia. El «Eres un cañón» le hace más gracia que «Solitario», porque no en vano resulta más fácil reírse cuando te llueve el dinero del cielo que cuando alguien te lo saca de la cartera. Y hoy, me explica Uzi, es un día solemne, porque hoy tiene la intención de hacer una gran inversión en unas acciones del Nasdaq que se llaman QQQQ pero que a Uzi le parece más divertido llamar quiquiriquí. Si el Nasdaq sube, ellas también, y como en opinión de Uzi el Nasdaq va a traspasar el techo en cualquier momento, todo lo que tenemos que hacer es agarrar el quiquiriquí por la cola y subir volando con él hasta el cielo.

A Uzi le lleva veinte minutos exponerme todo eso y al finalizar la explicación vuelve a examinar la pantalla del móvil. Cuando ha empezado a hablarme del quiquiriquí, estaba a ^{1.4} y ahora está ya a ^{1.55}.

–Mira que llegamos a ser patosos –se lamenta Uzi mientras muerde un cruasán de almendras haciendo que las migas vuelen en todas direcciones–, ¿te das cuenta? Solo en esta media hora habríamos podido ganar más del diez por ciento.

–¿Por qué dices «habríamos»? –le pregunto–. ¿De qué dinero estás hablando? ¿No crearás que tengo pasta para invertirla en algo así...?

–No hay que poner mucha –dice Uzi–, hubiéramos podido empezar con cinco mil y ya habríamos arañado quinientos de beneficio. Pero no hemos puesto nada. ¿Sabes qué? Déjalo, tú no tienes nada que ver en esto. He sido yo el que no ha puesto nada. Y eso a pesar de que sabía tan claro como sabe un bebé que su madre siempre lo va a querer, que el Nasdaq iba a romper el ^{1.5}.

–Hay madres que abandonan a sus bebés –puntualizo yo.

–Puede –murmura Uzi–, pero la madre de quiquiriquí no. Te lo digo, tendría que haber puesto todo mi dinero en él, pero he preferido esperar. ¿Y sabes por qué? Pues porque soy un perdedor.

–Qué vas a ser tú un perdedor... –intento consolarlo, pero ya no hay quien lo pare.

–Mírame, he cumplido treinta y cinco y ni siquiera tengo un millón.

–Pero si no hace ni una semana que me dijiste que tenías invertido en bolsa más de un millón –le recuerdo.

–De shekels –gruñe un humillado Uzi–, ¿y qué es un millón de shekels? Yo te hablo en dólares –añade Uzi mientras traga con tristeza el último trozo de cruasán y le da un trago a la Coca-Cola Light–. Mira a mi alrededor –prosigue–, y te darás cuenta de que todos esos niñatos llenos de acné que antes me servían cafés en vasos de plástico en los Start-Up que yo abrí, van ahora en Mercedes mientras yo sigo con mi Peugeot ²⁰⁵ como un teniente coronel cualquiera.

–Deja de lloriquear –le digo–, que no sabes cuántísima gente estaría dispuesta a cambiarse por ti.

–¿Tanta? –se ríe Uzi con sorna–. ¿Quiénes? ¿Los parados de Sderot? ¿Los leprosos de la India? ¿Pero qué es lo que te pasa, Dedi? ¿Te me has vuelto un conformista? Me parece que el divorcio ese te ha jodido el cerebro pero que bien.

Uzi y yo nos conocemos desde los tres años, más o menos. Desde entonces ha llovido mucho, pero pocas cosas han cambiado, en realidad. Uzi dice que también entonces me pasaba el día compadeciéndome de mí mismo. Cuando empezamos el instituto lo único que yo hacía era fantasear con llegar a tener una novia, mientras que Uzi ya soñaba con dar el golpe. Al llegar el verano quiso organizar unas colonias. El negocio que había detrás de esas colonias era muy simple: Uzi se repartió a medias con los niños el dinero que había recibido de los padres de estos y, a cambio, los niños no se chivaron de que no les había organizado ninguna actividad, sino que se había limitado a lanzarles a la hierba una pelota de fútbol medio rota y a darles permiso para que bebieran de la fuente cada dos horas. Hoy, Uzi ya tiene piso propio, tiene mujer, que un día fue la secretaria de una empresa tapadera en la que él trabajó, y una hija gordita que es igualita a él.

–Si nos divorciamos ahora –dice Uzi–, se lleva la mitad. De todo. Y eso porque me dejé engatusar antes de la boda y no la obligué a firmar un acuerdo.

Yo ya he pagado el desayuno y estamos esperando el cambio.

–Mientras que tú –prosigue Uzi– has salido de tu divorcio indemne. No se te ha llevado ni un solo shekel.

–Eso es porque no había nada que llevarse –contesto, intentando poner el halago en su sitio.

–De momento –dice Uzi, dándome unas palmaditas en el hombro–. De momento, pero ahora que ya lo tenéis todo firmado ha llegado el momento de que des el golpe y te lleves toda la ganancia para ti solito, como en la lotería, sin más compañía.

–Sin más compañía –repito mecánicamente y le doy el último y por eso dulcísimo sorbo al café.

–Sin más compañía –repite Uzi–, tú y yo solos. Tengo la corazonada de que el quiquiriquí va a volver a caer un poco, no muy bajo, pero hasta el ^{1.35}, y entonces es cuando le entramos nosotros hasta el culo.

No es la camarera la que vuelve con el cambio, sino el dueño del local.

–Perdone –me dice–, siento mucho molestar, pero el billete de cien shekels que ha dado es falso. ¿Lo ve? No es auténtico.

Ahora sostiene el billete de cien a contraluz.

Cojo el billete, le miro la marca de agua y, en lugar del dibujo con el retrato del expresidente Ben Zvi, me sonrío un Mr. Smile burdamente garabateado.

–¿Falso? –exclama entusiasmado Uzi, arrebatándome el billete de la mano–. Déjame ver.

Al dueño del local le lanza otro billete en su lugar y aquel se pone también a observarlo contra el sol. Yo, entre tanto, le pido disculpas. Le digo que he pagado el taxi que me ha llevado hasta allí con un billete de doscientos y que habrá sido el taxista el que me

lo ha colado al darme el cambio.

–¡Pero si este billete es una pasada! –dice Uzi–. ¿Me lo vendes? ¿Por cien?

–No entiendo tanto entusiasmo –le digo a Uzi–, pero si es falso.

–Pues por eso mismo, bobo –dice Uzi, sacando de la cartera un fajo de billetes–, de los que no son falsos tengo un montón. Pero eso de tener uno falso es un chollo. Si alguien me da una mierda de servicio, le suelto este.

–Pues quédatelo –le digo–, un regalito de cien shekels falsos de mi parte.

Ahora estamos en el coche de Uzi. Acabamos de montarnos en él. No sé por qué le habré contado que por las noches lloro. Y es que no es que Uzi sea precisamente la persona más adecuada para compartir ese tipo de cosas.

–Y no es por ella –le hago saber–, porque la verdad es que no quiero que vuelva.

–Ya lo sé –murmura Uzi–, lo sé, la conozco.

Su móvil le canta que es un cañón, pero él ni siquiera le echa un vistazo a la pantalla para ver cuánto ha subido la acción, sino que acerca su cara hasta casi pegarla a la mía, como un médico cuando examina al paciente.

–¿Sabes lo que necesitas ahora, y con urgencia? –me dice–. Un sándwich etíope en Matalón ⁵⁶.

–Pero si acabamos de comer –protesto.

–Un sándwich no es comida –dice Uzi mientras desbloquea el volante–, un sándwich es una etíope debajo de ti y otra encima con las tetas bien pegadas a tu espalda. La verdad es que a mí tampoco me entusiasmó mucho la idea la primera vez que me lo propusieron, pero es algo increíble.

–¿Qué es eso de Matalón ⁵⁶? –le pregunto–. ¿Es una casa de putas?

–No cambies de tema –dice Uzi, haciendo girar la llave en el contacto–, que ahora estamos hablando de ti. Desde que Ofrah y tú os separasteis, no has follado ni una sola vez, ¿a que no?

–La verdad es que tampoco es que me apetezca demasiado –reconozco.

–En esta vida –prosigue Uzi bajando el freno de mano–, no siempre hacemos lo que nos apetece.

–Si lo que intentas decirme es que lloro porque no follo, te equivocas –protesto.

–No estoy diciendo eso, no estoy diciendo eso –exclama Uzi y tamborilea con los dedos sobre el volante–, lo que digo es que lloras porque tu vida está vacía. Porque llevas una vida sin sentido, sin contenido. Y cuando uno está vacío... –y al decirlo se toca ligeramente el pecho un poco a la derecha del corazón– si encuentra algo con significado a su alrededor, pues se hace uno con ello, y si no lo hay pues se fastidia uno. Y en estos casos, un sándwich etíope es un clavo que saca otro clavo, y nunca mejor dicho.

–Llévame a casa –le pido–, que bastante asquerosa es ya mi vida como para encima irme de putas.

Pero Uzi ya no me hace ni caso, porque el móvil le suena ahora con un tercer tono, este de lo más aburrido, el tono que Uzi ha escogido para las llamadas entrantes. Al otro lado de la línea hay alguien del banco. Uzi le comenta la bajada del quiquiriquí lloriqueando y le pide que le compre acciones del QQQQ por valor de veinte mil dólares en cuanto vuelvan a bajar.

–Diez mil para mí y diez mil para un amigo.

Yo le digo que no con la cabeza, pero Uzi me ignora, y cuando termina de hablar y cuelga, me dice:

–Te pongas como te pongas, Dedi, tú y yo vamos a coger el quiquiriquí por la cola.

A través de la fina pared puedo oír el móvil de Uzi cantándole que es un cañón y una voz femenina estallando en una risotada. Hoy no había etíopes en Matalón ⁵⁶, así que Uzi ha entrado en la habitación con una de tetas muy grandes que ha dicho en inglés que es checa, y yo con una rubia teñida, por lo visto una rusa. Ahora, al otro lado de la

pared, Uzi también se ríe muy alto, porque según parece la checa es un clavo nada despreciable. Mi rubia teñida se llama María y me pregunta si quiero que me ayude a desnudarme. Le explico que no es necesario, que estoy allí solo por el loco de mi amigo y que por mi parte nos podemos quedar ahí sentados sin follar ni nada, y salir cuando Uzi termine.

—¿Sin follar? —intenta entender María—. ¿Una mamada, entonces?

Al otro lado de la pared el móvil de Uzi vuelve a sonar con la canción de Sarit Hadad. Algo bueno está pasando allí. María me desabrocha la bragueta y a mí me parece que si le digo que no me apetece se va a ofender. Sé que no me lo parece de verdad y que además no es cierto, pero me esfuerzo por autoconvencerme. Puede que Uzi tenga razón y que todo lo que necesito ahora es un clavo. Mientras María lo hace intento inventarle una vida agradable, una vida que la haya llevado a la prostitución por voluntad propia. Una vez vi una película así, sobre una puta francesa bondadosa y feliz. Puede que también María lo sea, solo que como rusa. Al mirar hacia abajo no puedo ver de ella casi nada, solo el pelo. De vez en cuando levanta la cabeza y me pregunta:

—¿Te gusta así?

Y yo asiento, confuso. Pronto terminará.

Durante la media hora que pasamos en Matalón ⁵⁶ el quiquiriquí sube hasta romper el techo. Cuando salimos al tórrido sol de la calle, el quiquiriquí está ya en el ^{1,75}, lo que significa, según Uzi, que nos da el ciento veinte por ciento del dinero. Y así, el quiquiriquí sigue surcando el celeste cielo como una cometa y nosotros tras él, agarrados con fuerza a su cola para no caer.

Escoje color

Un hombre negro se mudó a una calle de blancos. Tenía una casa negra con una terraza negra, y todas las mañanas se sentaba en ella y se tomaba un café solo, bien negro. Hasta que una negra noche entraron en su casa sus vecinos blancos y le dieron una paliza de muerte. ¿Cómo que de muerte? Lo hicieron picadillo. Allí yacía él, doblado sobre sí mismo como el mango de un paraguas, en medio de un charco de sangre negra, y todavía le seguían pegando. Hasta que uno de ellos se puso a gritar que lo dejaran, porque si se les moría de repente entre las manos todavía irían a parar a la cárcel.

El hombre negro no se les murió entre las manos. Llegó una ambulancia y se lo llevó muy lejos, a un hospital mágico que había en la cima de un volcán inactivo. El hospital era blanco. El portón de entrada era blanco, las paredes eran blancas, lo mismo que la ropa de cama. El hombre negro empezó a sanar. A sanar y a enamorarse. A enamorarse de una enfermera blanca vestida de blanco que lo cuidaba de la forma más entregada y generosa posible. Ella también lo amaba. Y el amor de ambos se fue fortaleciendo, lo mismo que él, con cada día que pasaba. Se fortaleció y aprendió a levantarse y a gatear. Como un bebé. Como un niño pequeño. Como un hombre negro que ha recibido una paliza.

Se casaron en una iglesia amarilla. Los casó un sacerdote amarillo. Los padres amarillos del sacerdote habían llegado a aquel país en un barco amarillo. También ellos habían recibido palizas de sus vecinos blancos. Pero el sacerdote no compartió esas historias con el hombre negro. Apenas lo conocía y tampoco parecía el momento más adecuado para empezar a hablar de ello, con la boda de por medio y todo eso. El sacerdote amarillo había planeado decirles que Dios los amaba y que les deseaba todo lo mejor. Y eso que no lo sabía con certeza, a pesar de que muchísimas veces había intentado convencerse a sí mismo de que sí. De que sabía que Dios ama a todo el mundo y nos desea a todos lo mejor. Pero aquel día, mientras estaba casando a aquel destrozado hombre negro que no llegaba a los treinta y estaba ya sentado en una silla de ruedas y cubierto de cicatrices, le resultó todavía más difícil de creer.

–Dios os ama –les dijo finalmente de todos modos–, Dios os ama y solo quiere el bien para vosotros –añadió avergonzado.

El hombre negro y la mujer blanca vivían juntos muy felices. Hasta que un día, cuando la mujer volvía de la tienda con la compra, la estaba esperando en el portal un hombre marrón con un cuchillo marrón que quería que le diera todo lo que llevaba. Cuando el hombre negro volvió a casa se la encontró muerta. No entendía por qué el hombre marrón la había apuñalado si podía haberle quitado el dinero y escapar. El entierro se celebró en la iglesia amarilla del sacerdote amarillo, y cuando el hombre negro lo vio, lo sujetó por la casulla amarilla y le espetó:

–Pero usted lo dijo. Dijo que Dios nos ama. Y si nos ama, ¿por qué nos hace estas cosas?

El sacerdote amarillo tenía la respuesta preparada. Una respuesta que ya le habían enseñado en el seminario. Algo así como que los caminos del Señor son inescrutables y que ahora que su mujer había muerto seguro que estaba mucho más cerca de él. Pero en lugar de utilizar esa respuesta, empezó a maldecir. El sacerdote maldijo a Dios con unos insultos terribles. Unos insultos tan hirientes y vejatorios como los que jamás antes se habían oído en el mundo. Unos insultos tan hirientes y vejatorios que hasta Dios se ofendió.

Dios entró en la iglesia amarilla por la rampa de los minusválidos. También él iba en silla de ruedas y había perdido a su compañera. Dios era plateado, pero no del plateado destello de los BMW de los horteras, sino de un fino plateado mate. En una ocasión, mientras revoloteaba entre las plateadas estrellas con su plateada amada, se abalanzó sobre ellos un grupo de dioses dorados. Cuando estos todavía eran niños, Dios le había pegado a uno de ellos, a un dios bajito y menudito, y ahora que el dios había crecido había vuelto con sus compañeros. Los dioses dorados les pegaron con unas porras de dorado sol y no pararon hasta que no les rompieron todos y cada uno de los huesos de sus divinos cuerpos. Él tardó años en recuperarse. Su amada nunca lo pudo superar. Se quedó en estado vegetativo. Podía verlo y oírlo todo, pero no podía hablar. El Dios plateado decidió crearle a su amada un ser a su imagen y semejanza para que ella pudiera dedicarse a mirarlo y pasar así el tiempo. Y la verdad es que ese ser se le parecía mucho: una víctima golpeada clavadita a él, que su amada plateada se quedaba mirando embobada durante horas con los ojos abiertos como platos y sin derramar ni una sola lágrima.

–¿Qué te crees? –le dijo muy deprimido el Dios plateado al sacerdote amarillo–. ¿Que os creé así por elección mía? ¿Porque soy un perverso, un sádico o una mierda de dios que disfruta con todo este sufrimiento? Os creé así porque así es como supe hacerlo. Lo hice lo mejor que pude.

El sacerdote amarillo cayó de rodillas y le pidió perdón. Si hubiera llegado allí un dios más fuerte, seguro que habría seguido insultándolo aunque tuviera que pagarlo con el infierno. Pero el Dios plateado y minusválido le había producido pena y arrepentimiento y era verdad que deseaba que lo perdonara. El hombre negro no se arrodilló. Con la parte inferior del cuerpo paralizada, ya no era capaz de hacer esas cosas. Se limitó a quedarse sentado en la silla de ruedas y a imaginar que en algún lugar de los cielos una diosa plateada lo miraba con los ojos muy abiertos. Eso lo llenó de determinación, y hasta de esperanza. No conseguía explicarse a sí mismo el porqué, pero el hecho de pensar que sufría exactamente igual que un dios, lo hacía sentirse bienaventurado.

Moratón

En urgencias le dijeron que el hueso se le había fracturado del todo y que el músculo estaba desgarrado y desprendido por dos sitios.

–Hay personas –le explicó el médico–, que salen de un accidente de coche a ochenta por hora sin haberse hecho ni un solo rasguño.

Recordaba que una vez llegó a urgencias una mujer gorda que se había caído desde la terraza de su casa en un tercero dando contra el asfalto, y el único daño que sufrió fue un moratón en el trasero. Todo era cuestión de suerte. Y ella, por lo visto, no tenía demasiada. Un mal paso en la escalera, un tobillo torcido en la dirección incorrecta y ahí estaba, en el hospital y escayolada.

Un joven, que parecía árabe, le puso las vendas húmedas alrededor de la pierna. Le dijo que estaba en prácticas y que si quería podía esperar a que se lo hiciera el médico, pero que le llevaría por lo menos una hora más, porque había muchísima gente. Cuando la hubo terminado de escayolar le dijo que ahora, como era verano, sudaría y que le picaría un montón. No le dio ningún consejo de cómo remediarlo, sino que se limitó a informarla. Y la verdad es que al poco rato empezó a picarle.

Si no hubiera sido por la escayola, no habría estado en casa cuando él telefoneó, porque de no haber sido por la escayola, habría estado en el trabajo. Deivid le contó que se encontraba en Tel Aviv, que estaría en Israel solamente una semana y que lo habían enviado del despacho para participar en un congreso. Algo relacionado con la Agencia Judía. Le dijo que se aburría como una ostra en las sesiones y que quería verla, y ella le dijo que de acuerdo. Si no hubiera sido por lo de la escayola se habría escabullido poniendo cualquier excusa, pero ahora se aburría. Si viene, pensó, estaré en vilo hasta que llegue. Porque tendría que escoger una blusa ante el espejo y arreglarse las cejas. Después, cuando ya estuviera allí, seguro que no pasaría nada, pero nadie podría quitarle la emoción de los preparativos, y eso que se llevaría. Además de que tampoco podía perder nada. Con cualquier otro tendría miedo de que quizá la fuera a dejar en la estacada, pero con Deivid no tenía nada que temer. El tipo ya la había dejado en la estacada la vez anterior que estuvieron juntos, después de haberla vuelto loca con lo mucho que la amaba, de magrearse un poco y de que ella se la meneara a él hasta correrse, tras lo cual se había quedado dormido con la ropa puesta en la cama del hotel. Al día siguiente no la llamó, ni al otro tampoco. Pasados dos días ya ni siquiera esperaba que la llamara. Sabía que había vuelto a Cleveland, a Portland, o como se llamara esa ciudad de Estados Unidos en la que vivía. Pero se sentía herida. Se sentía tan herida como cuando alguien te ve por la calle y aparenta no verte. Si se lo encontrara por la calle en Cleveland, en Portland o donde demonios fuera y él estuviera con su novia, eso es seguramente lo que habría ocurrido.

Entonces Deivid le había contado que tenía novia. Le dijo que se iban a casar. La verdad es que no podía decir que él se lo ocultara. Pero había algo en cómo se lo dijo que la hizo sentir como si todo lo que le estaba revelando fuera cierto hasta el momento en el que la había conocido a ella, y que ahora su vida iba a tomar un rumbo completamente distinto, un rumbo que la incluía también a ella. Pero por lo visto estaba confundida, o él la había empujado a confundirse. Dependía de cómo se mirara. Y dependía de qué humor estuviera cuando la imagen de ellos dos juntos en el hotel se le venía a la mente. A veces se decía a sí misma: «Olvídalo, pedazo de subnormal. Es un yanqui, ¿qué esperabas? ¿Que echara por la borda la vida que llevaba allí en América? ¿Que dejara su trabajo en ese centro comunitario del que te intentó hablar y

que se viniera para aquí a trabajar de barman o de mensajero en una Vespa?». Pero otras veces se enfadaba. Deivid no tenía por qué haberle dicho «te quiero». Habría podido decir simplemente que se sentía atraído por ella, o que estaba caliente porque estaba borracho y lejos de casa. Lo más probable es que ella se la hubiera meneado igual, pero sin quedarse después sentada durante dos días en casa esperando a que él la llamara. Entonces no tenía móvil, así que se quedó en casa esperando. También era verano y en el piso no había aire acondicionado. En la habitación no se movía ni una gota de aire y se pasaba el día intentando leer *Submundo*, de Don DeLillo, aunque nunca pasaba del primer capítulo. Y además no se acordaba de nada de ese capítulo. Solo que trataba de un partido de béisbol. Después de aquello no siguió leyendo el libro, y Deivid nunca llamó. Pero ahora, casi un año después, había aparecido de repente, y cuando propuso ir a verla, ella le había dicho que de acuerdo. Se lo dijo sobre todo para que él no creyera que estaba ofendida, para que no se creyera tan importante como para que ella no quisiera verlo.

Llevó una botella de vino y una pizza. Mitad de aceitunas y mitad de anchoa. Ni siquiera le preguntó antes por teléfono de qué le gustaba o si le apetecía. Aunque la pizza, precisamente, resultó muy buena. El vino era blanco y estaba caliente, pero como no tenían paciencia para esperar a que se enfriara, se lo tomaron con unos cubitos.

—Nos estamos tomando una botella de cien dólares como si fuera una Coca-Cola Light —comentó él, riéndose.

Por lo visto le parecía muy importante que ella supiera lo mucho que se había gastado en el vino.

—Desde aquella noche —prosiguió él—, tengo una mala conciencia espantosa. Me siento una verdadera mierda. Tendría que haberte llamado a la mañana siguiente para explicarme. O más que eso: lo que tendría que haber hecho desde el principio es cuidarme de que no pasara. Lo siento.

Ella le acarició la mejilla, pero no de una manera provocativa, sino más bien como una madre que consuela a su hijo que le acaba de confesar que ha copiado en un examen. Le dijo, además, que la cosa no era tan grave y que sí, que desde entonces no había dejado de pensar en él preguntándose la razón por la que no la había llamado. Pero que de todas maneras él no tenía por qué sentirse mal porque la verdad es que ya desde el principio le había contado que tenía novia.

Deivid le dijo que entre tanto ya se habían casado. Cuando regresó de Israel fue cuando Karen, que así se llamaba la chica, le había dicho que estaba embarazada y que tenían que decidir si abortaba o si seguían juntos. Cuando Karen le dijo eso, nada más bajar él del avión, todavía notaba el olor de ella en el pelo. Desde el día en que estuvieron juntos en la cama, no se había duchado para que el olor de ella no desapareciera. «Tenemos que decidir si aborto o si seguimos juntos», le había dicho Karen. Y él no quería seguir con Karen, por ella, por aquella noche. Pero tampoco quería que Karen abortara. Le resultaba muy difícil de explicar. Porque no era religioso ni nada así. Pero lo del aborto le sonaba como algo irremediable y sin retorno que lo ponía muy nervioso. Así que le propuso matrimonio.

—Que nazca un niño también es algo irremediable que no tiene vuelta atrás —le dijo ella ahora, en un tono como de broma, y él se encogió y dijo que sí, que lo sabía.

Y con la misma bocanada de aire dijo que había sido niña y que era lo más maravilloso que tenía en la vida. Que aunque Karen y él llegaran a divorciarse, cosa que no creía que fuera a suceder porque al fin y al cabo estaban bastante bien juntos, pero suponiendo que sucediera, estaba muy contento de que Karen no hubiera abortado. Porque esa niña era la cosa más mona del mundo. El viernes cumpliría cinco meses y desde que nació era la primera vez que él salía de viaje. Y eso que, a ese congreso, casi tampoco va. Había cambiado de opinión más de cinco veces hasta que al final

decidió ir. Sobre todo para verla a ella. Para pedirle perdón.

–He venido para que me perdones –le repitió.

Ella quería decirle que estaba exagerando. Que le daba demasiada importancia a algo que quizá no la tenía. Pero tras otro largo silencio, terminó por decirle que lo perdonaba. Que nunca se había visto en su situación, pero que lo entendía perfectamente. Que lo único que lamentaba era que entonces no la hubiera llamado. Aunque solo fuera para despedirse antes de tomar el vuelo.

–Si te hubiera llamado –le dijo él–, habría vuelto otra vez, y si hubiera vuelto, me habría enamorado de ti. Tuve miedo.

Si ella hubiera querido dejarlo en mal lugar le habría recordado que ya entonces, aquella primera noche, le había dicho que estaba enamorado de ella, pero en vez de eso se limitó a acariciarle la enorme mano que reposaba encima de la mesa. Después se sentaron juntos en el salón, se pusieron a mirar un capítulo de *Perdidos* y se tomaron lo que quedaba del vino. Hacía tres años, cuando se quedó embarazada de Giora, ni siquiera le preguntó si quería que abortara o que siguieran juntos, sino que fue y abortó sola, sin contárselo. Dos meses después cortaron. Por lo visto el tal Deivid quería a Karen un poco más de lo que ella quería a Giora. O, por lo menos, la odiaba menos. Ahora sabía que la noche podía acabar en el punto que ella quisiera que acabara. Y eso le daba sensación de poder. Si seguía arrastrando la conversación hasta mucho más tarde y le decía que estaba cansada, él se marcharía sin intentar nada. Pero si lo miraba con una sonrisa, él la besaría. Estaba segura, lo notaba. Pero ni ella misma sabía bien lo que quería. ¿Que se volviera al hotel bien caliente y que se masturbara allí pensando en ella creyendo que era lo mejor, o que se quedara a pasar la noche con ella en su cama y al día siguiente volviera a sentirse como una mierda? A cada momento le parecía querer otra cosa. «Deja de pensar en él», se dijo a sí misma, «y en cómo se siente. Piensa en ti. ¿Qué es lo que quieres?».

Ahora, por la escayola, lo de ir al lavabo era una aventura. Tenía que ir a la paticoja y guardar el equilibrio. Deivid no se lo permitió. La tomó en brazos, como si fuera un bombero que la estuviera salvando de una casa en llamas, o un novio cruzando con ella el umbral la noche de bodas. Mientras orinaba, él se quedó esperando al otro lado de la puerta y después la llevó al salón. Cuando volvieron allí, el capítulo había terminado. Deivid le contó lo que pasaba al final del capítulo. Ya lo había visto, porque en Estados Unidos lo emiten una semana antes. No le había dicho que ya lo había visto porque no le importaba volverlo a ver con ella. De cualquier forma la tele no le entusiasmaba. La primera vez también se había sentado a verla solamente porque a Karen le encantaba esa serie.

–Menudo calor que hace en tu piso –comentó Deivid–, un calor de muerte.

Ella le dijo que lo sabía. Que el propietario del piso les había rebajado a ella y a su compañera de piso sesenta dólares al mes por no tener aire acondicionado. Desde que se rompió la pierna, estaba allí atrapada, añadió. En el hospital le habían dado unas muletas, pero a quién le apetece bajar cuatro pisos con muletas. Y antes de que le hubiera dado tiempo a entender lo que pasaba, él ya se la había cargado a la espalda, como si fuera un saco de harina, y estaban bajando los cuatro pisos.

La llevó a la espalda hasta el parque Meir, donde se sentaron en un banco a fumarse un cigarrillo. Allí también hacía calor y había muchísima humedad, pero por lo menos soplaba una brisa que secaba el sudor.

–Para mí era muy importante que me perdonaras –le dijo–, pero que muy importante, aunque ni yo mismo sé explicarte por qué. Y no es que no haya quedado como una mierda con otras chicas que conocí antes, pero contigo...

Y se echó a llorar.

Al principio ella no se dio cuenta de que era eso lo que hacía, sino que creyó que tosía o que se había atragantado o algo así, pero sencillamente estaba llorando.

–Déjalo, tonto –le dijo medio en broma–, que la gente nos mira y todavía van a pensar que te he dejado y te he partido el corazón.

–Sí, soy un tonto –le dijo Deivid–, un verdadero tonto, porque habría podido... Nunca has estado en Cleveland. No puedes ni imaginarte lo que es Cleveland al lado de Tel Aviv.

Pero ella notó que lo que él quería decir, en realidad, era «dónde está Karen y dónde estás tú», y se alegró de que no lo dijera.

Los cuatro pisos arriba los subieron muy despacio. A él ya no le quedaban fuerzas para llevarla en brazos, así que ella se limitó a apoyarse en él mientras subía escalón tras escalón. Cuando llegaron a la puerta de ella, los dos estaban ya completamente sudados y la escayola le empezaba a picar con aquel escozor de locos.

–¿Quieres que me vaya? –le preguntó.

Ella dijo que no con la cabeza pero con la boca le sugirió que creía que sería lo mejor. Después, ya en la cama, frente al ventilador, intentó hacerse un resumen del sentido de toda aquella historia: un norteamericano y una israelí se conocen por pura casualidad. Pasan una agradable velada. Un poco de saliva en la mano izquierda de ella que sube y baja por la polla de Deivid. Y todos estos detalles sin importancia alguna los arrastran durante casi un año dos personas de ambos lados del océano. Hay quien se cae de un tercero y sale de ello con apenas un moratón en el trasero, y hay quien no pisa bien un escalón y termina en el hospital escayolado. Por lo visto ella y Deivid eran de esta última clase de personas.

¿Qué llevamos en los bolsillos?

Un mechero, un caramelo para la tos, un sello de correos, un solitario y algo torcido cigarrillo, un palillo, un pañuelo de tela, un bolígrafo, dos monedas de cinco shekels. Esa es una pequeña parte de las cosas que llevo en los bolsillos. Entonces ¿qué misterio tiene que estén tan abultados? Son muchos los que me lo han dicho.

–Pero ¿qué coño llevas en los bolsillos?

A la mayoría, ni les contesto, sino que me limito a sonreír y, a veces, hasta suelto una forzada risita. Si se empeñaran en saberlo y me volvieran a preguntar, seguro que les enseñaría todo lo que llevo en ellos y puede que hasta les explicara para qué necesito tener siempre conmigo todas esas cosas. Pero no insisten. Qué coño llevas, la risita, el angustioso y breve silencio, y ya hemos pasado a otro asunto.

En realidad, todo lo que llevo en los bolsillos está ahí intencionada y premeditadamente. Todo está ahí para encontrarme en una situación de ventaja cuando llegue el momento de la verdad. Aunque, realmente, eso no es que sea muy exacto. Todo está ahí para no encontrarme en situación de desventaja cuando llegue el momento de la verdad. Porque ¿qué ventaja vas a poder sacar de un palillo o de un sello de correos? Pero, si por ejemplo, una chica guapa –¿sabéis qué?, ni siquiera guapa, simplemente mona, una chica de aspecto corriente pero con una sonrisa cautivadora capaz de cortaros la respiración– os fuera a pedir un sello, o ni siquiera fuera a pedíroslo, sino que la veis allí en la calle, una lluviosa noche, con un sobre sin sello en la mano junto a un buzón rojo y os pregunta si no sabríais por casualidad dónde hay una oficina de correos abierta a esas horas y después tosiera un poco, con una tos producto del frío y de la desesperación, porque ella también sabe, en el fondo, que no hay ninguna oficina de correos abierta por los alrededores, vamos, que seguro que no a esas horas, entonces, en ese momento, el momento de la verdad, no va a decirte qué coño llevas en los bolsillos, sino que te estará inmensamente agradecida por el sello, aunque puede que ni siquiera agradecida, sino que se limitará a brindarte su cautivadora sonrisa, una sonrisa cautivadora a cambio de un sello –yo estaría dispuesto a firmar ahora mismo, aunque el valor de los sellos esté al alza y el de las sonrisas a la baja.

Tras la sonrisa me daría las gracias y volvería a toser, de frío y un poco también de turbación, y entonces yo le ofrecería un caramelo para la tos.

–¿Qué más llevas en los bolsillos? –me preguntaría ella, pero con delicadeza, nada de «qué coño llevas ahí» y sin ningún deje negativo.

Y yo le contestaría sin vacilar:

–Todo lo que puedas llegar a necesitar, cariño, todo lo que pueda llegar a hacerte falta. Pues ya está. Ahora ya lo sabéis. Eso es lo que llevo en los bolsillos. Una pequeña posibilidad de no cagarla. Cierta posibilidad. No demasiado grande, incluso poco probable. Lo sé, que tonto no soy. Una pequeñísima posibilidad de que, digamos, cuando llegue la felicidad pueda decirle «sí» en lugar de «perdona, lo siento, no tengo ningún cigarrillo/palillo/moneda para la máquina de las bebidas». Eso es lo que llevo en los bolsillos, tan abultados y repletos, la remota posibilidad de poder decir sí en lugar de lo siento.

Mal karma

«Quince shekels al mes podrían convertirse para su hija en cien mil en el caso de que usted, Dios no lo quiera, falleciera. ¿Sabe usted lo que significan cien mil shekels para una huérfana? La diferencia entre ocupar un puesto para el que se requiere una preparación académica o ser la recepcionista de un dentista.»

Desde lo del accidente, Oshrí empezó a vender pólizas de seguro como un loco. No estaba claro si por la ligera cojera o por lo del brazo derecho paralizado, pero el caso es que las personas que se sentaban con él se convencían enseguida y contrataban de todo: un seguro de vida, uno de desempleo, seguros médicos complementarios, absolutamente de todo. Y si al principio Oshrí todavía se empeñaba en contar aquellas viejas historias, como la del yemení que el mismo día en el que había suscrito con él una póliza lo atropelló un camión de helados, o la del hombre de Kfar Shmaryahu que se rio cuando Oshrí le propuso un seguro médico y un mes después lo llamó llorando para decirle que le habían diagnosticado un cáncer de páncreas, enseguida se dio cuenta de que su historia personal calaba más hondo que ninguna otra. Y es que él, Oshrí Siván, agente de seguros, se encontraba un buen día sentado en una cafetería de Gan Ha-Ir con un potencial cliente, cuando de repente, a mitad de la cita, un hombre joven que había decidido poner fin a su vida saltó de la planta once del edificio de al lado y ¡bum!, le cayó a Oshrí directamente en la cabeza. El joven murió al instante, pero Oshrí, que justo acababa de terminar de contar la anécdota del yemení con el camión de los helados a otro cliente dubitativo, perdió allí mismo el conocimiento y no se despertó ni cuando le echaron por la cara un vaso de agua ni cuando lo trasladaban al hospital en la ambulancia. Tampoco se despertó en la sala de urgencias y ni tan siquiera en la unidad de cuidados intensivos. Porque había quedado en estado de coma. Los médicos no sabían cómo iba a terminar aquello. Su mujer se pasaba el día sentada junto a la cama de él llorando, y la niña, lo mismo. Así fue como pasaron seis semanas hasta que, de repente, se produjo el gran milagro: Oshrí despertó del coma como si nada. Sencillamente abrió los ojos y se levantó. Pero a este milagro se suma una amarga verdad, y es que nuestro Oshrí, que tan bien predicaba a los demás lo que debían hacer, había sido tan tonto como para no atender él mismo sus propias prédicas. Y como no había contratado para sí ningún seguro, se vio forzado a vender su piso para marcharse a uno de alquiler, porque no podía seguir afrontando las letras de la hipoteca.

—Míreme —decía Oshrí poniendo fin a su triste historia al tiempo que intentaba, infructuosamente, mover el brazo derecho—, mire cómo me veo aquí sentado con usted en este café y echando el bofe por intentar venderle una póliza. Solamente con que se me hubiera ocurrido apartar treinta shekels al mes, todo habría cambiado. Porque ¿qué son treinta shekels? Una entrada de cine, y sin palomitas. Treinta shekels al mes y ahora podría estar en la cama como un rey y con doscientos mil shekels en la cuenta. Yo ya la fastidié, ¿pero usted? Aprenda la lección de mí, Motti. Firme aquí y ya está. ¡Quién sabe lo que le tiene deparado el cielo para dentro de cinco minutos!

Y el tal Motti, o Yigal, o Miki o Zadok, que lo habían estado escuchando allí sentados frente a él, le clavaban la mirada un instante y a continuación se hacían con el bolígrafo que les tendía con la mano buena. Todos, sin excepción. Luego Oshrí se despedía de ellos guiñándoles el ojo, porque cuando tienes paralizado el brazo derecho no puedes estrechar la mano, y todavía les recordaba, mientras los miraba salir, que habían hecho lo correcto. Y así fue como, sin demasiado esfuerzo, la damnificada cuenta bancaria de

Oshrí empezó a sanar muy deprisa, de manera que a los tres meses su mujer y él ya se habían comprado un piso nuevo con una hipoteca muchísimo más pequeña que la que tenían antes del accidente. Y con tanta fisioterapia como le hicieron en el ambulatorio, hasta el brazo empezó a mejorarle. A pesar de que en las citas de trabajo, cuando los clientes le querían dar la mano, él seguía aparentando que no la podía mover.

«Hay algo azul, amarillo y blanco con un delicado sabor dulce en la boca. Hay algo ahí arriba por encima de mí. Algo bueno hacia lo que me dirijo. Hacia ello me estoy dirigiendo.»

Por las noches seguía soñando con ello. No con el accidente, sino con el coma. Era muy extraño, porque a pesar de que desde entonces había pasado ya muchísimo tiempo, todavía recordaba con todo lujo de detalles lo que había sentido durante aquellas seis semanas. Recordaba colores, un sabor especial y un aire frío que le refrescaba la cara. Recordaba la falta de memoria, esa sensación de existir sin nombre y sin historia, de estar viviendo exclusivamente el momento. Seis semanas enteras de presente, porque la única cosa que sentía fuera del presente era como un diminuto brote de futuro, una especie de injustificado optimismo que se cernía sobre aquella nueva a la vez que extraña sensación de existencia. Durante esas seis semanas no había sabido cómo se llamaba, ni que estaba casado y tenía una hija. No sabía que había tenido un accidente ni que se debatía entre la vida y la muerte en un hospital. No sabía absolutamente nada más allá de que estaba vivo. Y ese solo hecho lo colmaba de una inconmensurable alegría, porque la experiencia de poder pensar y sentir dentro de esa nada tenía mucha más fuerza que cualquier otra cosa que le hubiera sucedido nunca. Era como si todo el ruido de fondo hubiera desaparecido y el único sonido que quedara fuera tan verdadero, límpido y hermoso que a uno se le saltaban las lágrimas. No se lo comentó ni a su mujer ni a ninguna otra persona. Se supone que no debes disfrutar tanto de la proximidad de la muerte. Que no debes deleitarte con el estado de coma mientras tu mujer y tu hija sollozan junto a tu cama. De modo que cuando lo interrogaron acerca de si recordaba algo de todo aquello, dijo que no, que no se acordaba de nada. Y al preguntarle su mujer si desde el coma había podido oír las a ella y a Meital cuando le hablaban, le dijo que aunque no se acordara de haberlas oído estaba convencido de que se había sentido reconfortado y que a su subconsciente le habían dado fuerzas y ganas de vivir. Eso fue lo que le dijo, aunque no era verdad, porque estando con el coma sí había oído algunas voces que le llegaban de fuera. Unas voces muy extrañas, entre agudas y poco claras a la vez, como los ruidos que oyes cuando estás debajo del agua. Y la verdad era que en aquel momento no le habían gustado nada. Esas voces le habían sonado amenazantes porque testimoniaban que había algo más allá del presente tan agradable y multicolor en el que existía. Fue solo al despertarse cuando se dio cuenta de que aquellas voces eran las de ellas.

«Librenos Dios del dolor y la desgracia.»

Oshrí no pudo asistir a la ceremonia de los siete días de duelo del chico que había saltado del edificio cayéndole en la cabeza, ni tampoco a la ceremonia de los treinta días. Para entonces, todavía seguía en coma. Pero al aniversario del año, sí acudió. Con flores y todo. En el cementerio se encontraban solo sus padres, la hermana y un tipo gordo, un amigo del instituto. Como no sabían quién era Oshrí, la madre del que había saltado creyó que era el jefe de su hijo, que también se llamaba Oshrí. La hermana y el gordo, por su parte, creyeron que era un conocido de los padres. Pero después de que todos hubieron puesto unas cuantas piedrecitas en la tumba y la madre empezara a preguntarle cosas, Oshrí le explicó que él era la persona sobre la que Nati –que ese era el nombre de aquel chico– había caído al saltar por la ventana. En cuanto la madre se enteró, empezó a disculparse, a pedirle perdón y a llorar sin

parar. El padre intentaba tranquilizarla, al tiempo que miraba a Oshrí con verdadero recelo. Después de cinco minutos de llanto histérico de la madre, el padre le dijo a Oshrí, con suma corrección, que lamentaba mucho todo lo que le había pasado y que seguro que también Nati, si siguiera con vida, lo habría lamentado, pero que ahora lo mejor para todos sería que Oshrí se marchara. Oshrí estuvo de acuerdo y enseguida añadió que ahora se encontraba ya casi completamente recuperado y que al fin y al cabo no era algo tan terrible y desde luego que nada, comparado con lo que debían de estar sufriendo los padres. El padre lo cortó a media frase y dijo:

–¿Quieres llevarnos a juicio? Porque si se trata de eso, que sepas que estás perdiendo el tiempo. Ni Ziva ni yo tenemos un puto céntimo, ¿me oyes? Ni medio puto shekel.

Aquella frase no hizo más que acrecentar el llanto de la madre, por lo que Oshrí se limitó a murmurar algo acerca de que no pensaba pedir responsabilidades a nadie y se largó de allí de inmediato. A la puerta del cementerio, cuando devolvía la kipá de cartón al cajón de madera, lo alcanzó la hermana de Nati y se disculpó en nombre de su padre. En realidad no fue exactamente una disculpa, sino que dijo que su padre era un tonto y que Nati siempre lo había odiado. Aquel padre, por lo visto, estaba convencido de que todo el mundo siempre quería joderlo, porque al final eso era lo que pasaba, como por ejemplo con su socio, que se había fugado con todo el dinero hacía unos meses.

–Si Nati lo hubiera visto, se habría partido de risa –dijo la hermana, y se presentó.

Se llamaba Maayán, y Oshrí, por la fuerza de la costumbre, no le dio la mano. Eran ya tantas las veces que había aparentado que tenía el brazo derecho completamente paralizado que a veces, estando solo en casa, se olvidaba de usarlo. Pero Maayán, con la mayor naturalidad, sustituyó el apretón de manos por un ligero roce de su mano sobre el hombro de él, roce que, dicho sea de paso, los ruborizó ligeramente a los dos.

–La verdad es que resulta un poco extraño que hayas venido –dijo ella tras un breve silencio–. Pero si a Nati ni lo conocías.

–Lástima –dijo un confuso Oshrí.

Habría querido decirle que no era nada raro que estuviera allí porque entre su hermano y él había algo que no había quedado resuelto. En aquella cafetería había muchísima gente aquel día y de todos ellos Nati había tenido que ir a caer precisamente encima de él. Era por eso por lo que hoy había ido allí, para intentar entender el porqué. Pero antes de que le diera tiempo a decirlo se dio cuenta de que sonaría muy estúpido, así que en vez de eso preguntó por qué se había suicidado Nati, un chico tan joven y todo lo demás. Maayán se encogió de hombros. Se diría que Oshrí no era la primera persona que le preguntaba lo mismo. Antes de despedirse, Oshrí le dio su tarjeta de visita y le dijo que si llegaba a necesitar algo, lo que fuera, que lo llamara, y ella le sonrió y le dijo que gracias, pero que era del tipo de persona que se las sabe arreglar muy bien sola. Y después de mirar la tarjeta un segundo, añadió:

–¿Eres agente de seguros? Qué raro. Nati siempre había odiado los seguros porque decía que eran un mal karma. Que hacerse un seguro es exactamente lo contrario a creer que todo va a ir bien.

Oshrí intentó defenderse diciendo que muchos jóvenes piensan así, pero que cuando se tienen hijos, la cosa cambia, que aunque uno quiera pensar que todo va a ir bien, nunca se es lo suficientemente precavido.

–Si de todos modos llegas a necesitar algo –le dijo, antes de que se fuera–, llámame. Prometo no intentar venderte un seguro.

Ella asintió y le sonrió. Los dos sabían que nunca lo llamaría.

En el camino de vuelta del cementerio resultó que su mujer lo buscaba. Quería que fuera a recoger a la niña a la extraescolar en su lugar, y Oshrí accedió de inmediato. Cuando ella le preguntó que dónde estaba, él le mintió y le dijo que estaba en Ramat Ha-Sharon con un cliente. Ni él supo explicarse a sí mismo por qué le había mentado.

No era por lo del roce, que todavía notaba en el hombro, ni tampoco por haber ido innecesariamente al cementerio a lo del aniversario. Puede que fuera porque temía que ella se diera cuenta de lo agradecido que le estaba a ese chico, a Nati, que por lo visto había sido un muchacho tan inteligente, exitoso y amado como Oshrí, y que sin embargo había decidido decir «hasta aquí hemos llegado» y saltar por la ventana. Cuando recogió a Meital de la extraescolar, ella le enseñó la maqueta coloreada de un avión que había estado construyendo, y él le mostró gran asombro y le preguntó que cuándo pensaba hacerlo volar por el cielo.

–Nunca –le dijo Meital con una mirada de desprecio–, solo es una maqueta.

Oshrí sonrió confuso y le dijo que era una niña muy lista.

«*Dulces sueños.*»

Desde lo del accidente su mujer y él se acostaban mucho menos. Nunca hablaban de eso, pero él notaba que a ella también le parecía bien así. Como si tras el accidente y todo lo demás estuviera tan contenta de que hubiera vuelto que no quería buscarle los tres pies al gato a su relación de pareja. Cuando finalmente llegaban a acostarse, resultaba agradable. No menos agradable de lo que les había resultado antes, solo que ahora la vida de él había adquirido una perspectiva diferente. La que tenía que ver con ese mundo al que para llegar a él es necesario que te caiga algo encima desde muy alto, una perspectiva que por algún motivo empequeñecía todo lo demás. No solo el sexo, sino también el amor que sentía por su mujer y el que sentía por su hija, todo.

Cuando estaba despierto no se acordaba muy bien de cómo se sentía en aquel mundo del coma, y si hubiera intentado explicárselo a alguien, no lo habría conseguido. Lo intentó solo una vez, con una ciega a la que le estaba proponiendo un seguro de vida. No tenía muy claro por qué creyó que precisamente ella iba a entenderlo, pero el caso es que a la tercera frase comprendió que lo único que estaba consiguiendo era asustarla, así que lo dejó. Pero en los sueños sí podía volver allí, y perfectamente. Y esos sueños sobre el coma cada vez se hicieron más frecuentes. Notaba que se estaba haciendo adicto a ellos. Por la noche, mucho antes de meterse en la cama, empezaba ya a temblar ante la expectativa, lo mismo que un refugiado que tras años de exilio sube al avión que lo va a llevar a casa. Sonará cómico, pero a veces, de tan nervioso como se ponía, no conseguía conciliar el sueño, y entonces se encontraba allí echado, como petrificado en la cama junto a su dormida mujer y procurando calmarse con todo tipo de técnicas de relajación. Y una de ellas consistía en masturbarse. Desde el encuentro con Maayán en el cementerio, siempre que se masturbaba pensaba en ella y en aquel roce de la mano en su hombro. Y no porque fuera guapa, aunque tampoco era fea. Tenía una belleza de esas frágiles, una belleza que se debía a su juventud, aunque con una próxima fecha de caducidad, pero que muy próxima. Su mujer también había tenido una belleza de ese tipo, aunque de eso hacía ya mucho, cuando se conocieron. Pero no era por eso por lo que pensaba en Maayán, sino porque estaba ligada al hombre que lo había ayudado a llegar a ese mundo de colores tan placentero, y al masturbarse pensando en ella era como si se masturbara pensando en ese mundo que, de pronto, gracias a ella, adquiriría forma de mujer.

Todo ese tiempo las pólizas siguieron vendiéndose a un ritmo de vértigo, porque él era cada vez mejor en su trabajo. Ahora, cuando quería colocarle a alguien una póliza de seguro se encontraba, de repente, llorando. Se trataba de un llanto que no sabía de dónde le venía, pero que acertaba muchísimo la cita con el cliente. Oshrí lloraba, se disculpaba, y a continuación los clientes le decían enseguida que de acuerdo, y estampaban su firma. Eso del llanto lo hacía sentirse un poco como un estafador, a pesar de que se trataba del llanto más sincero del mundo.

«*Tráfico denso en la autopista de la costa.*»

Un fin de semana, volviendo del kibutz con la niña de visitar a los padres de su mujer, pasaron junto a dos coches completamente destrozados. Los coches que los precedían

habían aminorado la marcha al acercarse al lugar del accidente para poderlo ver mejor, y entonces su mujer dijo que aquello era asqueroso, que solamente en Israel la gente se comporta así. La niña, que dormía detrás, se despertó por las sirenas de las ambulancias, pegó la carita al cristal de la ventanilla y vio a un hombre todo cubierto de sangre que era evacuado inconsciente en una camilla. Preguntó adónde llevaban a aquel hombre y Oshrí le dijo que se lo llevaban a un lugar muy bueno. A un lugar con colores, sabores y olores imposibles de imaginar. Le habló de ese lugar, de cómo allí tu cuerpo parece no pesar y de que de tanto no querer nada, todo se cumple. Allí no hay miedos, y hasta el dolor, cuando se presenta, se convierte en algo que en lugar de torturar, es sencillamente una sensación más de lo agradecido que estás de poderlo sentir. Oshrí siguió hablando más y más, hasta que se dio cuenta de la mirada furiosa de su mujer. Por la radio informaban de tráfico denso en la autopista de la costa, y al mirar de nuevo hacia atrás vio a Meital sonriendo y diciéndole adiós con la mano al hombre de la camilla.

Ilan

Mi novia, cuando se corre, grita «Ilan» y no una vez, sino un montón, «¡Ilan, Ilan, Ilan, Ilan!», y no pasa nada, porque yo me llamo Ilan. Pero a veces me gustaría que dijera otra cosa. No importa qué. «Amor mío», «Reviéntame», «Basta, no puedo más». Hasta un manido «Sigue, sigue» me bastaría. Algo distinto, más adecuado a la ocasión, más específicamente relacionado.

Mi novia estudia Derecho en una escuela universitaria. Quería ir a la universidad, pero no la aceptaron. Quiere especializarse en Derecho Contractual. Es que existe algo así: un tipo de abogado que se dedica solamente a contratos. No se relaciona con las personas ni va a los juzgados, sino que se pasa todo el día mirando las líneas escritas en un papel, como si en eso consistiera el mundo. Cuando alquilé el piso me acompañó, y al momento se dio cuenta de que el dueño quería colárnosla en una de las cláusulas. Yo en la vida me habría dado cuenta, pero ella lo detectó al instante. Y es que mi novia tiene una inteligencia más afilada que un cúter. Y lo bien que se corre. En mi vida he visto una cosa igual. Vuela en todas direcciones retorciéndose como una loca. Como cuando alguien se electrocuta. Y deforma la cara inconscientemente, mientras retuerce el cuello y los pies. Es como si todo el cuerpo quisiera decir gracias y no supiera cómo.

Una vez le pregunté qué es lo que decía cuando se corría con otros hombres, antes que yo, y ella me miró muy sorprendida y me respondió que con todos, cuando se corría, decía «Ilan». Solamente «Ilan». Pero yo insistí y le pregunté qué era lo que decía cuando se corría con los que no se llamaban Ilan, y entonces ella se quedó pensando un momento y me dijo que nunca había follado con nadie que no se llamara Ilan. Había estado ya con veintiocho hombres, incluyéndome a mí, y todos, ahora que se paraba a pensarlo, se llamaban Ilan. Después de decir eso, se calló.

–Pues menuda casualidad –le solté yo–, ¿no será que nos escoges por el nombre y solo buscas Ilanes?

–Puede –dijo pensativa–, puede que sí.

Desde aquel día empecé a ser más consciente de los Ilanes que me rodeaban: el del banco, el contable, ese otro que está todos los días en la cafetería a la que vamos nosotros y que me pide que le guarde el suplemento deportivo de mi periódico. No hice nada con toda esa información sino que me limité a anotar mentalmente Ilan + Ilan + Ilan. Porque en el fondo sabía que cuando las cosas nos fueran mal, si es que nos llegaban a ir mal, el causante sería uno de ellos. Es extraño que con todo lo que ya os he contado de mi novia no os haya dicho cómo se llama. Como si su nombre no tuviera importancia. Y la verdad es que no lo tiene. Si me despertarais a media noche, lo primero de ella que empezaría a flotarme en la cabeza seguro que sería esa mirada como de pasmada que pone justo antes de echarse a llorar; su culo; la maravillosa manera que siempre tiene de decirme, igual que una niña, «tengo que contarte algo» antes de ponerse a hablar de cualquier cosa que realmente la emocione. Es fantástica, mi novia, pero que fantástica. Aunque a veces no estoy tan seguro de que toda esta historia vaya a acabar bien.

El dueño del piso, ese que pretendía empapelarnos con lo del contrato, también se llama Ilan. Un cincuentón asqueroso que heredó de su abuela muerta un edificio entero de apartamentos en la calle Vormaiza y que, aparte de pedirles los cheques a los inquilinos, no ha trabajado en nada en toda su vida. Tiene unos ojos azules de esos de piloto de combate y un pelo canoso y muy brillante, como el de Aviha Ben-Nun. Pero no

es piloto. Cuando firmamos me contó que todo su servicio militar lo había hecho en Tzriffin, en una base dedicada al transporte. Hacía solo tres años que se habían molestado en llamarlo como reservista. Ha sido por pura casualidad como me he enterado de que se la folla. Si ella no me hubiera revelado todo eso de los llanes, ni siquiera habría sospechado. Cuando los pesqué a los dos en casa, él estaba en el salón, vestido, y me dijo que había ido para comprobar que no le estuviéramos estropeando su propiedad. Pero cuando se fue, la presioné y lo reconocí. Aunque sin ningún sentimiento de culpa. Con un tono como de constatación, muy seca. Como alguien que te está diciendo que el autobús número cinco no va a la estación del norte. Y al momento de haberlo confesado me dijo que quería pedirme una cosa. Que quiere que lo hagamos con ella los dos a la vez. Los tres juntos. Incluso está dispuesta a hacer un trato conmigo, y es que después de darle el gusto de que lo hagamos los tres juntos una sola y única vez, con él ya no se volverá a ver nunca más. Lo que quiere es sentir por una vez a sus dos llanes dentro de ella.

–Él claro que accederá, vago y calenturiento como es –asegura ella.

Después añade que, al final, también yo estaré de acuerdo, porque la quiero de verdad. Y así es como me encuentro en la cama con mi casero. Un momento antes de desnudarse todavía me llama la atención porque la persiana de la cocina no cierra bien y me exige que a ver si le engraso las guías. El cuerpo de ella empieza a estremecerse encima de mí y noto que pronto se va a correr. Pero cuando grite, todo va a ir bien, porque los dos nos llamamos llan. Aunque nunca llegaremos a saber de verdad si grita por mí o por él.

La perra

«Viudo». Le gustaba tantísimo cómo sonaba esa palabra. Amaba su tintineo, aunque le daba vergüenza que así fuera. Pero ¿qué podía hacer él, si el amor es un sentimiento que no se puede dominar? «Soltero» siempre le había sonado a egoísta, casi a libertino, y «divorciado» le sonaba a vencido, o a algo todavía peor que vencido, a derrotado. Mientras que «viudo» sonaba a alguien que había asumido una responsabilidad en la vida, un compromiso, y del hecho de que no hubiera seguido cumpliéndolo solo se podía culpar a Dios o a la naturaleza, dependiendo de las creencias que tenga cada uno. «Viudo» sonaba casi a estar condecorado con una medalla al valor, aunque fuera modesta. Algo parecido a que fueran las siglas de Valeroso Intendente Ultra DOMéstico. Sacó un cigarrillo y ya estaba a punto de encenderlo cuando la joven anoréxica que se encontraba sentada frente a él en el vagón se puso a dar alaridos en francés señalando el aviso de «*Non fumer*». Lo último que se esperaba era que en aquel vagón del tren que hacía el recorrido de Marsella a París no fueran a dejarle encender un cigarrillo Gauloises. Ahora resultaba que, a pesar de la buena impresión que se había llevado de su presidente cuando lo veía por la tele insultando y dándoles en la cabeza a los americanos, estos hacía ya tiempo que habían derrotado a los franceses. Y sin tener que echar mano del ejército, tan solo con el virus de la neurosis esa que tienen y que ha contagiado a los franceses a través del McDonald's y de la CNN. Antes de enviudar era Halina la que estallaba furibunda cada vez que iba a encender un cigarrillo, pronunciando un monólogo que siempre empezaba por la salud de él y terminaba con las migrañas de ella, y ahora, al llamarle la atención a gritos aquella francesa flacucha, la verdad es que sintió una punzada de nostalgia.

–*My wife* –le dijo a la chica francesa, mostrándole cómo devolvía el cigarrillo a la cajetilla– *also don't like me to smoke.*

–*No English* –dijo la francesa.

–*You* –insistió él– *same age as my daughter. You should eat more. It's not healthy.*

–*No English* –repitió la joven, aunque la forma en cómo se acurrucó delató que había entendido todas y cada una de esas palabras.

–*My daughter lives in Marseille* –siguió él–. *She is married to a doctor, an eye doctor, you know.* –Y apuntó hacia uno de los ojos verdes que tenía enfrente y que pestañeaban muy asustados.

Hasta el café del tren de ellos era muchísimo mejor que el que pudieras encontrar en todo Givatayim. «Es innegable», pensó, «que tratándose de cuestiones de paladar, estos franceses, malditos sean, se meten a todo el mundo en el bolsillo». Tras una semana en Marsella, los pantalones ya no le abrochaban. Zehava le había pedido que se quedara más tiempo.

–¿Adónde tienes que ir con tanta urgencia? –le había preguntado ella–. Porque ahora que mamá ha muerto y estando tú jubilado, estás allí completamente solo.

«Jubilado», «solo». Había algo tan abierto en esas dos palabras que cuando ella las pronunció pudo sentir el viento que producían acariciándole el rostro.

El trabajo en la tienda nunca le había terminado de gustar, y en cuanto a Halina, digamos que tenía reservado para ella cierto cálido rincón en el corazón, pero al igual que el armario de madera en su pequeñísimo dormitorio de matrimonio, ella ocupaba tanto espacio que no había dejado sitio para los demás. Lo primero que hizo tras morir Halina fue llamar al trapero para deshacerse del armario. A los vecinos que

seguían con interés el descenso del gigantesco armario sujeto con unas correas desde el tercer piso, les explicó que le recordaba demasiado la tragedia. Sin él en la habitación esta se hizo de repente amplísima, y también más luminosa. El armario llevaba tantísimos años allí que se había olvidado por completo de que detrás de él se ocultaba una ventana.

En el vagón restaurante tenía sentada enfrente a una señora de unos setenta años. De joven debía de haber sido muy guapa y ahora hacía todo lo posible para recordárselo a los que la rodeaban, pero con delicadeza, insinuándolo con un suave trazo de *eyeliner* en los párpados y un toque de pintalabios: «Ah, si me hubierais conocido hace cuarenta años». A su lado, en el estante destinado a las bandejas de la comida, se encontraba sentado un pequeño caniche exquisitamente vestido también, con un jerseyito de punto celeste. El caniche, en cuanto lo vio, le clavó unos gigantescos ojos que le resultaban conocidos. «¿Halina?», pensó para sus adentros, con cierto pánico. El caniche soltó un breve ladrido afirmativo. La señora mayor le brindó una agradable sonrisa como si quisiera decirle que no tenía nada que temer. Los ojos del caniche, entre tanto, no se apartaban de los de él. «Sé muy bien que el armario no se me cayó encima porque sí», decían esos ojos, «sé perfectamente que tú me lo echaste encima». Ahora él le dio una calada corta al cigarrillo mientras le devolvía a la señora mayor una sonrisa nerviosa. «También sé que no querías matarme, que solo fue un acto reflejo. No tenía que haberte pedido que volvieras a bajar la ropa de invierno.» La cabeza de él asintió como si se moviera por su cuenta. Otro acto reflejo, por lo visto. De haber sido distinto, alguien de carácter menos duro, ya se le habrían saltado las lágrimas. «¿Estás bien, ahora?», preguntaron los ojos del caniche. «Regular», respondió él con la mirada, «no es fácil estar solo. ¿Y tú?». «No me quejo», vino a decir el caniche abriendo la boca hasta casi sonreír, «mi dueña me cuida muy bien, es una buena mujer. ¿Cómo está la niña?». «Vengo de visitarla. Se la ve pletórica. Es que por fin Gilbert está de acuerdo en que tengan un niño.» «Cuánto me alegro», movió muy deprisa el caniche el muñón de su rabo, «pero tú te tienes que cuidar más. Has engordado y fumas demasiado».

«¿Puedo?», le preguntó a la señora mayor, sin palabras, solo con un gesto de la mano acariciando el aire. La señora asintió con una sonrisa. Él, entonces, acarició a Halina por todo el cuerpo y después se agachó y la besó.

–Lo siento, le pido disculpas –le dijo a la señora al borde de las lágrimas.

–Usted le gusta –dijo la señora mayor en un inglés macarrónico–, mire, mire cómo le está lamiendo la cara. Nunca la había visto comportarse así con un desconocido.

Cuento vencedor

Este cuento es el mejor del libro. Más que eso, todavía. Es el mejor cuento del mundo. Y no es que lo hayamos decidido nosotros. Lo han decidido por unanimidad centenares de especialistas independientes que lo han comparado en sus laboratorios con una muestra representativa de la literatura universal. Este cuento es una innovación exclusivamente israelí. Seguro que os estaréis preguntando cómo es posible que hayamos sido nosotros los que lo hemos escrito y no los americanos. Pues que sepáis que los propios americanos se preguntan lo mismo. Y no son pocas las vacas sagradas del mundo editorial estadounidense que van a perder su puesto de trabajo por no haber tenido preparada a tiempo la respuesta.

De la misma manera que nuestro ejército es el mejor del mundo, este cuento también lo es. Se trata de una innovación pionera protegida por una marca registrada. ¿Y dónde se encuentra registrada esta patente? Pues esa es la cuestión, que ha sido registrada en el cuento mismo. En este cuento no valen trucos, no hay cabos sueltos. Está hecho de una sola pieza en una aleación de profundas introspecciones y aluminio. No se oxida, no fastidia, pero no se está quieto. Es muy vanguardista a la vez que atemporal. La Historia lo juzgará. Aunque en opinión de un nutrido grupo de entendidos, ya lo ha juzgado, y ha sacado un diez.

–¿Qué es lo que tiene de especial ese cuento? –pregunta la gente, unos inocentemente y otros haciéndose los inocentes (depende de quién pregunte)–. ¿Qué tiene que no tenga Chéjov, o Kafka o yo qué sé quién?

La respuesta a esa pregunta es larga y compleja. En realidad, más larga que el cuento en sí, pero menos compleja. Porque no hay nada más complejo que este cuento. Aunque de todos modos vamos a intentar contestar con un ejemplo. Al final de este cuento, por ejemplo, al contrario que en los cuentos de Chéjov o de Kafka, se sorteará entre los lectores que lo hayan leído cabalmente un coche Mazda Lantis de color gris metalizado. Y entre los lectores que no lo hayan leído cabalmente, se sorteará otro coche, más barato, pero no menos gris metalizado, para que no se sientan mal. Porque este cuento no está aquí para humillaros. Está aquí para que os sintáis bien. ¿Qué pone en las servilletas del asador que tenéis cerca de casa? «Si te ha gustado, ¡cuéntaselo a tus amigos! Si no te ha gustado, ¡cuéntanoslo a nosotros!» O en este caso, al cuento. Porque este cuento no solo narra, sino que también escucha. Y como suele decirse, es todo oídos ante los deseos del público lector. Así que cuando el público lector se haya cansado de él y quiera ponerle fin, él no piensa arrastrarse de rodillas pidiendo clemencia hasta aferrarse a los cuernos del altar, sino que simplemente se acabará.

Cuento vencedorII

Pero si un buen día, así, por pura nostalgia, quieres tenerlo de nuevo, siempre se alegrará de volver.

Una buena

Tan real.

La noche antes del vuelo a Nueva York, la mujer de Gershon tuvo un sueño.

–Ha sido tan real –le contaba mientras él se hacía la maleta–. Los bordillos de las aceras, en el sueño, estaban pintados de rojo y blanco, y en los postes de la luz había pegados anuncios de ventas de pisos, ya sabes, con los trocitos esos a medio cortar en los que se escribe el teléfono y que se pueden arrancar, igualito que en la vida real. Hasta apareció un hombre que recogió la caca de su perro de la acera con una hoja de periódico y la tiró a la papelera. Todo era tan normal, tan corriente.

Gershon intentó embutir más ropa y más folletos en la pequeña maleta. Por lo general su mujer le ayudaba a hacerla, pero esa mañana estaba tan obsesionada con ese sueño tan real y detallado que había tenido, que ni siquiera se le había ocurrido ofrecerle su ayuda. En el mundo real, según parecía, el sueño mismo no había durado más de diez segundos, pero ella conseguía ahora contarlos con tantísimo detenimiento que Gershon estaba a punto de perder la paciencia. Dentro de tres horas tenía que tomar el vuelo a Nueva York para entrevistarse con el mayor fabricante de juguetes del mundo, y cuando decimos «el mayor del mundo» no lo decimos como frase hecha sino como reflejo de una realidad económica respaldada por balances y datos de ventas, y ese fabricante, si Gershon llegaba a jugar la carta correcta, iba a comprarle el «Alto, policía», un juego de mesa que Gershon había ideado y que podía llegar a convertirse en el Monopoly del siglo XXI, ni más ni menos, y aunque la verdad es que eso no era nada comparado con el bordillo de una acera pintado de rojo y blanco o la caca de un perro que se recoge con la arrugada hoja de periódico de la sección de economía, aun y con todo, las perspectivas de éxito con las que contaba ante ese viaje eran lo suficientemente altas como para convertirlas en ese tipo de cosas ante las que te resultaría agradable ver a tu mujer reaccionar con un poco más de entusiasmo.

–Y entonces, de repente, va y se aparece mi padre con un cochecito de bebé y me dice: «Vigílalala». Así, sin más. Deja el cochecito a mi lado y se marcha, como si fuera la cosa más natural del mundo –proseguía su mujer hablando mientras Gershon intentaba, sin éxito, cerrar la cremallera de la maleta–, y la niña del cochecito parecía tan triste y desamparada con su carita como de vieja que lo único que me apetecía era sacarla del cochecito y abrazarla. Ha sido todo tan real que cuando me he despertado he tardado un momento en entender cómo había podido trasladarme desde la acera hasta nuestro dormitorio. ¿Has tenido alguna vez esa extraña sensación?

FALTA DE SOSIEGO

El albino del asiento de al lado intentaba entablar conversación. Gershon le contestaba muy educadamente, pero no picaba. Había volado ya demasiadas veces como para entender la dinámica. Hay personas que simplemente son abiertas y agradables, mientras que otras se empeñan en intimar un poco con uno solamente para que cuando después del despegue se apoderen del reposabrazos que comparten ambos asientos, el otro se sienta lo suficientemente turbado como para renunciar a él.

–Es la primera vez que voy a América –dijo el albino–. He oído decir que allí los policías están completamente locos, que basta con que como peatón cruces la calle con el semáforo en rojo para que te metan en chirona.

–No haga caso –le respondió Gershon lacónicamente, y cerró los ojos.

Se imaginó a sí mismo entrando en el despacho del director general de Global Toys y, estrechando la mano con decisión y calidez a un hombre de pelo plateado, decirle:

«¿Tiene usted nietos, Mr. Lipskar? Porque si los tiene, deje que le diga a qué van a jugar este verano». El pie izquierdo golpeaba una y otra vez la pared del avión. Tenía que acordarse de no mover los pies durante la entrevista, se dijo, porque es señal de falta de sosiego.

No tocó la comida que sirvieron en el avión. El albino devoró el pollo y la ensalada como si se tratara de un guiso para *gourmets*. Gershon volvió a mirar su bandeja. No había nada que le pareciera realmente apetecible. El pastelito de chocolate envuelto en papel transparente le recordó a la caca del perro del sueño de su mujer. La manzana era lo único que tenía un aspecto pasable. La envolvió en una servilleta y la metió en la cartera de ejecutivo, que estaba completamente vacía. «Tenía que haber metido aquí unos cuantos folletos», pensó, «porque ¿y si me pierden la maleta?».

TODOS SOMOS HUMANOS

Y le perdieron la maleta. Los pasajeros del vuelo se habían marchado ya, incluido el albino. La cinta transportadora siguió girando vacía durante unos minutos más hasta que de pronto, como si se hubiera cansado, se detuvo. La azafata de tierra de la compañía Continental dijo que lo lamentaba y tomó nota de los datos del hotel de Gershon.

–Es muy poco frecuente –dijo–, pero a veces hay errores. Todos somos humanos.

Es posible. Aunque había momentos en los que Gershon sentía que él no. Como por ejemplo cuando Eran había muerto en sus brazos en el hospital Laniado. Si Gershon hubiera sido un ser humano, habría roto a llorar o se habría derrumbado. Las personas cercanas a él le habían explicado que lo que le pasaba es que todavía no lo había digerido, porque eso llevaba un tiempo, que cuando realmente lo asimilara, con el corazón, no con el cerebro, el mundo se le vendría abajo. Pero de eso hacía ya diez años y nada se le había venido abajo. Nada. En el ejército, cuando no le habían permitido ir a entrenar con los oficiales, se había echado a llorar como una nenaza. El sargento mayor de su destacamento se había quedado atónito mirándolo sin saber qué hacer, mientras que después, cuando su mejor amigo murió, nada de nada.

–Por supuesto que lo indemnizaremos con ciento veinte dólares cuando nos presente los tickets para ropa y objetos personales –le dijo la azafata de tierra.

–Objetos personales –repitió Gershon.

Ella interpretó esa repetición como una pregunta.

–Ya sabe, un cepillo de dientes, espuma de afeitar. Está todo perfectamente detallado en el impreso –dijo la azafata señalando con el dedo el lugar exacto, para después añadir–: De veras que lo siento, pero que muchísimo.

UNA BUENA

En la recepción de la compañía juguetera Global Toys lo esperaba un joven enfundado en un traje barato. Sobre su boca entreabierta reposaba de una manera poco natural un fino bigotito, como si el labio superior sintiera vergüenza de algo y hubiera decidido ponerse peluquín. Gershon le quiso preguntar por el ascensor, pero al instante lo vio por sí mismo. Era consciente de que el hecho de acudir a la cita sin los folletos iba a ser interpretado por el Sr. Lipskar como signo de falta de profesionalidad. Tendría que haberlo pensado antes y haber metido en la cartera por lo menos un lápiz electrónico con la presentación de su proyecto en PowerPoint. Seguro que lo habría hecho si no fuera por aquel pesadísimo sueño de su mujer que no había dejado de resonarle en la cabeza mientras hacía la maleta.

–Documento de identidad –le dijo el del bigotito.

–¿Perdón? –le respondió un sorprendido Gershon.

–Documento de identidad –repitió el del bigote para al instante lanzarle al negro que tenía al lado vestido con una chaqueta gris–, ¿has visto los tipos que nos vienen?

Gershon rebuscó en los bolsillos con toda parsimonia. En Israel estaba acostumbrado a tener que estar enseñando la documentación constantemente, pero en el extranjero era

la primera vez que alguien le pedía algo así y por el duro acento neoyorquino que había usado el del bigote se diría que en cualquier momento lo iba a esposar y a leerle sus derechos.

–Se toma su tiempo, ¿eh? –le dijo el del bigote al negro de la chaqueta.

–¿Y por qué no se lo va a tomar, si de todos modos nosotros vamos a seguir aquí?

–comentó el negro de la chaqueta con una amarillenta sonrisa.

–Pues solo se me ocurre decirte, Patrick –le dijo el del bigote mientras le echaba un vistazo al pasaporte que le tendía Gershon–, que tu madre no te puso nombre de santo por ponértelo, porque la verdad es que eres un santo.

Después le devolvió el pasaporte a Gershon y masculló algo. Gershon asintió con la cabeza y se dirigió hacia el ascensor.

–Un momento –le espetó el del bigote–, ¿adónde va? Venga aquí, imbécil, ¿o es que no entiende el inglés?

–Pues el inglés, precisamente, sí lo entiendo –le contestó Gershon con impaciencia–, pero si no le importa llevo tarde a una cita.

–Le he pedido que abra la cartera, señor pues-el-inglés-precisamente-sí-lo-entiendo –le soltó el del bigote imitando el acento israelí de Gershon– ¿lo hará por mí? –Y al de la chaqueta, que parecía estar allí muy divertido aunque se esforzaba por no sonreír, le dijo entre dientes–: Te lo digo, esto es un zoológico.

Gershon pensó en la manzana medio mordisqueada que llevaba en la cartera. Se imaginó la reacción resabiada del tipo del bigotito cuando viera la manzana y al negro de la chaqueta allí a su lado intentando dominarse pero estallando finalmente en una sonora risotada.

–Venga, ábrala ya de una vez –dijo el del bigote–, ¿entiende lo que quiere decir «abrir», señor? –Y a continuación le deletreó la palabra.

–Sé perfectamente lo que es «abrir» –contestó Gershon abrazando con fuerza su cartera de ejecutivo–, y también sé lo que es «cerrar», «rendimiento nominal» y «oxímoron». Hasta sé cual es la segunda ley de la termodinámica y lo que es el tratado de Wittgenstein. Sé un montón de cosas que tú no sabrás en la vida, engreído cero a la izquierda. Y uno de los secretos más fantásticos que jamás conseguirás alojar en tu raquílica corteza cerebral es lo que tengo en esta cartera. ¿Pero tú sabes quién soy yo, pedazo de necio? ¿Sabes para lo que he venido? ¿Tienes siquiera idea de lo que es la existencia? ¿De lo que es el mundo? ¿Sabes algo más allá del número del autobús que te trae todos los días hasta aquí y de vuelta a casa, o algo más que los nombres de los vecinos del asqueroso y triste edificio en el que seguro que vives?

–Señor... –intentó el de la chaqueta detener el aluvión de palabras de Gershon con un educado pragmatismo, pero demasiado tarde ya.

–Te miro –prosiguió Gershon–, y al instante se me desvela la historia de tu vida. Lo llevas todo escrito en esa frente huidiza que tienes. Pero todo. El día más bello de tu vida será el día en el que tu equipo de baloncesto gane la copa. El día más horrible de tu vida será cuando tu obesa mujer se muera de cualquier enfermedad maligna que vuestro seguro médico no cubra. Y todo lo que pase entre esos dos momentos será como una especie de pedo del que al final de tu vida, cuando intentes mirar atrás, ni siquiera conseguirás recordar el olor...

El puñetazo fue tan rápido que a Gershon ni siquiera le dio tiempo a notar cómo le alcanzaba la cara. Cuando despertó se encontraba tendido en el elegante suelo de mármol de la recepción. Lo que lo despertó fue una sarta de patadas en las costillas y una voz profunda y agradable que resonaba en la sala recordándole la voz de los locutores de la radio de altas horas de la noche.

–Déjalo ya –repetía la voz–, déjalo, Jesús, que no merece la pena.

En el suelo –ahora se daba cuenta–, había engarzadas unas piedrecitas doradas formando la letra G, la primera de su nombre. Podía considerarlo una casualidad, pero

Gershon prefirió imaginar que los obreros que construyeron aquel rascacielos habían sabido que un buen día él llegaría allí y habían querido tener ese gesto con él, para que no se sintiera tan solo y tan poco querido en aquella malvada ciudad. Las patadas no cesaban y las notaba tan reales como el sueño de su mujer. Puede que la bebé que el padre de ella le había dejado en el cochecito fuera ella misma. Quizá. Porque el padre de su mujer era bastante mierda. Puede que por eso el sueño le había parecido a ella tan importante. Y si en el sueño le hubiera hecho falta que la abrazaran, él habría podido hacerlo. Lo que además tenía que haber hecho era una pausa en su estúpida lucha con la traidora maleta, que seguro que en esos momentos estaría olisqueando los pies de cientos de viajeros extraños desde la cinta transportadora de un diminuto aeropuerto de la costa oeste, debería haber hecho esa pausa para abrazar a su mujer con todas sus fuerzas y decirle: «Aquí me tienes, cariño. Hoy tendré que tomar ese vuelo, pero volveré lo antes posible».

El negro de la chaqueta gris lo ayudó a levantarse.

—¿Está usted bien, señor? —le dijo, tendiéndole la cartera de ejecutivo y un pañuelo de papel—. Le sale un poco de sangre de la nariz.

Pronunció la palabra «poco» con una voz tan floja, tan suave, que se diría que quería reducirla al tamaño de una gota. El del bigote lloraba sentado en una silla junto al ascensor.

—Le pido disculpas en su nombre —dijo el negro—, está pasando por un mal momento.

Y la palabra «mal» la agrandó al máximo, casi gritándola.

—No te disculpes —dijo el del bigote entre lágrimas—, no le pidas perdón a ese hijoputa.

El negro se encogió de hombros y soltó un suspiro de impotencia.

—Es que su madre... —intentó susurrarle a Gershon.

—Ni se te ocurra contárselo —aulló el del bigote—, no le digas ni palabra de mi madre, ¿me oyes? O te doy también a ti una buena.

RORSCHACH

—«Alto, policía» —continuó Gershon— es quizá el primer juego de mesa de la historia que no le impone soluciones predeterminadas al niño que esté jugando a él, sino que lo estimula a encontrar soluciones por sí mismo. Se podría ver este juego como una serie de manchas de Rorschach por las que a medida que vas avanzando hacia la ansiada meta, hacia la victoria, le estimula a uno a poner en marcha la imaginación.

—Una serie de manchas de Rorschach —repitió Lipskar con una sonrisa torcida—. Sorprendente. Me gusta, señor Arazi. ¿Pero seguro que se encuentra usted bien?

—Estoy perfectamente bien —respondió Gershon—. Si le parece, ahora mismo podríamos simular una breve partida.

—Simular —repitió el señor Lipskar las palabras de Gershon.

Era mucho más joven de lo que Gershon había imaginado y tenía el pelo de un negro brillante, sin una sola cana.

—Lo siento, pero no me parece el momento oportuno. Ese ojo suyo... Y la nariz. Dios mío, cuántísima sangre, ¿quién le ha hecho eso?

Huevo sorpresa

Oíd esta historia real. Hace unos tres meses una mujer de treinta y dos años murió víctima de un atentado suicida que tuvo lugar en una parada de autobús. Además de ella murieron otras muchas personas, pero esta historia trata de ella. Los que mueren en un atentado son llevados al Instituto Patológico de Abu Kabir para hacerles la autopsia. A muchos de los que ocupan puestos clave en la sociedad israelí les asombra esa costumbre, lo mismo que a los que trabajan en Abu Kabir, porque no alcanzan a entender la razón por la que se hace así. La causa de la muerte en un atentado es más que sabida y un cadáver no es que sea precisamente un huevo sorpresa en el que al abrirlo no sabes si te vas a encontrar un barquito de vela, un coche de carreras o un koala de peluche. Porque en esas autopsias siempre se encuentran las mismas cosas: bolitas de hierro, clavos o cualquier otro tipo de metralla. En resumidas cuentas, muy pocas sorpresas. Mientras que en este caso de la mujer de treinta y dos años encontraron algo más. La mujer tenía dentro del cuerpo, además de todos esos pedazos de metal que se le habían abierto camino a través de la carne, un montón de tumores, pero enormes. Tumores alojados en el hígado, en el estómago, en los intestinos y, sobre todo, en la cabeza. Cuando el médico forense del instituto patológico le miró dentro del cráneo, lo primero que dijo fue «¡Socorro!», porque daba miedo. Se encontró con un montón de tumores que habían minado el cerebro de la mujer como si de un cruel ejército de infatigables y devoradores gusanos se tratara.

Y aquí es cuando llegamos al punto de la observación científica: si la mujer no hubiera muerto en el atentado, habría sucumbido esa misma semana a causa de los tumores y habría acabado muriendo, como mucho, al cabo de dos meses. Resulta difícil explicarse cómo es posible que una mujer joven como ella padeciera un cáncer tan avanzado sin que le hubiera sido detectado. Puede que fuera de esas personas a las que no les gustan las revisiones médicas o pensaría que los dolores y mareos que padecía eran algo pasajero que desaparecería por sí mismo. Fuera como fuese, cuando su marido llegó a la morgue para identificarla, el forense dudó si hablarle de aquello o no. Por un lado, el hecho de que le revelaran algo así podía suponer cierto consuelo para el marido, que ya no tendría que torturarse con frases como «si ese día no hubiera ido a trabajar» o «si la hubiera llevado yo en coche», porque sabría que su mujer habría muerto de todos modos. Pero, por otro lado, una noticia de ese tipo podía añadir más sufrimiento y convertir aquella terrible pero arbitraria muerte en algo mucho peor, porque la mujer habría muerto de una doble muerte, inevitable, como si desde el cielo hubieran querido asegurarse de que moriría, de manera que ya ni siquiera ayudaría pensar «qué habría pasado si no hubiera hecho eso o lo otro». Aunque añadiendo un tercer lado, el médico forense pensó que qué más daba, en realidad. La mujer había muerto, el marido se había quedado viudo, los hijos huérfanos, y eso era lo más importante y lo más triste. El resto, pura palabrería.

El marido pidió identificar a su mujer por el pie. Por lo general la gente identifica a sus seres queridos por la cara, pero él solicitó identificarla por el pie porque creía que si le veía la cara de muerta la imagen lo perseguiría durante toda la vida, o mejor dicho, lo que le quedaba de ella. Él la amaba y la conocía tan bien que se veía capaz de identificarla por cualquier parte de su cuerpo y, de todas esas partes, el pie era lo que le parecía más distante, neutral y ajeno. Se quedó, pues, mirándole el pie unos segundos más, aun cuando ya había identificado la forma apenas perceptible de la curva de las uñas, el dedo gordo algo rechoncho y curvado y la perfección del empeine.

Quizá había sido un error, pensó para sí el marido con la mirada todavía fija en el diminuto piececito (del número ³⁵), puede que hubiera sido un error escoger el pie. La cara de un muerto parece la de alguien que duerme, mientras que el pie de un muerto evidencia la muerte de este debajo de cada una de las uñas.

—Es ella —le dijo finalmente al médico forense, y salió de la sala.

El forense también fue al entierro de la mujer. Y no solo él. También acudió el alcalde de Jerusalén, así como el ministro del Interior. Los dos le prometieron al marido, personalmente, mientras repetían una y otra vez el nombre de él y el de la difunta, que vengarían aquella cruel muerte. Describieron de una forma muy dramática y plástica cómo encontrarían y castigarían a los que habían enviado al asesino (porque del suicida resultaba ya imposible vengarse). El marido parecía muy confuso ante aquellas promesas. Se diría que no le interesaban demasiado, aunque procuraba ocultarlo por consideración a los sentimientos del público que de verdad creía que aquellos enardecidos parlamentos le proporcionaban cierto consuelo ante la muerte de su mujer. Durante el entierro fue la segunda vez que el forense pensó en contarle al marido que su mujer se encontraba, de todos modos, a las puertas de la muerte, y así suavizar un poco el incómodo ambiente de venganza que dominaba la ceremonia, pero también en esta ocasión calló. En el camino de vuelta procuró desarrollar algún pequeño pensamiento filosófico sobre lo que había sucedido. «¿Qué es el cáncer?», pensó. «Pues un atentado terrorista cometido por Dios. ¿Qué hace Dios si no cometer atentados como protesta ante... algo, algo tan elevado y trascendente que ni siquiera alcanzamos a captarlo?» Y lo mismo que su trabajo en el Instituto, aquel pensamiento era de lo más preciso y calculado, aunque la verdad es que tampoco servía de mucho.

La noche de después del entierro el marido tuvo un sueño muy triste en el que el pie muerto le acariciaba la cara. El sueño lo hizo despertarse conmocionado. Fue a la cocina con mucho cuidado, para no despertar a los niños, y se preparó un té sin encender la luz. Una vez que se hubo tomado el ardiente té, siguió allí sentado en la cocina oscura. Se esforzó por pensar en algo que quisiera hacer. Algo que lo alegrara. Algo. Incluso cosas que no se las podía permitir ni por los niños ni por dinero. Pero no se le ocurría nada. Se sentía lleno como de algo espeso y agrio que le obstruía el pecho, y no era la pena. Era algo mucho más grave que la pena. Después de todo lo que había vivido, la vida misma le parecía ahora una trampa. Un laberinto. Ni siquiera un laberinto, sino simplemente una habitación que era toda pared, sin puerta. Tiene que haber algo, se empeñó, algo que me gustaría que pasara aunque nunca lo consiga. Algo.

Hay personas que se suicidan cuando alguien cercano se les muere; otros se vuelcan en la religión y también hay quien se queda sentado toda la noche en la cocina sin tan siquiera esperar a que salga el sol. La luz de fuera empezaba a colarse hacia el interior del piso. Dentro de poco los pequeños se despertarían. Intentó volver a recordar el contacto del pie en el sueño, y como siempre pasa con los sueños, solo consiguió eso, recordarlo, pero no revivirlo de verdad.

Pez dorado

Jonatan tuvo una brillante idea para un documental. Iría a las casas de la gente, llamaría a la puerta, solo él, sin más miembros del equipo de rodaje, con una pequeña cámara, y preguntaría: «Si os encontrarais un pez dorado que hablara y os concediera tres deseos, ¿qué es lo que le pediríais?». La gente le respondería y él montaría luego el documental con las respuestas más interesantes. Antes de cada bloque de respuestas, se vería a la persona de pie y sin moverse a la puerta de su casa, y en ese encuadre pondría un subtítulo con el nombre, el estado civil, los ingresos mensuales y puede que incluso el partido por el que vota en las elecciones. Y junto con los deseos, todo el asunto pasaría a ser un estudio que mostraría la distancia que existe entre nuestros sueños y la situación real en la que nuestra sociedad se encuentra.

Se trataba de una idea genial y barata. Para llevarla a la práctica no hacía falta nada más que la presencia del propio Jonatan y la de su cámara. Jonatan estaba seguro de que después de filmar y de montar el documental podría vendérselo sin problemas al Canal 8 o a Yes Docu. Si no como película, sí como unas cuñas en las que se podría ver cada vez a una persona con sus deseos. Con un poco de suerte, hasta podría conseguir que se interesara algún banco o alguna compañía de teléfonos que quisiera utilizarlo como eslogan. Algo al estilo de «Sueños distintos, deseos distintos, pero un solo banco. El banco bla, bla, bla, el banco que sueña contigo» o «El banco que cumple tus deseos». Algo así.

Jonatan decidió empezar a trabajar en ello sin dilación. Iría sencillamente casa por casa llamando a la puerta. En el primer barrio que filmó, la mayoría de los que accedieron a colaborar pidieron cosas relativamente esperadas: salud, amor, un piso más grande. Pero hubo también momentos emocionantes. Una mujer estéril pidió un hijo, un superviviente del Holocausto con el número grabado en el brazo pidió que todos los nazis que todavía vivieran pagaran por sus delitos, y un transexual viejo pidió ser mujer. Y eso solo en un par de calles del centro de Tel Aviv. Vete tú a saber lo que pediría la gente de las apartadas ciudades en desarrollo, de los asentamientos próximos a la frontera o en los de los territorios ocupados, en los pueblos árabes o en los centros de absorción de inmigrantes. Jonatan sabía que en un proyecto como ese también era muy importante que incluyera a desempleados, religiosos, árabes y etíopes. Así que empezó a planear su calendario de visitas: Jaffa, Dimona, Ashdod, Sderot, Taibe. Se quedó mirando los nombres de los lugares que había anotado en el papel. Si conseguía filmar a un árabe que como deseo pidiera la paz, sería el no va más.

A Sergei Goralick no le gustaba que nadie llamara a su puerta y menos todavía que le hicieran preguntas. En Rusia, cuando él era joven, eso pasaba mucho. Los de la KGB llamaban constantemente a su puerta porque su padre era sionista y prisionero de Sión. Cuando Sergei se mudó a Jaffa la familia le preguntó qué buscaba él en un lugar como aquel, en el que solo hay drogadictos y árabes. Pero lo bueno de los drogadictos y de los árabes era que no llamaban a su puerta. Y así Sergei se podía levantar cuando todavía era de noche para salir con su barquita al mar, pescar un poco y volverse para casa. Y todo eso, solo. Tranquilamente. Como es debido.

Hasta que un buen día un muchacho con un pendiente en la oreja y cierto aspecto de homosexual llama a su puerta, bien fuerte, tal y como a Sergei no le gusta, y le dice que quiere hacerle unas preguntas, algo para la televisión. Sergei le hace saber bien claro que no quiere, y hasta le empuja un poco la cámara para que sepa que está

hablando en serio. Pero el muchacho insiste. Dice un montón de cosas. A Sergei le cuesta un poco seguirlo, porque su hebreo no es muy bueno. Y el muchacho del pendiente habla muy deprisa y dice que Sergei tiene unas facciones muy duras y que lo quiere para su documental. Sergei sigue empeñado en que no y hasta intenta cerrar la puerta, pero el muchacho es más rápido, se cuela y ya está en el piso de Sergei. Se pone a filmar sin permiso y vuelve a hablar de la cara de Sergei, de que transmite mucho sentimiento. De repente el muchacho ve el pez dorado de Sergei nadando en la jarra grande de cristal, en la cocina, y se pone a gritar:

–¡Un pez dorado! ¡Un pez dorado!

Sergei se pone muy nervioso y le pide que no filme el pez. Le explica que no es más que un pez que se le enganchó en la red. Pero el muchacho del pendiente sigue filmando y diciendo todo tipo de cosas sobre el pez, como que habla, que hay tres deseos, y hasta alarga la mano hacia la jarra con el pez. En ese instante Sergei se da cuenta de que el muchacho no está allí por la tele, sino que ha ido a quitarle el pez, y antes siquiera de que el cerebro de Sergei Goralick llegue a entender lo que su cuerpo hace, coge la sartén que está sobre los quemadores de la cocina y le da al muchacho del pendiente un buen sartenazo en la cabeza. El muchacho se desploma y la cámara cae con él. La cámara se rompe al dar contra el suelo y la cabeza del muchacho, también. Le sale muchísima sangre de la cabeza y ahora Sergei no sabe qué hacer. Es decir, sabe lo que debería hacer, pero eso podría traerle complicaciones. Porque si llegara al hospital con ese muchacho le preguntarían qué es lo que ha pasado y la cosa podría terminar muy mal.

–No tienes por qué llevarlo al hospital –le dice el pez a Sergei en ruso–, está muerto.

–No es posible que esté muerto –protesta Sergei–, si ni siquiera le he dado fuerte.

–El sartenazo no ha sido muy fuerte –está de acuerdo el pez–, pero parece que la cabeza del muchacho era todavía menos fuerte.

–Quería llevásete de aquí –dice Sergei.

–No –parece muy seguro el pez–, lo único que quería era filmar cuatro bobadas para la tele.

–Pero si ha dicho...

–Pero si ha dicho... –lo corta en seco el pez–. Lo que pasa es que no lo has entendido. Tu hebreo no es que sea muy bueno.

–¿Y el tuyo sí? –le espeta Sergei con dureza.

–Sí, el mío sí –responde el pez con impaciencia–. Soy un pez mágico. Domino todas las lenguas.

El charco de sangre que hay debajo de la cabeza del chico no hace más que crecer, de modo que Sergei tiene ya que pegarse a la pared de la cocina para no pisarlo.

–Te queda otro deseo más –le recuerda el pez.

–No –dice Sergei moviendo la cabeza de lado a lado–, no puedo gastarlo, me lo quiero guardar.

–¿Guardártelo para qué? –le pregunta el pez, pero Sergei no le contesta.

El primer deseo lo usó Sergei cuando a su hermana le detectaron el cáncer. Era cáncer de pulmón, del que no se cura, pero el pez lo solucionó al instante. El segundo deseo lo desperdició hacía ahora cinco años en el hijo de Sveta. El niño era entonces muy pequeñito, no había cumplido ni los tres años, pero los médicos dijeron que tenía algo en la cabeza que no estaba bien. Que iba a ser retrasado. Sveta lloró la noche entera y por la mañana Sergei volvió a su casa y le pidió al pez que arreglara el asunto. Nunca se lo contó a Sveta y al cabo de unos meses ella lo dejó por un policía, un marroquí, uno que tenía un viejo coche americano. Con el corazón Sergei se repetía que no lo había hecho por ella, que solo lo había hecho por el niño, pero cuando lo pensaba con la cabeza estaba menos seguro de ello y solo se le venían a la mente todas las demás cosas que habría podido pedir en vez de aquello. El tercer deseo todavía no lo había

pedido.

–Puedo devolverlo a la vida –le dice el pez–. Puedo conseguir que el tiempo retroceda hasta el momento antes de que llamara a la puerta. No hay ningún problema. Todo lo que tienes que hacer es pedírmelo.

El pez está moviendo la aleta de la cola de lado a lado, un movimiento que Sergei sabe que el pez solo hace cuando está muy nervioso. También sabe que el pez ya se huele su libertad. Después del último deseo, a Sergei no le va a quedar más remedio que soltarlo.

–Todo va a ir bien, de verdad –dice Sergei, a medias a sí mismo y a medias al pez–. Lo único que tengo que hacer es limpiar bien todo esto y por la noche, cuando salga a pescar, le ato una piedra y lo tiro al mar. Nadie lo encontrará jamás. Ya está. No pienso desperdiciar en esto un deseo.

–Pero si has matado a una persona, Sergei –le dice el pez–, y tú no eres un asesino. ¿Si no gastas un deseo en esto en qué lo piensas gastar?

Fue en Tira donde Jonatan, finalmente, encontró al árabe que iba a pedir la paz como uno de sus tres deseos. Se llamaba Munir y era un gordo con un bigotazo blanco que salió estupendo ante la cámara porque era muy fotogénico. Resultó muy emotivo el modo en el que formuló el deseo. Mientras lo filmaba, Jonatan sabía ya que aquello iba a impresionar. Lo mismo que el ruso de los tatuajes que encontró en Jaffa, el que había mirado directamente a la cámara y le había dicho que si encontrara un pez dorado que hablara no le pediría nada, sino que se limitaría a ponerlo en un estante en una jarra grande de cristal y se pasaría el día hablando con él, sin importarle de qué. De deporte, de política, de lo que el pez quisiera hablar. De todo. Con tal de no estar solo.

Completamente sola, no

Tres de sus pretendientes han intentado suicidarse. Lo dice con tristeza pero también con una pizca de orgullo. Uno incluso lo ha conseguido. Se tiró desde la azotea del edificio de la Facultad de Humanidades y por dentro quedó destrozado. Por fuera parecía que no le había pasado nada, y hasta tenía un aspecto sereno. Ese día ella no había ido a la universidad, pero se lo contaron sus amigos. A veces, cuando está sola en casa, hasta lo puede notar ahí, como si estuviera con ella en el salón, mirándola, y cuando le pasa eso, por un momento siente mucho miedo, pero también alegría. Porque sabe que no está completamente sola. Y a mí, a mí me aprecia muchísimo. Me aprecia, pero no se siente atraída por mí. Y eso la entristece, lo mismo que a mí, o puede que incluso más. Porque le encantaría sentirse atraída por alguien como yo. Alguien inteligente, sensible, alguien que la quiera de verdad. Tiene un romance con un marchante de arte mayor desde hace más de un año. Está casado, no piensa dejar a su mujer y ni siquiera hablan de ello. Por él sí siente atracción. Qué crueldad. Es una crueldad para mí y también lo es para ella. La vida podría ser mucho más sencilla si se sintiera atraída por mí.

Me deja que la toque. A veces, cuando le duele la espalda, hasta me lo pide. Cuando le masajeo los músculos, cierra los ojos y me sonrío.

–Qué agradable –me dice mientras la toco–, qué agradable.

Una vez, hasta nos acostamos. Echando ahora la vista atrás dice que fue un error. Tenía tantísimas ganas de que la cosa fuera bien, que se olvidó de sus sentidos. Y que hay algo, mi olor, o mi cuerpo, algo entre nosotros dos que no pega. Lleva ya cuatro años estudiando Psicología y todavía no es capaz de explicarlo. De explicar lo mucho que su cerebro lo desea y cómo su cuerpo no se aviene a ese deseo. Cuando se acuerda de la noche en la que nos acostamos, se pone triste. Hay muchas cosas que la ponen triste. Es hija única. Se pasó gran parte de la infancia completamente sola. Su padre se puso enfermo, agonizó largamente y al final murió. No tuvo a su lado un hermano que la comprendiera, que la consolara. Yo soy lo más parecido a un hermano que haya tenido nunca. Y Kuti. Kuti es el nombre del chico que se tiró de la azotea de la Facultad de Humanidades. Es capaz de pasarse horas sentada conmigo hablando de cualquier cosa. Puede dormir conmigo en la misma cama, verme desnudo, desnudarse a mi lado. No hay nada que la turbe entre nosotros. Ni siquiera cuando me masturbo a su lado. Aunque le mancho las sábanas y la entristezco. Y es que se pone triste por no ser capaz de amarme, pero si eso me alivia, no tiene ningún problema en lavar después las manchas.

Antes de que su padre muriera estaba muy unida a él. También estuvo muy unida a Kuti, que estaba enamorado de ella. Yo soy el único hombre que estoy muy unido a ella y todavía sigue con vida. Al final empezaré a salir con otra y ella se quedará sola. Será inevitable, y lo sabe. Y cuando suceda, se pondrá triste. Triste por ella, pero también contenta por mí, porque habré encontrado el amor. Cuando termino de correrme me acaricia la cara y me dice que aparte de sentirse triste también se siente halagada. Que la halaga el hecho de que con todas las chicas que hay en el mundo, solo piense en ella mientras me masturbo. El marchante ese de arte con el que se acuesta es más peludo y bajo que yo, pero sexy a rabiar. En la mili era uno de los subordinados de Netanyahu y se conocen desde entonces. Son amigos de verdad. A veces, cuando va a verla, le dice a su mujer que ha ido a ver a Bibi. Una vez se lo encontró con su mujer en el centro comercial. Estaban a un metro de distancia, ella le sonrió disimuladamente,

a escondidas, pero él la ignoró. Posó los ojos en ella, pero tenían una mirada completamente vacía, como si ella no fuera nadie ni nada. Puro aire. Y aunque ella comprendió que no pudiera sonreírle ni decirle nada estando con su mujer, resultó muy ofensivo. Se quedó allí sola en el centro comercial, al lado de los teléfonos públicos, y se echó a llorar. Esa fue la noche que se acostó conmigo. Y ahora que lo piensa, fue un error.

Cuatro de sus pretendientes han querido suicidarse. Dos hasta lo han conseguido. Precisamente los dos a los que se sentía más unida, muy próximos a ella, pero que mucho, como hermanos. A veces, cuando está sola en casa, nos puede notar a los dos, a mí y a Kuti, con ella, en el salón, mirándola. Y cuando eso le sucede, siente un miedo repentino, aunque también alegría. Porque sabe que no está completamente sola.

Tras el final

Los asesinos a sueldo son como las flores silvestres. Los hay de todo tipo y condición. En una ocasión conocí a uno que se llamaba Maximilian Scherman. Seguro que su verdadero nombre era otro, pero así era como él siempre se presentaba. Era uno de esos clásicos matones de élite, de los que cierran un trato no más de una o dos veces por año. Con lo que le pagaban por cabeza, no le hacía falta más. Ese tal Maximilian era vegetariano desde los catorce años, por cuestiones de conciencia, y había apadrinado a un niño de Darfur que se llamaba Nuri. A Nuri no lo había visto jamás, pero le escribía unas cartas muy largas que Nuri le contestaba, además de enviarle fotos. En definitiva, que era un asesino muy sensible. Maximilian no estaba dispuesto a matar a ningún niño. También las señoras mayores eran un problema para él. Fue mucho el dinero que perdió a lo largo de la vida por esas renuencias. Pero que muchísimo dinero.

Así que tenemos a Maximilian Scherman y me tenemos a mí. Y eso es lo que resulta tan bonito en nuestro mundo, que todos somos diferentes. Yo no sé hablar bien, como Maximilian, ni profundizar en parlamentos sobre venenos que no dejan rastro en la sangre y que aparecen en las páginas de internet de universidades de las que ni siquiera soy capaz de deletrear el nombre. Pero yo, por el contrario, sí estoy de acuerdo en matar para vosotros a todos los niños y a todas las viejas que haga falta. Sin pestañear, sin que se me altere el pulso y sin pedir un plus por ello.

Mi abogado dice que es precisamente por eso por lo que me ha caído pena de muerte. Hoy, dice, no es como antes, cuando la gente prefería asistir a un ahorcamiento público a que le pagaran una buena comida. Hoy a nadie le entusiasma matar a asesinos, se les revuelven las tripas, les hace sentirse incómodos consigo mismos. Pero los asesinos de niños todavía venden. Y la verdad es que no acabo de entenderlo. Una vida es una vida. Maximilian Scherman y mis justicieros abogados pueden torcer el gesto todo lo que quieran, pero quitarle la vida a una estudiante bulímica de veintiséis años matriculada en Estudios de Género, o quitársela al chófer de una limusina amante de la música de veintiocho años, no está ni mejor ni peor que quitarle la vida a un mocoso de tres años. A los fiscales les encanta hacer de eso todo un asunto, ya lo sé. Les encanta dar la lata con lo de la inocencia y la situación de desamparo. Pero una vida es una vida. Y como alguien por cuyas manos han pasado no pocos abogados corruptos y políticos, me gustaría señalar que en el momento de la verdad, cuando el cuerpo se estremece y los ojos se dan la vuelta en las órbitas, en ese momento todo es inocencia y desamparo, sin distinción de religión, edad, raza o género. Pero anda tú a explicárselo a una juez medio retirada y sorda de Miami que lo único muerto que ha visto en su vida, excepto a su marido al que en realidad nunca soportó del todo, es un hámster llamado *Charlie* que murió de cáncer de colon.

En el juicio también alegaron que odio a los niños. Sacaron lo de los dos gemelos de seis años a los que asesiné porque sí, sin que estuvieran incluidos en el contrato. Puede que haya algo de eso. Y no es que tenga ningún problema con el aspecto que tienen, porque lo que sí son, precisamente, es monos. Como personas, pero en pequeñito, como esas latitas de Coca-Cola y esas bolsitas de patatas tan pequeñitas que antes daban en los aviones. ¿Pero en cuanto al comportamiento? Lo reconozco. No me pirro por sus travesuras ni por los berrinches con los que se tiran al suelo en el centro comercial. Esos gritos de «que papá se vaya», o «ya no quiero a mamá», y todo por unapestoso juguete de dos dólares que aunque se lo compres no van a jugar con

él más de un minuto. También odio los cuentos de antes de irse a dormir. Y no es solo por la turbadora situación que te obliga a acostarte a su lado en una camita muy incómoda, o por el chantaje emocional que te hacen para que les cuentes más y más cuentos, sino que se trata de los cuentos en sí. Esas historias tan empalagosas con sus bondadosos animalitos. Esas mentiras ilustradas de mundos sin penas y un aburrimiento de muerte. Y ya que hablamos de la muerte: mi abogado cree que podemos recurrir la sentencia. No es que vaya a servir de nada, pero hasta que mi caso llegue de nuevo a los tribunales podemos disponer de un poco de tiempo. Solo que yo le he dicho que no me interesa. Porque, entre nosotros, ¿qué voy a sacar de ese poco de tiempo? ¿Unas cuantas flexiones más en mi celda de tres metros por dos? ¿Unos partidos de baloncesto y unos pésimos *reality shows* por la tele? Si lo que me espera al final es una inyección letal, dejemos de alargar todo esto, que me la traigan ya y a otra cosa mariposa.

Cuando yo era pequeño mi padre siempre me hablaba del mundo venidero. Tanto hablaba de eso que la mayoría del tiempo no se daba cuenta de con quién andaba follando mi madre a sus espaldas. Si todo lo que me contó del otro mundo es verdad, lo que se dice aburrirme, allí no me voy a aburrir. Mi padre era judío, pero en la cárcel, cuando me preguntan, les digo que me envíen a un cura. No sé por qué me parece que estos cristianos son un poco menos abstractos. Y en mi situación, la faceta filosófica no es del todo relevante. Lo que ahora es importante son las cuestiones prácticas. Que voy a ir al infierno, eso ya lo doy por hecho, así que cuanto más información consiga sacarle al cura, más preparado estaré cuando llegue. Sé por experiencia que no hay lugar en el que machacarle a alguien el menisco o el cráneo te vaya a hacer ascender socialmente, ya sea en un reformatorio de Georgia, en los campamentos de los marines o en el ala de incomunicados de una cárcel de Bangkok. Lo importante siempre es saber a quién machacarle el qué. Y en eso, precisamente, es en lo que el cura puede llegar a ser de gran ayuda. Aunque, pensándolo bien, podía haber pedido un rabino, un cadí, o hasta un baba hindú mudo, porque el cura charlatán que a mí me ha tocado no sirve para nada. Parece un turista japonés, aunque se apresura a decir que es cuarta generación en Estados Unidos, que ya es más de lo que se puede decir de mí.

–El infierno –me dice– es algo completamente privado. Exactamente igual que el paraíso. Al final todos vamos a tener el infierno o el paraíso que nos merezcamos.

Pero yo no cedo.

–¿Quién es el responsable allí? –le pregunto–. ¿Cómo funciona? ¿Se sabe algo de los que hayan conseguido escapar?

Pero él no me contesta. Se limita a columpiar la cabeza hacia arriba y hacia abajo como esos perros que se ponen en la bandeja de atrás del coche. La tercera vez que me pide que me confiese, ya no puedo más y le sacudo una buena. Como tengo las manos y los pies esposados, ha tenido que ser con la cabeza, pero es más que suficiente. No sé de qué estarán hechos estos curas japoneses, pero el mío se viene abajo al momento.

Los guardas que me separan de él me pegan: patadas, porrazos, puñetazos en la cabeza. Se diría que me quieren reducir, pero me pegan por placer. Los entiendo. Pegar es un placer. Y la verdad es que he disfrutado más con este cabezazo que le he dado al cura que con el filete y las patatas fritas de mi última comida, y eso que la carne no estaba nada mal. Pegar es cojonudo, y sea lo que sea lo que me espere allí, al otro lado de la inyección letal, os puedo asegurar que por muy desagradable que pueda llegar a ser, al hijo de puta que esté cerca de mí en el infierno le va a resultar todavía menos agradable, y no me va a importar si es un simple pecador, un demonio o Satanás en persona. Este curita ensangrentado ¡anda que no me ha abierto el apetito ni nada!

La inyección es dolorosa. Seguro que esos justos habrían podido encontrar una que no doliera, pero han escogido una que duele. Para castigarnos. Mientras agonizo me voy acordando de todos a los que he matado, de la expresión que se les ponía en la cara antes de que el alma se les escapara por las orejas. Puede que me estén esperando allí, al otro lado, furiosos. Noto un último estertor, como si un puño se cerrara atrapándome el corazón. Ojalá me estén esperando. Será un placer volverlos a matar.

Abro los ojos. A mi alrededor hay una abundante hierba verde, como en la jungla. No sé por qué me había imaginado el infierno mucho más parecido a un sótano oscuro, mientras que aquí todo está verde y el sol en lo alto resulta cegador. Me abro paso entre la hierba buscando algo que me pueda servir de arma: un palo, una piedra, una rama afilada. No hay nada. A mi alrededor no hay nada más que una hierba muy alta y tierra húmeda. Cerca de mí descubro unos enormes pies humanos. Sea quien sea debe de ser ocho veces más corpulento que yo, y no llevo ningún arma. Tendré que buscarle su punto débil: la rodilla, los testículos, la nuez. Un golpe certero y rápido y esperar que funcione. El gigante se agacha. Es mucho más rápido de lo que había supuesto. Me levanta en volandas y abre la boca.

—Ah, ahí estás —me dice estrechándome contra su pecho—, ya te tengo, osito. Sabes que te quiero más que a nada.

Intento aprovechar el hecho de que estemos tan juntos para morderle el cuello o meterle el dedo en un ojo. Quiero hacerlo, pero el cuerpo no me responde, sino que en contra de mi voluntad le devuelvo el abrazo. Noto cómo se me mueven los labios sin que consiga dominarlos, cómo se me abren y susurran:

—Yo también te quiero, Christopher Robin. Eres lo que más quiero en el mundo.

Un autobús grande y azul

Hay niños que se tiran al suelo con un berrinche. Lloran, hacen muecas y se retuercen hasta que la cara se les pone completamente roja y las babas y los mocos que les salen de la boca y de la nariz empiezan a manchar el cemento gris de la acera. Así que da las gracias que él no.

Ese es el pensamiento al que se aferra Gilad para intentar tranquilizarse. Ese pensamiento y una serie de inspiraciones muy lentas y rítmicas. Y ya lo creo que ayuda. A su lado, en la acera, está el pequeño Hillel con los puños apretados, el ceño fruncido, los ojos cerrados con fuerza y la boca susurrándole una y otra vez las mismas palabras, como un mantra:

–Quiero quiero quiero.

Gilad decide sonreír antes de hablar. Sabe que Hillel no puede ver esa sonrisa, pero tiene la esperanza de que algo de ella se le refleje en la voz.

–Hilleli –le dice a través de la sonrisa–, Hilleli, cariño, venga, vamos a ponernos en marcha antes de que se nos haga tarde. Hoy dan en el cole crepes para desayunar y si no llegas a tiempo los otros niños se las van a terminar.

Quiero quiero quiero.

Hasta que Naama y él se separaron habían puesto mucho cuidado en que Hillel no viera la tele. Fue Naama la que empezó con eso porque había leído algo en *Haaretz*, y Gilad estuvo de acuerdo. Sonaba lógico. Pero tras la separación ya no estaban allí para apoyarse el uno al otro. Cuando estás solo tienes menos fuerzas para ser constante. Cada vez que cedes notas que va a ser el otro padre el que va a tener que pagar por eso después, o por lo menos por la mitad, así que el precio se hace más soportable. Es un poco como tirar la colilla en el portal de tu casa o dentro de tu piso. Y ahora que ya no tienen casa, es decir, no la misma para los dos, ensucian todo lo que les da la gana.

Quiero quiero quiero.

Uno de los programas que a Hillel le gusta ver cuando se queda en casa de Gilad es la serie de dibujos animados japoneses sobre un niño con poderes mágicos que se llama Tony. La madre de ese niño, un hada, le enseñó una vez que si cerraba los ojos y decía las suficientes veces «quiero», todo lo que deseara se cumpliría. A veces a Tony le lleva menos de un segundo conseguir sus deseos, y cuando no logra lo que quiere, su madre hada le explica que no es que él haya fallado sino que no ha dicho el «quiero» las suficientes veces. Y así es como Tony se puede pasar prácticamente un capítulo entero con los ojos cerrados y diciendo «quiero quiero quiero quiero» sin ceder, hasta que el sortilegio surte efecto. Desde el punto de vista de los costes de la producción la idea resulta muy ahorrativa, porque en cada capítulo nuevo pueden reciclar la toma de Tony con la gotita de sudor brillándole en la frente y murmurando sin cesar «quiero quiero quiero quiero». La misma toma una y otra vez, en todos los capítulos. Es insoportable sentarse a ver eso, pero a Hillel le encanta.

Quiero quiero quiero.

Gilad vuelve a sonreír.

–No te va a servir de nada, Hilleli –le dice–, no te servirá de nada aunque lo digas un millón de veces. No podemos ir al cole en autobús porque está demasiado cerca. Está

aquí mismo, al final de la calle. Y ahí no llega ningún autobús.

—Sí me va a servir —dice Hillel, y aunque deja de murmurar el «quiero», se queda con los ojos cerrados y el ceño fruncido—. De verdad, papá, ya verás como sí, lo que pasa es que lo tengo que decir más veces.

Gilad quiere aprovechar esa brecha para proponerle algo tentador. Un soborno. Un merengue de chocolate, quizá. Hay una tienda justo al lado de la guardería. Naama no quiere que coma merengues por la mañana, pero eso ahora no importa. Naama no le deja, pero Gilad sí. Se trata de una emergencia. Todos esos pensamientos transcurren en un segundo, pero antes de que a Gilad le dé tiempo a proponerle lo del merengue, Hillel vuelve a su mantra.

Quiero quiero quiero.

Gilad anuncia lo del merengue. Lo dice varias veces. Merengue. Merengue. Me-merengue. En voz muy alta. Acercándose mucho al oído de Hillel. Si Naama estuviera allí le pediría atónita que dejara de gritarle de esa manera. Es muy buena en eso de hacerse la atónita. En hacerle creer a cada momento que es un padre violento, un marido maltratador o simplemente una mierda de persona. Y eso es todo un don. Un poder mágico, que aunque débil y asqueroso, no deja de ser un don. ¿Y de qué poderes sobrenaturales puede hacer gala Gilad? De ninguno. Una madre maga. Un hijo mago. Un padre sin poderes. Una serie japonesa. Podría seguir así toda la eternidad.

Quiero quiero quiero.

Gilad abraza muy fuerte a Hillel, lo toma en volandas y echa a correr. Hillel está calentito, como siempre. También ahora sigue murmurando, pero desde el momento en el que Gilad lo ha apretado contra su pecho, el murmullo se ha vuelto más sosegado y la arruga del entrecejo ha desaparecido. Gilad nota que también él tiene que murmurar algo con Hillel, así que empieza con un «vamos al cole vamos al cole vamos al cole» y a medio camino lo cambia por un «ya llegamos ya llegamos ya llegamos», y cuando ya están realmente muy cerca de la puerta electrónica del patio, de repente lo convierte en un «papá quiere papá quiere papá quiere». No tiene que ver con nada, la frase, además, no tiene complemento, aunque está más que claro, por lo menos para Gilad, que lo que está queriendo decir es que quiere a Hillel.

Cuando entran en la guardería deja de murmurar y baja a Hillel al suelo. Hillel sigue con los ojos cerrados:

—Quiero quiero quiero.

Gilad sonrío a una de las monitoras, una gorda que le cae fenomenal, y cuelga la mochilita bordada, en la que están la ropa de recambio y el biberón, en un colgador en el que pone «Hillel» con letra de imprenta. Se está ya encaminando hacia la puerta de salida cuando la maestra lo detiene.

Quiero quiero quiero.

Gilad le sonrío. Está sudando por la carrera que se ha echado, y hasta jadea ligeramente, pero su sonrisa significa que todo está en orden.

—Es algo que el niño vio ayer por la tele —explica—, esa serie de Tony y la mariposa mágica. Un programa japonés que a los niños les encanta...

La maestra lo hace callar con el gesto con el que a veces ha visto que hace callar a los niños que alborotan. Le resulta ofensivo, pero prefiere no decir nada. Lo único que quiere es largarse de allí. Y sabe que cuanto más callado esté y más amable se muestre, antes podrá marcharse. Además de que siempre le queda el recurso de decirle a la maestra que tiene una reunión urgente en el despacho, o algo así, porque ella ya sabe que él es abogado.

Quiero quiero quiero quiero quiero quiero quiero quiero quiero

quiero quiero quiero quiero quiero quiero quiero quiero quiero quiero.

La maestra intenta hablar con Hillel. Hasta le toca la carita con delicadeza, pero Hillel no deja de murmurar ni abre los ojos. Gilad siente el impulso de decirle que no va a servir de nada, pero no está muy seguro de que decirlo vaya a jugar a su favor. Puede que ahora, piensa, sea el momento oportuno para comunicarle a la maestra lo de la reunión en el despacho y marcharse.

Quiero quiero quiero.

–Lo siento –dice la maestra–, pero no lo puedes dejar aquí en este estado.

Gilad le intenta explicar que no es que esté en ningún estado sino que se trata de esa porquería que emiten por la tele, y que es como un juego. Que no es que el niño esté sufriendo o algo así, sino que se ha emperrado con una bobada. Pero la maestra no quiere saber nada y Gilad se ve obligado a volver a coger a Hillel en brazos. La maestra los acompaña fuera y cuando les abre el portón del patio les dice en un tono de complicidad que Gilad debería llamar a Naama porque el asunto le parece importante, a lo que él le responde de inmediato que así lo hará, sobre todo porque teme que, de lo contrario, vaya a ser ella la que llame a Naama.

Quiero quiero quiero.

Una vez fuera Gilad deja a Hillel en la acera y le dice en un tono relativamente calmado:

–¿Qué autobús?

Pero como Hillel sigue con su mantra le repite la pregunta en voz más alta:

–¿Qué autobús?

Hillel se calla, abre los ojos, mira a Gilad directamente a los ojos y le dice:

–Un autobús azul y grande.

Gilad asiente y con una voz que intenta sonar de lo más normal, sin rastro de lágrimas, le pregunta si es importante que el autobús tenga algún número especial. Hillel sonríe y hace un gesto negativo con la cabeza.

Se van a la calle Dizengoff y se ponen a esperar en la parada. El primer autobús que llega es rojo. No se montan. Pero al momento llega otro, azul y grande. El número 1, que va al Instituto Patológico de Abu Kabir. Mientras Gilad compra el billete, Hillel espera pacientemente tal y como ha prometido, y después avanza por el pasillo con cuidadito y agarrándose a los barrotes. Se sientan uno al lado del otro en la fila de atrás. El autobús está completamente vacío. Gilad intenta recordar cuándo fue la última vez que fue a Abu Kabir. Era cuando todavía estaba de pasante y alguien del despacho lo mandó a fotocopiar el expediente de una autopsia que habían extraviado. Eso fue antes de que se diera cuenta de que el derecho criminal no era lo suyo. Hillel le pregunta si el autobús ese va al jardín de infancia y Gilad le dice que más o menos, es decir, que metafóricamente, al final, también va a un jardín. Si Hillel le hubiera preguntado ahora qué es «metafóricamente», como hace a veces cuando se encuentra con palabras parecidas, a Gilad le habría supuesto un problema. Pero Hillel no pregunta, solo posa su manita en el muslo de Gilad y mira por la ventanilla. Gilad se apoya en el respaldo, cierra los ojos y procura no pensar en nada. El viento que entra por la ventanilla es bastante fuerte, pero no demasiado. Respira despacio y, aunque no mueve los labios, para sus adentros dice: «Quiero quiero quiero quiero quiero quiero quiero».

Hemorroide

Esta es la historia de un hombre que sufrió de una almorranas. No de hemorroides, sino de una sola y triste almorranas. La almorranas empezó siendo pequeña y molesta, enseguida se hizo mediana e irritante, y a los dos meses ya era grande y dolorosa. El hombre siguió viviendo su vida con normalidad: trabajaba todos los días hasta bien tarde, se divertía los fines de semana y, cuando se le terciaba, echaba una canita al aire. Pero la almorranas esa, que tenía colgando de la vena, le recordaba en todas las reuniones largas o cuando estaba estreñido que la vida es un jodido sufrimiento, que la vida es bien molesta y puñetera. Y así, antes de tomar cualquier decisión importante, el hombre escuchaba a su almorranas lo mismo que hay otros que escuchan su conciencia. Y la almorranas, como almorranas que era, le daba unos consejos para el culo. Le aconsejaba despedir a este o al otro, no ceder, enfadarse y quejarse. Y la verdad es que funcionaba, porque el hombre cada día cosechaba más y más éxitos. Las ganancias de la empresa que presidía no hacían más que aumentar, y con ellas la almorranas. Hasta que llegado un momento la almorranas ya era más grande que el hombre. Aunque ni siquiera entonces dejó de crecer. Finalmente, la tal almorranas acabó por encabezar el directorio de la empresa. Y a veces, cuando la almorranas se sentaba en la butaca de la sala de reuniones el hombre que tenía debajo le molestaba un poco.

Esta es la historia de una almorranas que sufrió de un hombre. La almorranas siguió viviendo su vida con normalidad: trabajaba todos los días hasta bien tarde, se divertía los fines de semana y, cuando se le terciaba, echaba una canita al aire. Pero el hombre que tenía colgando de la vena le recordaba en todas las reuniones largas o cuando estaba estreñida que la vida es amar, que la vida es dolor, que la vida es un jodido sufrimiento, pero que también se puede ir a mejor. Y la almorranas escuchaba al hombre lo mismo que las personas, muchas veces, escuchan los retortijones del vientre cuando este exige alimento, sin demasiadas ganas pero con resignación. Y gracias a ese hombre la almorranas se esforzó por creer que podía perdonar, y lo intentó. Por mantener su honor y el de los demás. Y si alguna vez todavía maldecía, ponía cuidado en no mentarle la madre a nadie. De manera que gracias a aquel pequeño y molesto hombre que tenía en el trasero, la almorranas se convirtió en una almorranas querida por todos: por las almorranas, las personas y, por supuesto, por los accionistas de su compañía, desperdigados por todos los rincones del mundo.

Septiembre todo el año

Cuando empezó la gran recesión, el NW resultó ser uno de los más afectados. Aunque su mercancía estaba destinada a la *jet set*, que se supone debía estar inmunizada contra cualquier crisis, tras el linchamiento de Chicago hasta los millonarios dejaron de comprar. Parte de ellos por la pésima situación económica, pero la mayoría por miedo, o sencillamente porque si lo hubieran hecho se habrían sentido incómodos ante los vecinos. Las acciones estaban al nivel del parqué de las bolsas mundiales, desangrándose décima a décima hasta el punto de que NW se convirtió en el símbolo de la depresión. El *Wall Street Journal* le dedicó la portada bajo el titular «Vientos huracanados en septiembre», que era una especie de remedo de su eslogan publicitario «Septiembre todo el año», en el que se veía a una familia en bañador un día soleado de verano adornando un árbol de Navidad. Ese anuncio había corrido como la pólvora y resultó ser un absoluto éxito. Una semana después de haber empezado a emitirlo se vendían ya tres mil unidades al día. Los ricos hombres de negocios lo compraban, lo mismo que algunos menos ricos con ganas de impresionar. Se había convertido en señal de estatus, en el sello oficial de cualquier millonario. Lo que el jet privado había simbolizado durante los años noventa hasta el año 2000, lo significaba ahora el NW. «Nice Weather», buen tiempo para los ricos. Si vive usted en la gélida Islandia y la nieve y la oscuridad lo están volviendo loco, lo único que tiene que hacer es proporcionar los datos de su tarjeta de crédito y ellos, con un satélite o dos, le proporcionarán una terraza bañada en sol con una otoñal brisa en Ibiza y en el cálido mar un baño cualquier día del año.

Muki Elón fue uno de los primeros que les compró el sistema. Amaba su dinero y le costó muchísimo desprenderse de él, pero más de lo que amaba los millones que ganaba vendiendo armamento y medicamentos a Zimbabue, odiaba el húmedo verano neoyorquino, la desagradable sensación de la camiseta sudada pegándosele a la espalda. Compró el sistema no solo para él, sino para todo el complejo en el que residía. Hubo quienes, por error, lo interpretaron como un acto de generosidad, pero la verdad es que lo había hecho porque quería que aquel maravilloso buen tiempo lo acompañara hasta el pequeño súper de la esquina, un pequeño súper que además de venderle a Muki Elón cigarrillos Noblesse, que importaban especialmente para él desde Haifa, Israel, también simbolizaba para Muki, más que ninguna otra cosa, los límites de su existencia. Y desde el momento en el que Muki firmó el cheque, el clima de todo el complejo en el que vivía se convirtió llanamente en un clima paradisiaco. Sin las jodidas lluvias ni los putos calores sofocantes. Septiembre todo el año. Tan sencillo como eso. Aunque nada del irritable, por inestable, septiembre de Manhattan, sino el septiembre de los barrios de las Kiriote de Haifa

[5]

, que era donde él se había criado. Hasta que un buen día llegó lo del linchamiento de Chicago y los vecinos empezaron a exigirle que les apagara aquel otoño eterno, y de inmediato. Al principio él no hizo ni caso, pero entonces empezaron a llegarle las cartas de los abogados y alguien incluso le dejó un pavo real degollado en el parabrisas de su coche. Después de eso, también su mujer le pidió que lo apagara. Era enero. Muki apagó el cálido sol y al instante el día se hizo corto y triste. Y todo por un simple pavo real degollado y una timorata y anoréxica mujer que, como siempre, había conseguido dominarlo con su aparente debilidad.

La recesión se agravaba cada vez más. Las acciones de NW en Wall Street tocaron

fondo, y no solo esas sino también las de la empresa de Muki. Incluso después de tocar fondo se diría que taladraron el suelo y llegaron a límites de subsótano. Resultaba bastante extraño porque la lógica dice que el armamento y las medicinas tendrían que pegar fuerte en momentos de recesión mundial, pero resultó que pasaba lo contrario. La gente no tenía dinero para comprar medicamentos y enseguida descubrieron lo que habían olvidado hacía tiempo: que las armas de fuego son un extra y que a veces basta una piedra grande que encuentres en el suelo para partírla al cráneo a alguien. Todos aprendieron muy deprisa a arreglárselas sin los rifles de Muki, muchísimo más deprisa de lo que Muki tardó en acostumbrarse al triste clima de finales de febrero, y Muki Elón, o Muki Millón, como le gustaba llamarlo a la prensa local, entró en bancarrota.

El piso no lo perdió, porque su hábil abogado alcanzó a ponerlo retroactivamente a nombre de su anoréxica mujer, pero todo lo demás se fue a tomar viento. Hasta los muebles se le llevaron. Cuatro días después apareció el técnico de NW para desconectarlos. Cuando llamó a la puerta estaba completamente empapado por la lluvia. Muki le preparó una taza de café y estuvieron hablando un poco. Muki le contó que un poco después del linchamiento de Chicago había dejado de utilizar el sistema. El técnico le comentó que eran muchos los clientes que habían hecho lo mismo. Estuvieron hablando del linchamiento, en el que una multitud hambrienta y muerta de frío había dado rienda suelta a su furia cebándose en la veraniega y agradable mansión de unos ricos.

–El sol que brillaba sobre la casa nos hizo perder el juicio –le contó uno de los participantes en los disturbios al comentarista de un programa de actualidad unos días más tarde–. Mientras nosotros nos morimos de frío porque no tenemos dinero para la calefacción, esos perros, esos perros...

Llegados a ese punto estalló en llanto. En el programa le habían difuminado el rostro para que no le reconocieran, así que no le podías ver las lágrimas, pero se le oía sollozar como a un animal atropellado en la carretera. El técnico, que era negro, dijo que había nacido en ese barrio de Chicago, pero que ahora le daba vergüenza decirlo.

–Ha sido la mierda del dinero –le dijo a Muki–, ha sido la mierda del apestoso dinero lo que nos ha jodido el mundo.

Después del café, cuando el técnico se disponía a desconectar el sistema, Muki le pidió que le dejara encender el satélite por última vez. El técnico se encogió de hombros y Muki lo interpretó como un sí. Le dio a unos cuantos botones del mando a distancia y un maravilloso sol asomó al instante detrás de una nube.

–No es un sol de verdad, ya sabe –le dijo el técnico con orgullo–, solo es un simulacro de sol. Está hecho de rayos láser.

–Deje, no me lo estropee. Para mí es un sol –le dijo Muki guiñándole un ojo.

–Y menudo solazo. Lástima que no lo pueda dejar puesto hasta que me vuelva a meter en el coche. No aguanto más con tanta lluvia.

Muki no le contestó y cerrando los ojos se dejó acariciar la cara por los suaves rayos del sol.

Joseph

Hay conversaciones que le pueden cambiar a uno la vida. Estoy convencido. Es decir, deseo crearlo. Me encuentro sentado en un café con un productor de cine. No es exactamente un productor, porque nunca ha ejercido de productor, pero quiere serlo. Tiene una idea para una película y quiere que le escriba el guion. Le explico que no escribo guiones cinematográficos. Él lo asume y llama a la camarera. Estoy convencido de que le va a pedir la cuenta pero lo que le pide es otro café solo. La camarera me pregunta si yo también quiero algo más y le pido un vaso de agua. El quiero-ser-productor se llama Yoséf, pero él se presenta como Joseph.

–No hay nadie, en realidad –explica–, que de verdad se llame Yoséf. Siempre es Sefi, o Yossi, o Yoss, así que yo me decanté por Joseph.

El tal Joseph es muy agudo. Me cala al instante.

–Estás ocupado, ¿eh? –me dice al verme mirar el reloj, y enseguida añade–: Ocupadísimo. Viajando, trabajando, contestando *mails*.

No hay rastro ni de maldad ni de ironía en cómo lo dice. Se limita a constatarlo y, como mucho, a acompañarme en el sentimiento. Yo reconozco que sí.

–¿Te horroriza no estar ocupado? –me pregunta, y yo vuelvo a asentir–. Pues a mí también –dice brindándome una sonrisa de dientes amarillentos –. Y es que hay algo, ahí abajo, que molesta. Algo amenazador. De lo contrario no nos pasaríamos machacando hasta el último segundo de nuestro tiempo con todo tipo de proyectos. ¿Y sabes qué es lo que más miedo me da de todo? –me pregunta, y, aunque solo vacilo un instante pensando en qué responderle, Joseph se apresura a continuar–: Yo mismo. Lo que soy. ¿Sabes esa nada que te asalta justo después de haberte corrido? No con una chica a la que quieres sino con una cualquiera. O cuando te haces una manola. ¿Sabes a lo que me refiero? Eso es lo que me da miedo, mirar dentro de mí y no encontrar nada. Pero no una nada convencional. Una nada de esas desesperantes que no sé muy bien cómo llamarla...

Ahora se queda callado. Me siento incómodo en ese silencio. Si nos conociéramos más quizá podría quedarme callado, allí con él. Pero siendo la primera vez que nos vemos, no. Y no después de una frase como esa.

–A veces –intento corresponderle con una dosis de sinceridad– la vida me parece una trampa. Un lugar en el que te has metido sin sospechar nada, que se cierra a tus espaldas y que cuando estás dentro, dentro de la vida, me refiero, no tienes adónde escapar, a no ser, quizá, que te suicides, que tampoco es que sea escapar, precisamente, porque eso sería más bien rendirte. ¿Sabes a lo que me refiero?

–Es una polla –dice Joseph–, sencillamente una polla que no puedas escribir el guion de la película.

Hay algo muy raro en cómo habla. Ni siquiera blasfema como las demás personas. Después de eso ya no sé qué decir, así que me quedo callado.

–No importa –dice al cabo de un momento–, porque el hecho de que hayas dicho «no» me va a dar la oportunidad de conocer a otros y tomarme otro café. Y eso es lo mejor de todo este negocio. Porque la producción de una película, propiamente dicha, no veo que sea para mí.

Según parece ahora he asentido, porque reacciona a mi movimiento de cabeza.

–¿Te parece que no es lo mío, eh? ¿Que no soy de verdad un productor sino que soy uno de esos que tiene un poco de dinero por la familia y que habla por hablar?

Se conoce que sigo asintiendo con la cabeza, aunque no intencionadamente, sino de

nervios, porque veo que ahora se ríe.

–Tienes toda la razón –exclama–, aunque puede que todavía llegue a darte una sorpresa. O me la dé a mí mismo.

Joseph pide la cuenta y se empeña en pagar él.

–¿Qué dices de nuestra camarera? –pregunta, mientras esperamos que pasen su tarjeta de crédito–. ¿Te parece que ella también está huyendo? De sí misma, me refiero.

Yo me encojo de hombros.

–¿Y aquel que acaba de entrar, el del abrigo? Mira cómo suda. Seguro que huye de algo. ¿Y si hacemos un corto en lugar de una película? ¿Una especie de programa que detecte a las personas que huyen de sí mismas porque tienen miedo de lo que puedan llegar a descubrir? Podría convertirse en un superéxito.

Miro al sudoroso del abrigo. Es la primera vez en mi vida que veo a un terrorista suicida. Después, en el hospital, los reporteros de las cadenas extranjeras me pedirán que se lo describa, y yo les diré que no me acuerdo. Porque me parecerá como algo personal entre él y yo. También Joseph sobrevivirá al atentado. Pero la camarera, precisamente, no. Lo cual no significa nada en contra de ella. En los atentados de este tipo, el carácter no es un factor determinante. Todo, al fin y al cabo, es una cuestión de ángulos y de distancias.

–Te digo que ese que acaba de entrar huye de algo –comenta Joseph en un tono burlón mientras se rebusca en los bolsillos unas monedas–. Puede que se avenga a escribirme el guion de la película o por lo menos a que quedemos para un café.

Nuestra camarera, con la carta plastificada en la mano, se acerca con pasos de bailarina al sudoroso del abrigo.

Cena de condolencia

Decidió abrir el restaurante ya a la mañana siguiente del entierro. Cuando Itamar se enteró, se puso furioso.

–No hace ni una hora que has metido a tu marido bajo tierra, ¿y ya te cosquillean las manos por volver a servir *chorba* a la gente?

–Nosotros no tenemos *chorba* en la carta, Itamar –dijo Madja, procurando hablar en un tono sosegado–, y además no tiene nada que ver con el dinero. Se trata de la gente. Estaré mucho mejor con los clientes en el negocio que sentada sola en casa.

–Pero eso de haberte empeñado en que no hagamos los siete días de duelo –rugió Itamar–, por todas esas tonterías que tienes en la cabeza...

–No son tonterías –protestó Madja–. Por las personas que donan su cuerpo a la ciencia no hay que quedarse en casa cumpliendo con los siete días de duelo. Es así. Tampoco cuando el padre de Horoshovski murió...

–Hazme el favor, mamá –la cortó en seco Itamar–, nada de mezclar en esto a los Horoshovskis, Shiffermanes ni a la señora Pinchevski de la calle Bialik ²¹. Hablemos solamente de nosotros, ¿vale? ¿Te parece normal que papá haya muerto y que al día siguiente del entierro vayas a abrir el restaurante como si nada?

–Sí –insistió Madja–, porque en mi corazón no es como si nada, pero para los que vienen a comer, sí. Puede que papá haya muerto, pero el negocio sigue vivo.

–El negocio también está muerto ya –murmuró Itamar–, porque a vuestro restaurante ya no vienen ni los perros.

En el hospital, cuando le comunicaron que Gidon había muerto, no lloró. Pero después de eso que dijo Itamar, pues sí. No con él al lado, claro está. Mientras que él estuvo allí se hizo la fuerte, pero en cuanto se marchó se echó a llorar como una niña. Porque por una ofensa era mucho más fácil llorar.

Desde que se habían trasladado a Kikar Atarim la verdad era que iba mucha menos gente. Ella se había negado desde el principio a que se mudaran, pero Gidon dijo que era «una oportunidad que solo se da una vez en la vida». Y desde entonces, cada vez que discutían, ella se lo recordaba, lo de la «oportunidad que solo se da una vez en la vida», mientras que ahora que había muerto ya no tenía a quién echárselo en cara.

El tailandés y ella estuvieron tres horas sentados en el restaurante vacío sin cruzar una sola palabra. El tailandés quería mucho a Gidon. Gidon tenía con él muchísima paciencia. Podía pasarse horas explicándole cómo se prepara el *cholent* o el *gefилte fish* y cada vez que el tailandés estropeaba algún plato y a ella se le escapaba un impropio en ruso, Gidon se apresuraba a decir: «*Never mind, never mind*».

Si no llegaba ningún cliente antes de las tres, cerraría, pensó. Y no solo hoy. Siempre. Con dos personas en el negocio, era otra cosa. Cuando había mucha gente, era una ayuda, y si no la había, por lo menos podía hablar con alguien.

–*You okay?* –le preguntó el tailandés, y Madja asintió procurando sonreír.

Puede que hasta cerrara antes de las tres. Simplemente lo cerraría todo y se marcharía.

Eran algo menos de veinte, pero mientras todavía estaban a la puerta mirando la carta que había colgada fuera, supo que habría jaleo. El primero que entró era un gigantón que le sacaba a ella por lo menos una cabeza, con el pelo de un blanco plateado y unas cejas que parecían cepillos.

–¿Está abierto? –preguntó.

Ella dudó un momento y antes de que le diera tiempo a contestar ya tenía el

restaurante lleno de un montón de uñas pintadas con esmalte amarillo y violeta, un fuerte olor a vodka y los aullidos de un montón de niños. El tailandés y ella juntaron unas cuantas mesas y cuando fue con la carta, el alto le dijo:

–No hace falta ahora, señora, no hace falta. Solamente por favor para todos un plato y cuchillo y tenedor.

Mientras ella y el tailandés les ponían los platos, vio las neveras portátiles. Sacaron de ellas comida y bebida y se pusieron a llenar los platos sin la más mínima señal de vergüenza. Si Gidon viviera los habría echado de allí a patadas, pero ella ni siquiera se veía con ánimos de decirles algo.

–Ahora venís y os sentáis con nosotros a comer –les ordenó el alto, y Madja le hizo señas al tailandés para que se sentara con ellos a la mesa y a continuación, sin ningunas ganas, se sentó también ella.

–Beba, señora –dijo el alto–, beba –repitió, y le llenó el vaso de vodka–, que hoy es un día especial.

Y al clavarle ella una mirada interrogativa, añadió guiñándole un ojo:

–Hoy es día que hemos descubierto su restaurante y de su amigo chino. ¿Por qué usted no come?

La comida que habían llevado estaba muy buena, y después de un trago de vodka a Madja ya no le importaba lo maleducados que eran. Aunque no habían hecho ningún gasto y le habían ensuciado todos los platos, estaba contenta de que le hubieran llenado el restaurante de gritos y risas. Así, por lo menos, no estaba sola. Bebieron a la salud de ella, a la del negocio y hasta a la salud de Gidon, porque Madja les dijo que había viajado al extranjero por negocios. Después bebieron a la salud de los negocios de Gidon en el extranjero, y a la salud de Joseph, que así se llamaba el tailandés, y a la salud de la familia de este, y después a la salud del país. Y Madja, que ya estaba un poco bebida, intentó recordar los años que hacía que no brindaba por el país.

Después de que hubieran dado buena cuenta de todo lo que llevaban en las neveras portátiles, el alto le preguntó qué le había parecido su comida y Madja le dijo que estupenda.

–Qué bien –le sonrió el alto–, estoy contento. Y ahora, por favor, la carta de aquí.

En un primer instante Madja no entendió lo que quería, puede que por efecto del vodka, pero el alto se apresuró a explicarse:

–Usted se ha sentado y ha comido nuestra comida. Ahora es momento nosotros nos sentamos a comer su comida.

Se pusieron a pedir de la carta como si nada y a comer con avidez. Ensaladas, sopas, carne, y, para finalizar, hasta postres. Si hubiera sabido que iban a pedir, no habría bebido tanto. Pero a pesar del alcohol, o quizá gracias a él, el trabajo en la cocina se le hizo llevadero y fácil. Incluso Joseph, que parecía estar todavía más borracho que ella, no hizo ninguna pifia.

–Su comida está muy buena, señora –dijo el alto mientras sacaba la cartera para pagar–. Muy buena. Mucho más buena que la nuestra.

Y cuando hubo terminado de contar los billetes dejándolos luego encima de la mesa, añadió:

–Su marido en el extranjero, ¿hasta cuándo vuelve?

Madja dudó un momento antes de responder que todavía no lo sabía y que dependía de sus negocios allí.

–¿Se ha ido y ha dejado a mujer sola, así? –dijo el alto, chasqueando la lengua con una mezcla de queja y lamento–. Eso no está bien.

Y Madja que lo que quería haber dicho es que no pasaba nada y que todo estaba bien, de verdad que sí, que se las arreglaba muy bien sola, se encontró asintiendo ante las palabras de él y sonriendo, como si las brillantes lágrimas que le asomaban a los ojos no se le notaran.

Más vida

Escuchad qué historia tan demencial. Dos gemelos idénticos de Jacksonville, Florida, conocieron a dos gemelas idénticas de Daytona, que también está en Florida, y en términos de América, no demasiado lejos. Se conocieron por internet. Es decir, al principio solo una pareja se conoció, Todd y Nicky, y cuando Todd llevó a Nicky a comer a casa de sus padres, su hermano Adam se quedó prendado de ella. Fue entonces cuando Todd le contó que ella tenía una hermana. Y no una hermana cualquiera, sino una hermana gemela. Todd y Nicky les arreglaron lo de la cita a ciegas. Aunque resulta difícil llamarla cita a ciegas, ya que tanto Adam como Michelle sabían exactamente el aspecto que iba a tener el otro. Así que para que no se sintieran turbados convirtieron la cita en una doble cita y salieron los cuatro a ver una película en un autocine. ¿Y qué película fueron a ver? No, no fue *Los gemelos golpean dos veces*, con Schwarzenegger y De Vito. Fueron a ver *Las amistades peligrosas*. Imaginaos. Y a pesar de ello, la cita fue todo un éxito. Las gemelas se cuidaron de ponerse unos vestidos de distinto color para que resultara fácil diferenciarlas, mientras que los chicos se presentaron con unos vaqueros y unos polos blancos, así que se les veía igualitos. Después de la película se fueron a cenar, y en un momento dado, que Nicky todavía recordaría años después por la vergüenza que pasó, esta besó a Adam porque creyó que era Todd.

Cuando conocéis a un chico o a una chica y os enamoráis, ¿cuál es la sensación más fuerte que tenéis? No sé lo que os pasará a vosotros, pero en esos momentos a mí siempre me parece que me encuentro ante alguien que no tiene igual en el mundo. Mientras que estando Michelle y Adam cenando aquella noche, uno frente al otro, ¿qué era lo que sentían? ¿Que no había otro en el mundo como Adam? ¿Que no había otra en aquella mesa como Michelle? Sea como fuere, aquello acabó en boda. Aunque en realidad, eso no es del todo exacto, porque aquello, en realidad, acabó en un asesinato, aunque en una fase intermedia pasara por lo del matrimonio.

Michelle y Adam se casaron un año después de que Todd le pusiera a Nicky el anillo en el dedo. Unos gemelos idénticos casándose con unas gemelas idénticas. No sé si eso habrá pasado alguna vez en la historia. Y no me refiero solo a la de Florida, sino a la del mundo. Resultaba tan extraño que hasta acudieron a ellos desde un programa de la tele, y no una cadena local, sino una de las grandes, la CBS, pero Michelle dijo que no, que se sentiría como la mujer barbuda del circo.

–Porque no nos llevan por algo que hayamos hecho –intentó explicarle a Adam–, nos llevan solamente porque les parece raro y curioso. Seguro que nos dicen que nos vistamos igual y empezarán a preguntarnos a Nicky y a mí por qué llevamos el mismo peinado, y aunque intentemos explicarles que porque es el peinado que mejor nos sienta, sonará de lo más ridículo. Seguro que el presentador nos pincha con mil y una preguntas para hacernos quedar mal. Y la gente en casa se reirá, y lo mismo haréis Todd y tú, porque os reís de todo, y yo no sabré dónde meterme. ¿Lo entiendes?

Adam no lo entendía. Él se moría de ganas de salir en ese programa. Nunca había estado en la tele y sabía que los compañeros de trabajo lo llevarían en palmitas si lo veían en un programa tan popular como ese. Y los clientes, también. Aquello podría ser para él una experiencia inolvidable, pero ni tan solo intentó discutir. Porque con Michelle, desde el momento en el que decidía algo, ya no había manera de que te escuchara. Al final, sin embargo, Adam consiguió salir en la tele, y no de cualquier

manera, sino en el horario de mayor audiencia y en todo el continente, de costa a costa. Él en persona no fue invitado al plató, pero toda América lo vio en el nostálgico blanco y negro jugando al baloncesto, vestido con el uniforme del instituto de Jacksonville. Y justo en el momento en el que sonreía saludando a la cámara, pudo verse a Todd saliendo de la nada, acaparando el primer plano y anotándose una canasta.

–Ya entonces –dijo el presentador–, podía apreciarse la rivalidad entre ellos.

Y no es que hubiera ninguna rivalidad entre ellos, pero así es la tele.

En la realidad Adam y Todd se llevaban de maravilla y la verdad es que las dos parejas tenían una relación inmejorable. Vivían bastante cerca y los fines de semana salían juntos. Cuando empezaron a hablar de hijos, hasta planearon tenerlos más o menos a la vez, para que no se criaran solos. Y todos esos planes se habrían cumplido, de no haber sucedido lo que sucedió. No es que nadie lo sospechara. La verdad es que echando la vista atrás, habría sido difícil sospechar algo así. Porque aunque cualquier vecino hubiera visto a Nicky y a Adam besándose en la calle o en la terraza, seguro que habría creído que se trataba de Todd, o que ella era Michelle. Y así fue como su romance duró más de un año. En un momento dado hasta pensaron en tirarlo todo por la borda y contárselo al mundo entero, divorciarse y casarse ellos dos. Pero Nicky sabía que aquello destruiría a Michelle, y Adam también sentía un poco de pena por ella, lo mismo que por Todd, que aunque le hubiera hecho trastadas en más de una ocasión, siempre lo había querido y le deseaba lo mejor. Después también hubo un tiempo en que Nicky quiso que cortaran. Eso fue cuando empezó a sospechar que Todd los había descubierto. No es que hubiera pasado nada en concreto, pero ella tenía la corazonada de que Todd lo sabía, así que dejó de verse con Adam durante unas cuantas semanas, aunque después volvieron, porque no estar juntos les resultaba del todo imposible a los dos.

Cuando conocí a Nicky, hacía ya bastantes años que todo aquel asunto había terminado en tragedia. Para entonces Adam había muerto y Todd llevaba ya muchísimo tiempo en la cárcel. Michelle no había vuelto a dirigirle la palabra a su hermana desde que el asunto se descubrió. En su caso, el día en que Todd le descerrajó tres tiros a bocajarro a Adam en la cabeza. La verdad es que Michelle nunca había sido de las que perdonan. Por entonces yo estaba de profesor invitado en una universidad del Medio Oeste y Nicky era la secretaria del departamento. Lo de su historia se lo oí por primera vez a otro profesor del departamento, también un profesor invitado, de Eslovenia, y después lo supe por ella. Eso fue antes de que nos acostáramos.

Nicky me contó que se había marchado de Florida para olvidar, pero que no le había servido de nada porque también allí todos lo sabían y no hacían más que comentarlo a sus espaldas. Me dijo que de un modo muy extraño, «perverso», como seguro que su hermana Michelle lo habría calificado, sentía una gran añoranza por todo ese asunto de ser gemelas, por la manera en que la gente la confundía con Michelle por la calle.

–De alguna manera –recuerdo que me contó justo antes de que nos besáramos–, cuando tienes una hermana gemela, te sientes como más presente. Como si fueras más ser humano, porque aparte de tu propia vida tienes otra vida para vivir. El hecho de que alguien te diga «Te he visto hace una hora comiéndote un helado de vainilla» o «Te he visto en la parada del autobús con un vestido rosa», te deja la libertad de que le expliques que era tu hermana, aunque de alguna forma sientas que un poco has sido tú la que te has comido el helado o llevabas el vestido rosa, y esa es una sensación muy rara, porque es como si vivieras más y pudieras hacer en esa vida ampliada que tienes todo tipo de cosas misteriosas de las que nunca vas a saber nada.

Aunque no solo echaba de menos eso, sino también a su marido y, sobre todo, a Adam. Al hombre que era igualito, pero idéntico al marido que ahora tenía en la cárcel, pero al que sin que pudiera justificar por qué amaba muchísimo más.

Aquella noche yo también le hablé de mi vida. Y de mis infidelidades. No con la hermana gemela de mi mujer, sino simplemente con una cualquiera del trabajo. Era más joven que mi mujer aunque muchísimo menos atractiva, pero yo también me sentía entonces como Nicky, es decir, que con aquello ganaba otra vida. Y no necesariamente mejor ni más prometedora que la que ya tenía. Pero como creía que esa vida me llegaba además en lugar de la mía, me lancé a ella sin pararme a pensarlo ni un segundo. En mi caso nadie le disparó a nadie y mi mujer, a pesar de que sospechaba, ni siquiera nos pescó, así que seguimos estando juntos. Solo que al igual que todas esas cosas de la vida que crees que son gratis, también por ese romance en el trabajo tuve que pagar algo. Cuando me ofrecieron este puesto en el extranjero por un año, ella prefirió quedarse en Israel. La causa oficial fueron los niños, a los que les resultaría muy difícil trasladarse por un año, pero la verdad es que lo que ella quería era poder estar un poco lejos de mí por un tiempo.

Cuando conocí a Nicky fue mucho después de que me hubiera prometido a mí mismo que no cometería más infidelidades. Y a pesar de eso lo hice. Y no es que se tratara de un gran amor. Solo fue un nuevo intento de los dos por ganar un poco más de vida.

Mundos paralelos

Existe una teoría científica que sostiene que hay millones de universos paralelos a este en el que nosotros vivimos y que todos son un poco diferentes. Los hay en los que nunca has nacido y otros en los que no hubieras querido nacer. Hay mundos paralelos en los que ahora estoy teniendo relaciones sexuales con un caballo y otros en los que acaba de tocarme el gordo de la lotería. Los hay en los que yazco desangrándome lentamente en el suelo del dormitorio y otros en los que soy elegido por mayoría absoluta como presidente de la nación. Pero toda esa variedad de mundos no me interesa para nada en estos momentos. Solo me interesan los mundos en los que ella no esté felizmente casada y no tenga un dulce hijito. En los que esté completamente sola. Hay muchos universos así, estoy convencido de ello. Ahora estoy intentando pensar en ellos. También hay mundos en los que nunca nos hemos llegado a conocer. Pero esos tampoco me interesan en estos momentos. De los que quedan, los hay en los que no me quiere y me dice que no. En algunos con delicadeza y en otros hirientemente. Todos esos tampoco me interesan. Ahora solo quedan los mundos en los que me dice que sí y entre ellos escojo uno, un poco como cuando se escoge un níspero en la frutería. Escojo el más bonito, el más maduro, el más dulce. Jamás ni el mundo más caliente ni el más frío, y vivimos en él en una cabaña del bosque. Ella trabaja en la biblioteca municipal de la ciudad que está a cuarenta minutos en coche de nuestra casa y yo trabajo en la delegación regional de educación, en el edificio de enfrente de donde ella trabaja. Desde la ventana de mi despacho a veces la veo recolocando los libros en las estanterías. Siempre desayunamos juntos. La amo, y ella me ama. La amo, y ella me ama. La amo, y ella me ama. Daría cualquier cosa por mudarme a ese mundo, pero entre tanto, hasta que encuentre el camino que lleva a él, solo me queda pensar en él, que no es poco. Pensar que soy yo el que vive en medio del bosque, con ella, en la felicidad más absoluta. Hay un sinfín de mundos paralelos. En uno de ellos ahora estoy teniendo relaciones sexuales con un caballo, y en otro acaba de tocarme el gordo de la lotería. Ahora no quiero pensar en ellos, sino solo en ese otro, solo en ese mundo de la cabaña del bosque. Hay un mundo en el que estoy echado en el suelo del dormitorio con las venas cortadas, desangrándome. Ese es el mundo en el que estoy sentenciado a vivir hasta que esto termine. Ahora no quiero pensar en él. Solo en ese otro mundo. Una cabaña en el bosque, el sol que se pone, yéndonos a dormir temprano. Y en la cama, mi brazo derecho está intacto, seco, y ella yace sobre él porque estamos abrazados. Se apoya tanto rato en él que empiezo a dejar de notarlo. Pero no me muevo, porque estoy muy a gusto con el brazo debajo de su cálido cuerpo, y sigo estando muy a gusto incluso cuando dejo de sentir el brazo por completo. Noto su respiración en la cara, tan rítmica, tan acompasada, interminable. Ahora se me están empezando a cerrar los ojos. No solo en ese mundo, en la cama, en el bosque, sino también en los demás mundos en los que ahora no quiero pensar. Me encanta saber que hay un lugar, en el corazón del bosque, en el que me estoy quedando dormido siendo completamente feliz.

Upgrade

Hablo demasiado. A veces llega ese momento en el que hablo y hablo y hablo y mientras hablo me doy cuenta de que la persona que tengo al lado ya no me escucha. Sigue asintiendo, pero tiene los ojos vidriosos. Está pensando en otra cosa, en algo mejor que lo que yo le estoy diciendo. Aunque podría discrepar de esta observación, claro está. Podría discrepar de todo. Mi mujer sostiene que soy capaz de ponerme a discutir hasta con la lámpara de lectura de la mesilla de noche. Podría discrepar, pero no merece la pena. La persona en cuestión ya no me escucha. Está en otro mundo. En su opinión, mejor. ¿Y yo? Yo sigo hablando, hablando y hablando. Como un coche que, aun teniendo el freno de mano echado y las ruedas bloqueadas, sigue deslizándose por la carretera. Querría dejar de hablar, pero las palabras, las frases y las ideas tienen su inercia. Resulta imposible pararlas de golpe. Sellar los labios y dejar de decirlas, detenerse, así, a media frase. Hay personas capaces de hacerlo, lo sé. Sobre todo las mujeres. Y cuando lo hacen, el que está a su lado se siente culpable y automáticamente, entonces, lo que desea es inclinarse hacia ellas para abrazarlas y decirles: «Lo siento». Para decirles: «Te quiero». Daría la mano derecha por poder hacerlo, es decir, por ser capaz de callarme en seco. Porque sabría cómo sacarle partido. Dejaría de hablar cuando estuviera junto a las chicas que más merecieran la pena y entonces ellas querrían abrazarme para decirme: «Te quiero». Y aunque al final no lo hicieran, solo el hecho de que lo hubieran deseado habría valido la pena. Y mucho.

Hay un día concreto en el que no consigo dejar de hablar junto a un hombre que se llama Michael. Es diseñador gráfico de un periódico ultrarreligioso de Brooklyn y vuela de Nueva York a Louisville, en Kentucky, para pasar los días de la Fiesta de los Tabernáculos en la *sukah* de uno de sus tíos. No es que se sienta muy unido a ese tío suyo y tampoco es que le enloquezca Louisville, pero el tío le ha regalado el pasaje de avión y Michael está encantado con los puntos que el vuelo le va a dar. Tiene que viajar a Australia dentro de unos meses y con los puntos del viaje a Louisville puede obtener el *upgrade* a clase preferente. «En los vuelos largos», me dice Michael, «la diferencia que hay entre ir en turista o en clase preferente es como de la noche al día». –¿Y tú qué prefieres, el día o la noche? –le pregunto–. Porque yo, normalmente, soy un tipo nocturno, aunque también el día tiene algo especial, irradia algo. La noche es más silenciosa y más fresca, y eso es algo muy a tener en cuenta, por lo menos para mí que vivo en un país en el que hace muchísimo calor. Pero por la noche te puedes llegar a sentir mucho más solo si no tienes a alguien a tu lado. Supongo que me entiendes, ¿verdad?

–Pues no, no te entiendo –dice Michael en un tono muy seco.

–Que no soy gay, ¿eh? –exclamo, al darme cuenta de que lo he puesto muy nervioso. Ya sé que todo eso de sentirse solo por la noche puede sonar a que soy gay, pero no lo soy. En los más de treinta años que llevo en este mundo solamente le he dado un beso en la boca a un hombre en una ocasión y, además, medio por equivocación. Estaba haciendo la mili y había allí un soldado que se llamaba Tzliil Drucker. Un día llevó hachís a la base y me invitó a que fumara con él. Me preguntó si había fumado hierba antes, y le dije que sí. No es que quisiera mentirle, pero me pasa que cuando alguien me pregunta algo que me pone nervioso, siempre digo que sí. Por agradar. Cualquiera día voy a tener un buen disgusto. Imaginaos que entra un policía en la habitación en la que me encuentro, me ve junto a un cadáver y me pregunta: «¿Lo has

asesinado tú?». Pues la cosa puede llegar a terminar pero que muy mal. O supongamos que el policía me pregunta: «¿Eres inocente?». Entonces no me pasaría nada. Pero la verdad, ¿qué posibilidades tienes de que un policía te diga esto último? El caso es que nos pusimos a fumar juntos y fue una experiencia muy especial. La droga, simplemente, me cerró la boca. No necesitaba hablar para existir. Y Tzlil me contó que había pasado un año desde que se separó de su novia. Que hacía un año que no besaba a una mujer. Recuerdo que esa fue la palabra que empleó, «mujer». Le dije que yo nunca había besado a una mujer. Ni a una chica. Ni a una niña. Me refería a darle un beso en la boca. En la mejilla había besado a un montón. A mis familiares y gente por el estilo. Tzlil me miró y no dijo nada, pero vi que estaba muy sorprendido. Y entonces, de repente, nos besamos. Le noté la lengua áspera y con un sabor ácido, como el óxido de la barandilla del paseo marítimo. Recuerdo que creí que todas las lenguas y los besos que en un futuro habría en mi vida serían así. Que el hecho de que hasta entonces no me hubiera besado con nadie no había supuesto que me perdiera nada especial. Entonces Tzlil dijo:

–No soy gay.

Y yo me reí y comenté:

–Pues tienes nombre de gay.

Y eso es todo. Ocho años más tarde me lo encontré en un puesto de *hummus* y cuando lo llamé por su nombre, Tzlil, me dijo que ya no se llamaba así, que se había cambiado el nombre en el registro civil del Ministerio del Interior por el de Tsaji. Espero que no fuera por lo que yo le había dicho.

Michael, ahí sentado a mi lado, hace ya rato que no me escucha. Al principio me ha parecido que se ha puesto nervioso porque ha creído que yo le estaba tirando los tejos, pero después he empezado a sospechar que el que es gay es él y que se ha sentido ofendido por la historia que le he contado, porque parece que lo que digo es que es asqueroso besarse con un hombre. Y eso que al mirarlo ahora a los ojos no veo en ellos ni ofensa ni nerviosismo, sino solo el montón de puntos que este vuelo le va a dar para que consiga el *upgrade* y pueda volar con unas azafatas más amables, un café más rico y más sitio para las piernas. Y al ver eso, me siento culpable. No es la primera vez que lo veo en los ojos de las personas con las que estoy hablando, y no me refiero a lo de más sitio para las piernas, sino a lo de que no me escuchan porque se han puesto a pensar en otra cosa. Siempre me siento culpable. Y eso que mi mujer me dice que no tengo por qué. Que eso que hago de hablar tanto es, en realidad, una petición de auxilio. Que no importa lo que salga de mi boca, que lo que de verdad estoy diciendo es «socorro».

–Piénsalo –me dice–, mientras tú gritas «socorro» ellos están pensando en otra cosa. Si alguien debería sentirse incómodo, tendrían que ser ellos, no tú.

La lengua de mi mujer es suave y agradable. Su lengua es el mejor lugar del mundo. Si fuera un poco más ancha y otro poco más larga, me instalaría a vivir ahí. Me envolvería en ella como un trocito de pescado en arroz. Cuando pienso en la lengua con la que empecé a besarme y adonde he llegado al final, puedo decir que realmente he hecho algo bueno de la vida. Puedo decir que yo también he hecho mi *upgrade*. La verdad es que nunca he volado en clase preferente, pero si la diferencia que hay entre ella y la clase turista es como la diferencia entre la lengua de mi mujer y la del tal Tzlil-Tsaji Drucker, estaría dispuesto a vivir toda una semana en la *sukah* más triste de todas y con el tío más marimandón del mundo con tal de obtener el *upgrade*.

Ahora nos comunican que en breves minutos aterrizaremos. Yo sigo hablando y Michael no me escucha. El globo terrestre continúa girando sobre su eje. Cuatro días más y ya está, cariño. Dentro de cuatro días regreso contigo. Dentro de cuatro días podré volver a callar.

Guayaba

No se oía el ruido de los motores del avión. No se oía nada. Excepto, quizá, el silencioso llanto de las azafatas a una distancia de unos cuantos asientos por detrás del suyo. A través de la elíptica ventanilla, Shkedi observaba una nube que revoloteaba justo debajo de él. Imaginó el avión atravesándola en su caída como una piedra, taladrándole un boquete que volvería rápidamente a cerrarse con el primer soplo de viento sin dejar tras de sí ni la marca de una cicatriz. «Por favor, que no se caiga, que no se caiga», pensaba Shkedi.

Cuarenta segundos después de que Shkedi se hubiera extinguido, apareció un ángel todo vestido de blanco y le contó que le había tocado en suerte que se cumpliera el último deseo de su vida. Shkedi quiso averiguar qué significaba exactamente eso de que le hubiera «tocado en suerte». ¿Se refería a que le había tocado como en una tómbola o se trataba de algo más halagüeño, «tocar» en el sentido de «lograr», como logro o recompensa por sus buenas obras? Pero el ángel se encogió de hombros.

–No lo sé –le reconoció con su angelical sinceridad–, a mí solo me han dicho que venga a cumplirlo de inmediato, pero no me han dicho por qué.

–Lástima –dijo Shkedi–, porque me resultaría superinteresante saberlo, especialmente ahora que estoy a punto de dejar este mundo y todo eso. Es muy importante para mí saber si me voy de él y ya está o si además me llevo una palmadita en el hombro.

–Cuarenta segundos y empiezas –le dijo el ángel con indiferencia–. Si quieres quemar esos cuarenta segundos en discusiones, por mi parte no hay problema. Pero que ninguno. Pero ten en cuenta que la ventanilla de tus oportunidades se va a cerrar.

Shkedi lo tuvo en cuenta y se apresuró a pedir su deseo, pero no sin antes decirle al ángel que hablaba muy raro. Es decir, para ser un ángel. Y este se ofendió.

–¿Qué quieres decir con eso de «para ser un ángel»? ¿Has oído hablar alguna vez a un ángel para que ahora me salgas con estas?

–Pues la verdad es que no –reconoció Shkedi.

El ángel tenía ahora un aspecto mucho menos angelical y agradable, y eso no era nada comparado con la cara que se le puso después de oír el deseo.

–¿La paz mundial? –gritó furioso–. ¿La paz mundial? Pero ¿te estás riendo de mí o qué?

Y en ese momento Shkedi murió.

Shkedi murió y el ángel siguió allí. Se quedó allí plantado con el deseo más molesto y complicado que jamás le hubieran pedido cumplir. Porque por lo general la gente pide un coche nuevo para la mujer o un piso para el hijo. Cosas razonables. Concretas. Pero lo de la paz mundial era una mala jugada. Aquel tipo se había permitido primero importunarlo con todo tipo de preguntas, como si fuera el teléfono de información; después lo había ofendido con lo de que si hablaba raro y para postre va y le suelta lo de la paz mundial. Si no la hubiera palmado se le habría pegado como un herpes y no lo habría soltado hasta hacerle cambiar de deseo. Pero el hombre había enviado ya el alma al séptimo cielo, y cualquiera subía ahora allí a por ella.

El ángel respiró profunda y largamente.

–La paz mundial, ¡ahí es nada! –exclamó el ángel–. ¡Pues vaya con el deseo!

Y mientras todo eso sucedía, al alma de Shkedi ya le había dado tiempo a olvidarse de que un día hubo alguien que se llamaba Shkedi, porque había transmigrado, tan pura e intacta ella, un alma de segunda mano pero como nueva, a una fruta. Sí, a una fruta. Una guayaba.

La nueva alma no tenía pensamientos. La guayaba no tenía pensamientos. Pero sí sentimientos. Y sentía un espantoso pánico. Tenía muchísimo miedo de caerse del árbol. No tenía palabras para describir ese miedo. Pero si las hubiera tenido seguro que habría dicho: «Mamaíta, todo menos caerme, por favor». Y mientras seguía pendiendo del árbol, toda temerosa, empezó a extenderse por el mundo la paz. La paz mundial. Aunque eso en absoluto tranquilizó a la guayaba. Porque el árbol era muy alto y el suelo se veía lejano y duro. «Todo menos caerme», susurraba la guayaba sin palabras, «todo menos caerme».

Fiesta sorpresa

Tres personas esperan junto al interfono. Es una situación extraña. Para ser más exactos, yo diría que algo incómoda y embarazosa.

–¿Tú también vienes al cumpleaños de Avner? –pregunta uno de ellos, que tiene un bigote grisáceo, al que ha llamado al timbre.

Este asiente. También lo hace el tercero, el que lleva un esparadrapo en la nariz.

–Ya... –dice el del bigote, tocándose el cuello de la camisa con un gesto de nerviosismo–. ¿Sois amigos de él?

Los dos asienten. Una voz femenina brota del interfono.

–Subid, subid, piso veintiuno. –Y a continuación se oye el zumbido que abre la puerta.

En el ascensor hay solo veintiún pisos, así que nuestro Avner vive en un ático. De camino hacia arriba el del bigote se sincera y les dice que la verdad es que no lo conoce demasiado. Solo es el director de la sucursal del banco de Ramat Aviv en el que Avner y Pnina Katzman tienen una cuenta. Nunca los ha visto porque hace solo dos meses que lo destinaron a esa sucursal. Antes estaba de director en otra más pequeña, en Raanana. Por eso se ha sorprendido cuando Pnina lo ha llamado para invitarlo a esa fiesta, pero como ha insistido tanto y además le ha dicho que Avner se alegraría de verlo. Resulta que tampoco el del esparadrapo en la nariz puede decir que sea, lo que se dice, muy amigo de la pareja. Es el agente de seguros del marido, solo lo ha visto en un par de ocasiones y, además, de eso hace ya bastante, porque durante los últimos años lo han arreglado todo por correo electrónico. El que ha llamado al timbre, un tipo muy guapo pero con las cejas unidas, es el que mejor los conoce. Es su dentista. Le ha empastado a Pnina cuatro caries y le ha puesto una corona en una muela, mientras que a Avner le ha tenido que hacer dos extracciones, un empaste y un tratamiento de raíz, a pesar de lo cual tampoco es que se pueda decir que sean íntimos amigos.

–Qué raro que nos hayan invitado –comenta el del bigote.

–Será un acontecimiento muy importante –decide el del esparadrapo.

–Yo no pensaba venir –confiesa el de las cejas unidas–, pero como Pnina es tan sensible.

–¿Es guapa? –pregunta el del bigote.

Esa no es una pregunta que cabría esperar del director de una sucursal bancaria, lo reconoce. El de la ceja asiente al tiempo que se encoge de hombros, como diciendo: «Sí, ¿pero a nosotros qué?».

Pnina, realmente, es muy guapa. Tendrá unos cuarenta y pico y aparenta exactamente la edad que tiene, con sus primeras arrugas y sin operaciones que pretendan disimular nada. Si para cada mujer existe una fantasía sexual masculina, piensa el del bigote mientras estrecha la floja mano de ella, la que le va a Pnina es la fantasía de «la damisela en apuros», porque irradia una especie de inseguridad que parece demandar ayuda. Fuera de ellos tres todavía no ha llegado nadie, tan solo los del *catering*, que están dejando allí más y más fuentes cubiertas con papel de aluminio y unas bandejas de apretados canapés. No, los tranquiliza Pnina, no han llegado demasiado pronto. Son los demás los que se están retrasando.

–Ha sido culpa mía –aclara ella–, por decidirlo todo a última hora. Por eso no os he podido hacer llegar la invitación hasta hoy. A todos. Os pido disculpas.

El del bigote le dice que no hay motivo y el de las cejas se dirige tan campante hacia las bandejas y empieza a dar buena cuenta de los canapés. Estos están tan

perfectamente colocados que cada vez que se come uno parece que a la bandeja le hayan arrancado un diente. Sabe que lo que está haciendo no es de buena educación y que lo mejor sería esperar a que llegaran los demás invitados, pero está muerto de hambre. Le ha estado operando a un viejo las dos encías durante tres horas y media por ponerle unos implantes y después solo le ha dado tiempo de cambiarse de ropa y salir volando para allí. Ni siquiera ha tenido tiempo de pasar por casa. Así que ahora tiene hambre, aunque por otro lado también se siente incómodo. Los canapés están buenísimos. Se lleva uno más a la boca, el quinto ya, y después se acomoda en un sillón. El salón del piso es sencillamente gigantesco y tiene una gran puerta de cristal que conduce a la azotea. Pnina les cuenta que ha invitado a trescientas personas, a todo el que ha encontrado en la PDA de Avner. No todos irán, lo sabe, y menos habiendo sido invitados con tanta precipitación, pero lo van a pasar muy bien. La última vez que le organizó una fiesta sorpresa fue hace diez años. Entonces vivían en India, por los negocios de Avner, y uno de los invitados les llevó como regalo un cachorro de león, porque en India son mucho más flexibles con lo de las leyes relacionadas con los animales salvajes o quizá es que la gente las obedece menos. El cachorro de león era la cosa más mona que Pnina había visto en la vida. Y es que aquella fiesta, en general, resultó todo un éxito. No es que espere que también hoy alguien vaya a llevarles un león, pero va a llegar mucha gente, se tomarán juntos unas copas, se reirán y también lo pasarán muy bien. Desconectar es algo que todos necesitan, sobre todo Avner, que lleva meses trabajando como un negro en la emisión de bonos.

La anécdota de India le recuerda algo al del bigote, y es que también él les ha llevado un regalo. Se saca, pues, del bolsillo una cajita alargada envuelta en un papel de regalo con el logo del banco grabado.

–Es algo simbólico –dice en tono de disculpa–, y no es solo de mi parte, sino de toda la sucursal.

La verdad es que ahora no resulta fácil entregar un regalo después de la sorprendente anécdota del león. Pero Pnina le da las gracias y un abrazo al del bigote, gesto, este último, un tanto extraño teniendo en cuenta que no se conocen, o eso por lo menos es lo que piensa el del esparadrapo. Pnina se empeña en que, de momento, el del bigote se guarde el regalo y que se lo dé a Avner personalmente. Está convencida, dice, de que Avner se va a alegrar muchísimo, porque siempre le han gustado los regalos. Estas últimas palabras hacen que el de las cejas se sienta incómodo por no haberles llevado uno. Tampoco el del esparadrapo ha llevado nada, pero por lo menos no ha tocado los canapés, mientras que el de las cejas, de momento, ya se ha ventilado seis, además de dos trozos de pescado en salazón y una pieza de *sushi* de pulpo, que el muchacho del *catering* que ha colocado allí las bandejas se ha empeñado en repetir que no es *kosher*. El de las cejas sabe que no debía haber ido, pero ahora no le va a quedar más remedio que esperar a que lleguen Avner y todos los demás y entonces, al amparo del barullo de la fiesta, podrá largarse. Pero hasta que eso sea posible, sabe muy bien que va a tener que seguir allí atrapado. Solo que han pasado ya veinte minutos desde que cruzó la puerta y allí no ha aparecido ningún invitado más.

–¿Cuándo has dicho que va a venir Avner? –pregunta el de las cejas, tratando de aparentar despreocupación.

Pero no funciona, porque Pnina se pone muy nerviosa.

–Ya debería estar aquí –responde–, pero como no sabe nada de lo de la fiesta, puede que se haya entretenido un poco.

Después le sirve al de las cejas una copa de vino. Él rechaza el ofrecimiento, pero Pnina insiste. El del esparadrapo le pregunta si hay coñac. Eso alegra mucho a Pnina, que corre con sus finos tacones hasta el mueble bar que hay en un rincón del salón y saca de él una botella. Seguro que los chicos del *catering* también han llevado coñac, pero no tan bueno como ese.

–La botella no bastaría para todos los invitados, pero vamos a brindar nosotros con una copita en *petit comité*.

Le sirve también una copa al del bigote, otra para ella misma y los tres levantan las copas. El del bigote, que ve que nadie va a decir nada, se apresura a tomar la iniciativa. Les desea a todos los presentes muchas fiestas y muchas sorpresas, todas agradables, claro está. Y a Avner le desea que no tarde demasiado, porque de lo contrario, cuando llegue, no le va a quedar nada que tomar ni que comer. Pnina y él se ríen. El de las cejas cree que aquello ha sido una indirecta dirigida a él. Es verdad que ha comido mucho desde que llegó, pero de todos modos le parece que ha estado muy feo que el del bigote lo haya vendido para poder hacer una broma. Y lo mismo Pnina. Le ofende que se esté riendo de una burla tan barata, dejando al descubierto unas coronas que no llevaría si no fuera por él. Así que decide que ya está bien, que es hora de irse. Lo hará muy educadamente, para no herir susceptibilidades, pero muy dignamente, porque tiene una mujer que lo está esperando en casa, y ahí, por el contrario, no hay nada, excepto un ambiente algo tirante y *sushi* que no es *kosher*. La reacción de Pnina ante la tartajosa intentona de despedida del de las cejas es exagerada.

–No puedes marcharte –le dice acariciándole la mano–, esta fiesta representa tanto para Avner, y sin ti... Además de que casi no ha venido nadie. Pero vendrán –se apresura a corregirse–, seguro que han tenido algún percance por el camino, a esta hora hay muchos embotellamientos, pero si Avner llega antes que ellos verá solo a dos personas. Unas personas maravillosas, sí, pero solamente dos. Sin contar con el personal del *catering*, claro está. Puede resultarle muy deprimente, y lo último que necesita alguien el día de su cincuenta cumpleaños es deprimirse. Porque es una edad ya de por sí difícil. Y Avner, además, ha tenido una vida muy complicada durante los últimos meses, así que solo le falta encontrarse con este salón vacío cuando venga.

–Pues tres también es muy poco –observa el de las cejas con malicia.

La verdad es que si él fuera Pnina, añade, lo anularía todo y recogería antes de que Avner llegase.

Pnina se aviene de inmediato. Llama al jefe del *catering* y le pide que dejen de subir más comida y que, de momento, se queden abajo esperando en el vehículo. Cuando lleguen los demás invitados les enviará un SMS para que vuelvan a subir.

–Y hasta entonces –les dice a todos, sin soltarle la mano al de las cejas–, sentémonos aquí en el salón a esperar a Avner mientras nos tomamos una copa. Puede que desde el principio hubiera tenido que pensar en algo más íntimo. Porque la verdad es que los cincuenta ya no es una edad para mucha marcha ni música atronadora. Los cincuenta es más bien una edad para charlas interesantes con personas profundas y cercanas.

Al de las cejas le gustaría decirle que ninguno de los que están allí se siente muy cercano a Avner, que digamos, pero como ve que Pnina está al borde de las lágrimas decide callarse mientras se deja arrastrar hacia el sofá. Ella lo sienta allí, y el del bigote y el del esparadrapo se apresuran a sentarse también. El del bigote es especialista en tranquilizar a la gente, porque ha tenido que mantener durante su vida no pocas conversaciones con clientes que habían perdido todo su dinero por la caída de esta o aquella inversión, y siempre ha sabido cómo comportarse, especialmente con las mujeres. Así que se pone a contar un chiste tras otro, les sirve bebida a todos y posa una mano consoladora en el pálido hombro de Pnina. Si en esos momentos se apareciera allí un desconocido, creería que son pareja. El del esparadrapo tampoco se las apaña mal. A su favor juega el hecho de que no tiene adónde ir. Está casado con una mujer a la que siempre parece que se le acaba de morir alguien, y tienen un niño repelente de dos años al que le toca a él bañar esa noche. Aquí, por lo menos, puede estar sentado, beber un poco y relacionarse con alguien que ha tenido algo más de éxito que él en la vida, por lo menos económicamente, y oficialmente hasta puede

considerarse que está de servicio. Al volver a casa, cuando le apetezca, lo único que va a tener que hacer es poner cara de circunstancias y contar cómo le han estado calentando el tarro toda la noche sin que haya podido ni rechistar por tratarse de unos buenísimos clientes. «Ya ves», le dirá a su mujer, «por ganarme el pan me toca escuchar las estupideces que diga la gente, igual que te toca hacer a ti...». Pero entonces se callará, como sorprendido por el hecho de que se le haya podido borrar de la mente por un solo instante que hace ya más de dos años que su mujer no trabaja y que ahora el yugo recae solo sobre él. Seguro que entonces ella se echará a llorar y dirá que no tiene la culpa de su depresión posparto, que se trata de un mal médicamente diagnosticado, que no es que sean ideas suyas sino que es algo químico, como cualquier otra enfermedad. Si pudiera le encantaría poder volver a trabajar, pero no se ve capaz, no... Y entonces él la interrumpirá para disculparse. Le dirá que no se refería a eso, que lo ha dicho por decir. Y ella lo creerá, o no. Aunque con una relación tan deteriorada como la de ellos, qué más dará. El del bigote parece adivinar todo lo que le pasa por la mente, porque le sirve otro coñac. «Este tipo del bigote es realmente increíble», piensa el del esparadrapo, «un hombre muy especial. El de las cejas, por el contrario, me pone nervioso. Es un neurótico. Al principio no ha dejado de comer y ahora no hace más que mirar el reloj. Antes, cuando Pnina intentaba convencerlo para que se quedara, ha estado a punto de interrumpirla con un grito para decirle que lo dejara en paz y que se largaba. La verdad es que no nos hace ninguna falta aquí. ¡Ni que fuera un amigo de la infancia de Avner! ¡Pero si todo lo que ha hecho es sacarle una muela! La verdad es que pensándolo bien es muy extraño que sean ellos tres los únicos que han llegado. ¿Qué dice eso de los verdaderos amigos de Avner? ¿Que son unos egoístas redomados? ¿Que pasan de él? ¿O que ni siquiera existen?».

El interfono suena y Pnina corre a contestar. El del bigote guiña el ojo al de las cejas y al del esparadrapo y les propone otra ronda de coñac.

—No te preocupes —le dice al de las cejas, como si fuera uno de los clientes del banco que se hubiera metido en un lío—, todo se arreglará.

El que ha llamado al interfono no es otro que el del *catering*. Como su furgoneta le está impidiendo el paso a alguien, pregunta si no podría hacer uso del aparcamiento del edificio. A Pnina no le da tiempo a responder y ya está sonando el teléfono. Se apresura a contestar. Al otro lado de la línea hay un absoluto silencio.

—Avner —dice—, ¿dónde estás? ¿Va todo bien?

Sabe que se trata de Avner porque el número del móvil de este aparece en la pantallita. Pero no obtiene respuesta del otro lado de la línea, sino solo el sonido de alguien que cuelga.

Pnina se pone muy nerviosa. Rompe a llorar. Pero se trata de un llanto muy extraño. Tiene los ojos húmedos y sacude el cuerpo entre espasmos, pero como no hace nada de ruido a lo que más se parece es a un teléfono móvil en posición vibratoria. El del bigote se apresura hacia ella y le quita la copa de coñac de la mano antes de que se le caiga y la rompa.

—Avner no está bien —dice Pnina abrazándose con fuerza al del bigote—, algo le pasa. Lo sabía, todo este tiempo lo he sabido. Por eso he decidido hacer la fiesta, para animarlo.

El del bigote la acompaña hasta el sofá y la sienta al lado del de las cejas. El de las cejas parece estar ya hasta las narices de todo el asunto. Cuando Pnina ha corrido hacia el teléfono ha pensado que en cuanto volviera le diría que tiene que irse, que su mujer lo está esperando, o algo parecido, pero después de esa llamada sabe que ya no va a poder marcharse. Ahora la tiene ahí al lado. Oye su respiración, que ya no es rítmica. Y está palidísima. Se diría que está a punto de desmayarse. El del esparadrapo le trae un vaso de agua y el del bigote le acerca el vaso a los labios. Ella toma un poco de agua, luego un poco más y empieza a tranquilizarse. «Qué susto», piensa el de las

cejas. «Me gustaría saber qué es lo que le ha dicho por teléfono», piensa el del esparadrapo. «Incluso siendo tan débil», piensa el del bigote, «incluso al borde del desmayo, es tan mujer». Nota cómo en las profundidades de su pantalón está empezando a tener una erección y espera que nadie de los que están allí se dé cuenta. El interfono suena otra vez. Vuelve a ser el del *catering*, que sigue esperando la respuesta acerca de lo del aparcamiento. Es una hora muy problemática y encontrar aparcamiento en la calle para un vehículo comercial va a resultar imposible. El del esparadrapo, que sigue puesto al interfono, repite la pregunta en voz alta. El del bigote le indica con un gesto de la cabeza que le diga que de acuerdo. Pero cuando ya se lo ha dicho, Pnina, aunque medio desmayada, murmura que no utilicen el aparcamiento del edificio. Hay un vecino en el piso diecisiete que siempre pone pegatas. Hace una semana fue a visitarla un conocido que se quedó una hora, no, incluso menos, y se le llevó el coche la grúa. El de las cejas se ofrece voluntario para bajar y decirle al del *catering* que no pueden hacer uso del aparcamiento. Desde allí, piensa para sus adentros, el camino hasta su casa será más corto. Pero el del bigote le dice que mejor que se quede porque como Pnina no está bien es preferible que haya un médico cerca. –Soy médico odontólogo –dice el de las cejas recalcando la palabra *odontólogo*.

–Ya sé que eres médico odontólogo –responde el del bigote recalcando la palabra *médico*.

Pnina dice que tienen que ir urgentemente al despacho de Avner. No es normal que llame así para luego colgar. Y es que últimamente no está bien. Se hincha a pastillas. Le ha dicho que son para el dolor de cabeza, pero ella sabe muy bien cuáles son las pastillas para el dolor de cabeza y lo que Avner está tomando no es ni Acamol ni Advil, sino unas pastillas de color negro, elípticas, que no se parecen a ninguna pastilla que ella haya visto antes. Y por las noches tiene pesadillas, lo sabe, porque lo ha oído gritar en sueños.

–Hablad con Kojavi –gritaba–, hablad con Kojavi.

Y cuando lo despertó le dijo que no pasaba nada y que él no conocía a ningún Kojavi. Pero ella sabe que Avner sí conoce a un Kojavi, porque su teléfono está en la PDA. Y de todos los teléfonos es el único al que Pnina no ha llamado para invitarlo, porque ha creído que podría enturbiar el ambiente.

–No sé qué va a pasar –dice Pnina–, tengo miedo.

El del bigote asiente y propone que vayan los cuatro al despacho de Avner para ver si todo anda bien.

El de las cejas dice que son unos exagerados y que lo primero que hay que hacer es que Pnina lo llame por teléfono. Puede que la conversación se haya cortado accidentalmente. Eso es algo frecuente. Puede que a Avner le pase algo, pero también cabe la posibilidad de que le pase algo a la compañía de teléfonos, así que antes de salir corriendo para Herzliya deberían averiguarlo. Pnina marca el número del despacho de Avner con mano temblorosa. Pone el teléfono en modo de altavoz. Al del esparadrapo le parece muy raro que ella haga eso. ¿Y si Avner contesta y le dice algo muy íntimo o le suelta un improperio? Puede resultar bastante bochornoso. Pero al otro lado de la línea, nadie responde. El de las cejas le propone que intente llamar al móvil de Avner, y Pnina lo hace. Le responde el buzón de voz diciéndole que ese es el buzón de Avner Katzman y que si se trata de algo urgente que llame a su secretaria o que le envíe un SMS porque no escucha los mensajes grabados. El del bigote no conoce a Avner, pero solo por su tono de voz sabe que no le va a gustar. Parece una persona muy altiva. Tiene la voz de un perdonavidas, de un sociata justiciero. En la sucursal de Raanana tuvo un montón de clientes así, unos tipos que se ofendían muchísimo cada vez que el banco les cobraba una comisión, porque, para ellos, el solo hecho de haber accedido a abrir una cuenta el aquella sucursal era un regalazo que le hacían al banco, y eso de que después de su generoso gesto les quisieran cobrar por tener un talonario

nuevo o por quedarse en números rojos, les parecía un atrevimiento, y hasta una muestra de ingratitud. El de las cejas le pide ahora a Pnina que le envíe un SMS a Avner, pero el del bigote lo interrumpe y dice que ya no tienen tiempo que perder, que tienen que salir todos para el despacho de Avner, y de inmediato. El del esparadrapo se aviene enseguida, porque todo el asunto le parece una interesante aventura. La verdad es que aunque Avner se haya suicidado, a él no le va a afectar, porque el seguro de vida no cubre nada en caso de suicidio, y además en lo relativo a su mujer ahora podrá volver a las cuatro de la mañana y decirle que ha sido por trabajo.

Todos se montan en el coche del del bigote, un Honda Civic nuevo. En el ascensor, el de las cejas todavía ha intentado convencerlos para que se dividan en dos coches, que él y el del esparadrapo irán en su coche, pero el del bigote se lo ha quitado de la cabeza al instante. El del esparadrapo y el de las cejas se sientan atrás, y allí, con los cinturones de seguridad abrochados, parece que salen para una excursión de fin de semana. Lo único que ahora les faltaría es que el del esparadrapo les dijera al del bigote y a Pnina: «Papá, me molesta el esparadrapo». O que el de las cejas les pida que paren en la gasolinera porque tiene pipí. Ese es capaz de todo, infantilizado como está. Si ahora hubiera una guerra, piensa el del bigote, y muchos opinan que la hay, el de las cejas sería la última persona que el del bigote querría tener para que le cubriera la espalda. Que Avner es un coñazo, en eso están todos de acuerdo, pero tío, uno de tus pacientes desaparece, su mujer está en una delicada situación anímica, ¿y lo único en lo que piensas es en zamparte unos canapés y volverte corriendo a casa? El de las cejas está escribiendo un SMS allí atrás, seguro que a su mujer y seguro que algo cínico. El del esparadrapo intenta espiar lo que está poniendo, pero no tiene buen ángulo de visión. Dentro de un momento, cuando llegue el SMS con la respuesta, sí va a poder leerlo, y seguro que pondrá: «Te espero en la cama solo con los calcetines». Cuando el del esparadrapo lo lea, se morirá de envidia. Él nunca en la vida va a recibir un SMS sexy. La última vez que su mujer quiso decirle algo sexy, fue antes de que inventaran los SMS, y a las chicas con las que folla cuando se le tercia les tiene prohibido que le manden mensajes, ni escritos ni de voz. Porque una vez leyó en un periódico que aunque borres el mensaje siempre queda una copia en tu compañía telefónica y luego te pueden hacer chantaje con eso o te puedes meter en un lío.

De camino hacia Herzliya el tráfico es muy denso. Todos los que trabajan en Tel Aviv están ahora volviendo a casa. En sentido contrario, el tráfico sí es fluido. El de las cejas se imagina a Avner llegando a casa en su coche tras un día de trabajo de lo más normal. En la conversación telefónica de antes seguro que ha querido decirle a Pnina que la ama, que siente haber estado tan estresado últimamente y que también lamenta haberle mentado con lo de las pastillas esas de color negro. Son para las almorranas, pero le ha dado vergüenza contárselo, así que le ha vendido la moto de lo del dolor de cabeza. Cuando llegue a casa se va a encontrar a los tipos del *catering* peleándose con el vecino por el asunto del aparcamiento y se limitará a meditar a lo budista sobre cómo la mayoría de las discusiones que tenemos en la vida son por tonterías. Se dirigirá, pues, tan campante hacia el ascensor y cuando llegue a su piso y abra la puerta se va a encontrar con una casa desierta y una botella de coñac medio vacía. Pnina no estará y él se va a sentir muy ofendido. Porque hoy es su cumpleaños. No quiere ni regalos ni fiestas, porque ya han superado la edad de todas esas bobadas, pero ¿es demasiado pedirle a la compañera de tu vida que esté contigo, que simplemente te haga compañía el asqueroso día de tu cumpleaños? Y todo ese rato, piensa el de las cejas, Pnina estará atrapada en un atasco de camino hacia Herzliya. Menuda estupidez.

Pero Avner, ni ha salido en coche hacia su piso en Ramat Aviv ni se encuentra en el despacho, en Herzliya. Cuando finalmente llegan allí los cuatro ya no hay nadie en el despacho, pero el guarda de la entrada les dice que ha visto a Avner marcharse hace

menos de una hora. El guarda añade que llevaba una pistola y que lo sabe porque Avner le ha preguntado cómo se acerroja. Claro que Avner sabe cómo se acerroja una pistola, lo que quiere decir el guarda es que se le había encasquillado y Avner le ha pedido ayuda. Solo que el guarda no es la persona más indicada para poder atender peticiones de ese tipo, porque es un viejo kazajo que se ha dedicado toda la vida a cultivar verduras en un pueblito perdido, y no Rambo. Cuando llegó a Israel quiso trabajar la tierra, pero los de la oficina de empleo le dijeron que los únicos que hoy cultivan la tierra en el país son los tailandeses y los árabes y que lo que puede hacer hasta que se muera es o ser pensionista o trabajar de vigilante. El guarda les cuenta que como no ha podido ayudar a Avner con lo de la pistola, este se ha enfadado muchísimo y hasta lo ha insultado.

–Y eso está muy feo –le dice al del bigote–, no está nada bien insultar a un judío de mi edad. Porque ¿qué le he hecho yo?

El del bigote asiente. Sabe que si quisiera podría calmarlo también a él, pero no tiene fuerzas. Además de que el asunto de la pistola lo inquieta. Mientras iban hacia allí no ha hecho más que pensar que Pnina podía estar exagerando al preocuparse tanto, mientras que ahora se da cuenta de que razón no le falta.

–Si me hubiera preguntado sobre cómo cultivar algo, le habría ayudado –le dice el guarda al del esparadrapo–, porque me gusta ayudar. Pero no sé nada de pistolas. ¿Y por eso me tiene que insultar?

De vuelta hacia el coche Pnina llora. El de las cejas dice que el asunto se les ha ido de las manos, que no pueden hacer nada y que hay que llamar a la policía. El del esparadrapo opina que la policía tampoco va a poder hacer nada. Sin enchufe tiene que pasar por lo menos un día entero hasta que mueven el culo. No es que se le ocurra nada mejor que ir a la policía, pero hace ya rato que está más que harto del de las cejas y lo último que le apetece en esos momentos es darle la razón en algo. El del bigote le acaricia el pelo a Pnina. A él tampoco se le ocurre nada, de momento, y además no puede pensar viéndola llorar así. Es como si el llanto le inundara el cerebro ahogándole los pensamientos antes de que puedan salir a flote. Y el hecho de que el del esparadrapo y el de las cejas se hayan puesto a discutir ahí a su lado, tampoco es que lo ayude a concentrarse.

–Mejor será que os vayáis en un taxi, porque veo que ya no nos vais a ser de gran ayuda –les espeta.

–¿Y qué pensáis hacer, Pnina y tú? –le pregunta el del esparadrapo.

Porque no quiere ni marcharse ni pagar un taxi ni tener que ir hasta Ramat Aviv en compañía del de las cejas. Pero el del bigote no contesta.

–Creo que tiene toda la razón –dice el de las cejas, que ve la ocasión de largarse, además de que es cierto que cree que el del bigote tiene razón, porque el hecho de ser cuatro no ayuda para nada.

El del bigote puede ir con Pnina a la policía solito, que ninguna falta le hace que lo lleve nadie de la mano. Pero al del esparadrapo no le apetece marcharse a casa, justamente ahora que empieza a haber acción, con una pistola de por medio y todo. Si se queda puede que resulte de ayuda y hasta salve al tal Avner, pero aunque solo encuentre su cadáver con el del bigote y con Pnina, será una experiencia inolvidable. Durante los últimos años no ha tenido oportunidad de vivir algo así. Vivió lo de la onda expansiva del misil que rompió los cristales de las ventanas de la casa rural en la que estaban pasando unos días en el norte, cuando la Segunda Guerra del Líbano, o lo del partido de baloncesto en Yad Eliahu, cuando la cámara de la tele lo pescó bostezando en medio del público. Puede que también debería contabilizar el nacimiento de su hijo, aunque no estuviera presente hasta el final porque su mujer lo echó de la sala de partos por haber contestado una llamada de trabajo. En resumen, que el del esparadrapo no se muere por marcharse, aunque sabe que si el del bigote y el de las

cejas se ponen en contra de él, no va a poder quedarse sin resultar un plasta. Lo único que podría salvar la situación es que tuviera una idea. Una idea brillante que les proporcionara un plan de acción y que a la vez lo colocara a él en la posición de alguien con iniciativa, alguien útil, alguien que siempre será mejor que no se vaya.

–Habría que hablar con Kojavi –les dice medio al del bigote medio a Pnina, que ha dejado de llorar y se limita a jadear–. Pnina ha dicho que sacó el número de teléfono de la PDA de Avner. Y si a Avner el solo hecho de soñar con él le hace gritar dormido, eso significa que lo tiene bien metido en la cabeza.

Cualquiera sabe, pero a él le parece que todo el asunto de la pistola indica que se va a suicidar, aunque ¿y si lo que tiene pensado hacer es asesinar al tal Kojavi? Hay que llamarlo para prevenirlo y saber qué es lo que pasa.

En el momento en el que el del esparadrapo dice «suicidarse», Pnina vuelve a echarse a llorar, y cuando dice «asesinar», directamente se desmaya. Suerte que el del bigote logra sostenerla justo antes de que se dé con la cara en la acera. El del esparadrapo corre en dirección al del bigote para ayudarlo, pero la mirada del del bigote le advierte que no le parece buena idea. El de las cejas, que se mantiene al margen, dice que no es nada, que son los nervios. Hay que darle un vaso de agua, sentarla en un banco y enseguida se repondrá.

–Largo de aquí los dos –grita el del bigote–, ¡largo ahora mismo!

Después, en el taxi, el del esparadrapo le dirá al de las cejas que el del bigote se ha pasado, que quién es él para levantarles la voz. Hoy, si a un oficial se le ocurre hablarle así a uno de sus soldados, le cae un buen puro, así que ¿qué se ha creído el del bigote gritándoles de esa manera a dos personas a las que apenas conoce y que encima solo querían ayudar? Eso es lo que dirá luego en el taxi. Pero ahora, a la salida del edificio de oficinas de Herzliya Pituaj, el del esparadrapo no dice nada, sino que se marcha con el de las cejas dejando al del bigote solo con Pnina.

El del bigote la lleva en brazos hasta el coche y la sienta con mucha delicadeza en el asiento de al lado del conductor, como se haría con un objeto frágil. Pnina se despierta antes de que lleguen al coche y murmura algo con los ojos entrecerrados, pero ahora, una vez que la ha soltado, es cuando consigue entender lo que dice.

–Tengo sed –susurra.

–Lo sé –dice el del bigote–, pero no llevo agua en el coche, lo siento. Podemos ir a comprar una botella. Viniendo hacia aquí, muy cerca, he visto un Aroma.

–¿Crees que ya estará muerto? –pregunta Pnina.

–¿Quién? –pregunta el del bigote.

Sabe muy bien a quién se refiere, pero se hace el que no la entiende por ver si con ese truco ella llega a creerse que está exagerando.

Pnina lo mira, pero no dice «Avner», como cabría esperar. Se limita a quedarse mirándolo.

–Estoy seguro de que se encuentra perfectamente –dice el del bigote, y su voz suena muy convincente.

Gracias a esa voz le dieron en su momento la dirección de la sucursal de Raanana, y ahora la de Ramat Aviv.

–Tengo miedo –dice Pnina, igual que ha imaginado que lo iba a decir al comienzo de esa velada.

Está tan guapa mientras lo dice. El del bigote se echa hacia delante y le besa los reseos labios. Estos se alejan de los de él. A él no le da tiempo a ver nada, ni siquiera se da cuenta del movimiento de la mano de ella, pero su mejilla nota perfectamente la bofetada.

La última y, en realidad, única vez que Pnina le había dado una bofetada a alguien, fue a Avner. De eso hacía ahora diecisiete años. Por entonces todavía no era ni rico ni amargado ni se estaba quedando calvo, pero tenía ya esa especie de seguridad en sí

mismo que le hace creer que todo le pertenece. Era su primera cita y habían ido a un restaurante. Avner le habló muy mal al camarero y lo obligó a que se llevara de vuelta a la cocina lo que ella había pedido, que aunque haya que reconocer que no era algo exquisito, estaba más que pasable. Pnina no entendía qué estaba haciendo allí con aquel chico en aquel restaurante. Su compañera de piso les había hecho de celestina. A Pnina le dijo que Avner era un tipo brillante y a él que Pnina era maravillosa, una manera de decir que era muy guapa sin tener que sentirse una machista. Avner se pasó la velada hablando de acciones, derivados y órganos institucionales sin dejarla meter baza. Después de cenar la llevó a casa en un precioso Autobianchi blanco. Se detuvo a la entrada del edificio, paró el motor y le dijo que subía con ella. Pnina le hizo saber que no le parecía muy buena idea. Entonces él le recordó que conocía a la compañera de piso y que solo quería subir para saludarla. Para saludarla y para darle las gracias por haber hecho que se conocieran. Pnina sonrió muy educadamente y le dijo que su compañera de piso volvería muy tarde esa noche, porque tenía guardia. Le prometió que le transmitiría los recuerdos y el agradecimiento, y ya estaba abriendo la puerta del coche para bajarse, cuando Avner volvió a cerrar la puerta y la besó. No había en aquel beso ni el más leve signo de titubeo, ni la más mínima búsqueda o pregunta de cómo se sentiría ella al otro lado de ese beso. Aunque no fue más que un beso en la boca, Pnina se sintió como si la hubiera violado, de manera que le dio una bofetada y se bajó del coche. Avner no salió tras ella, ni siquiera la llamó. Desde la terraza del piso Pnina pudo ver el Autobianchi de Avner todavía aparcado abajo, sin moverse. Quizá durante una hora. Porque cuando se fue a la cama, todavía seguía allí. Por la mañana la despertó un mensajero con un ramo de flores enorme pero de dudoso gusto. En la nota aparecía escrita una sola palabra: «perdón».

Cuando el de las cejas llega a casa su mujer ya está durmiendo. Él, por su parte, no siente cansancio. Tiene el cuerpo a reventar de adrenalina. Su cerebro sabe que todos los desvelos, las esperas y las extrañas discusiones de esa noche han sido en vano, pero su cuerpo es lo bastante estúpido como para habérselo tomado en serio. En lugar de irse a la cama, se sienta frente al ordenador a revisar el correo electrónico. El único que ha recibido es de un tonto que hizo con él la primaria y que ha encontrado su dirección electrónica en internet. «Eso es lo más deprimente de toda esta tecnología», piensa. «Los que inventaron internet son unos genios, y seguro que creían que hacían avanzar la humanidad, mientras que la realidad es que en lugar de que la gente aproveche tanta ciencia para investigar y aprender, la usan para darle la lata a cualquier desgraciado que compartió pupitre con ellos en cuarto de primaria. ¿Qué pretende Yiftaj Rosales que le conteste? ¿Te acuerdas de cómo trazábamos una línea para dividir el pupitre en dos partes exactamente iguales? ¿Y cómo me dabas un codazo si me salía de mi mitad?». El de las cejas intenta imaginar cómo será la vida de Yiftaj Rosales, si todo lo que tiene para hacer en su tiempo libre es buscar por Internet a un niño al que nunca apreció de verdad solo por el hecho de que hubieran compartido clase hacía treinta años. Tras pasarse unos minutos convenciéndose de lo superior a Rosales que es, el de las cejas empieza a pensar en sí mismo. Cualquiera diría que tiene una vida tan interesante. Se pasa el día inclinado sobre las apestosas bocas de los pacientes empastándoles las muelas podridas. «Una profesión muy respetable», eso es lo que dice su madre siempre que habla de los dentistas. ¿Pero qué tiene esa profesión de respetable? ¿Qué diferencia hay, en realidad, entre él y un fontanero? Porque lo cierto es que ambos trabajan ante unos pestilentes orificios, taladrando y tapando fisuras para ganarse el pan. Ambos hacen bastante dinero. Y las probabilidades de que ninguno de los dos disfrute realmente con su trabajo son bastante altas. Solo que la profesión del de las cejas es «respetable», y para alcanzar ese respeto tuvo que exiliarse durante cinco años para estudiar en Rumanía, mientras que seguro que el fontanero lo ha tenido mucho más fácil. Porque lo que es hoy, la

cosa ha sido ya el colmo, con lo de la operación de encías de ese viejo que no ha dejado de quejarse y de sangrar y casi se le ahoga con la goma succionadora. El de las cejas no ha podido dejar de pensar, mientras intentaba tranquilizarlo, que todo eso era en vano, porque hasta que el viejo se haya acostumbrado a los implantes tendrá que pasar, por lo menos, un año, y seguro que un par de días antes o después se morirá de un infarto, de cáncer, de una embolia, o de cualquiera de las demás cosas de las que se muere una persona de su edad. Habría que limitar la edad de recibir tratamiento a los ochenta años, piensa mientras se quita los zapatos, y pasada esa edad, decirles sencillamente: «Ustedes ya han vivido bastante. A partir de ahora consideren que lo que les queda de vida es un plus, un regalo sin ticket de cambio. ¿Que les duele? Pues no pasa nada. A esperar a que se les pase o a que se mueran». «Esa edad», piensa el de las cejas mientras se lava los dientes, «cada vez la tengo más cerca, la siento como un caballo desbocado que viene hacia mí echando espuma por la boca. Dentro de poco seré yo el que esté ahí echado en esa cama sin levantarme». Y el hecho de pensarlo, le produce cierta tranquilidad.

–Lo siento –dice el del bigote–, no era mi intención.

Pnina podría ponérselo difícil preguntándole cuál era entonces su intención, si no era besarla. ¿Aprovecharse de ella ahora que estaba tan débil? ¿Después de haber tenido que ir hasta Herzliya en ese coche que huele a ambientador de coco mezclado con olor a sudor? Pero no dice nada, porque se siente desfallecida. Lo único que le pide es que la vuelva a llevar a casa.

–Sería mejor que fuéramos a la policía –dice el del bigote–, por si acaso.

Pero Pnina dice que no moviendo la cabeza de lado a lado. Avner terminará por volver, lo sabe, no es el tipo de persona que se vaya a suicidar ni tampoco es capaz de pegarle un tiro a nadie. Al principio, cuando lo ha dicho el del esparadráp, ella se ha asustado mucho, pero ahora, cuando intenta imaginarse a Avner metiéndose el cañón de la pistola hasta el gañote o llevándoselo a la sien, se da cuenta de que sencillamente ese no es él. El del bigote no se lo discute y se limita a llevarla a casa. Abajo sigue el vehículo del *catering* con dos ruedas en la acera y obstruyendo el paso. Pobrecillos, llevan todo ese rato ahí esperando. El del bigote se ofrece a ir a hablar con ellos. Pnina se da cuenta de que quiere ayudarla para compensarla por lo de antes. Pero no se lo permite. Y no por castigarlo, sino porque ya no tiene ganas de nada. Cuando se baja del coche, oye que él la llama. Espera que no sea para volverse a disculpar. La furia que hace un rato la invadía, ha desaparecido. Ya no está enfadada con él, de verdad que no. Lo cierto es que parece una persona maja. Y el hecho de que la haya besado... Puede que no haya sido el momento adecuado para hacerlo, pero desde el principio, desde que llegó al piso, Pnina ha notado que la deseaba y la sensación que ella ha tenido ha sido de agrado, precisamente. El del bigote le entrega el regalo para Avner junto con una tarjeta de visita y le explica que ahí aparece también su móvil y que lo puede llamar a cualquier hora. Ella asiente. No piensa llamarlo, por lo menos no hoy.

El del esparadráp encuentra donde aparcar justo a la puerta de su edificio. Pero en lugar de subir las dos plantas, introducir la llave en la cerradura de la puerta, desvestirse a oscuras en el pasillo y meterse sigilosamente en su lado de la cama, echa a andar. Al principio no tiene ni idea de adónde. Toma por la calle Shtand, luego por Shlomoh Ha-Melej, King George, y al final toma Dizzengof. Cuando está en la calle Dizzengof es cuando comprende que lo que quiere es ir a la playa. Avanza hacia el paseo marítimo y de ahí baja a la arena. Se quita los zapatos y los calcetines y se queda quieto donde está, moviendo los dedos de los pies en la arena. A sus espaldas oye el ruido del tráfico de la calle y una música *trans* que brota de uno de los quioscos. Delante de él percibe el rumor de las olas estrellándose contra el malecón cercano.

–Perdona –le dice un chico con el pelo a lo militar y que parece haber surgido de la nada–, ¿eres de aquí, de Tel Aviv?

El del esparadrapo asiente.

–¡Del carajo! –exclama muy contento el del corte a lo militar–. ¿Sabes dónde me puedo divertir un rato?

El del esparadrapo podría empezar a preguntarle a qué diversión se refiere: ¿alcohol?, ¿chicas?, ¿a esa especie de misterioso calor que te inunda el pecho? Pero no merece la pena, porque no tiene ni idea de dónde encontrar ninguna de esas cosas, así que se limita a decirle que no con la cabeza. Pero el del corte a lo militar no cede.

–Si me has dicho que eres de aquí, ¿no?

El del esparadrapo no le contesta y se queda mirando muy fijamente un punto lejano en el que el color negro del mar se junta con el negro del cielo. «Me gustaría saber qué habrá sido del tal Avner», piensa. «Espero que al final todo haya terminado bien».

¿Qué animal eres?

Las frases que estoy escribiendo ahora son en beneficio de los telespectadores de la televisión pública alemana. La reportera que ha llegado hoy a mi casa me ha pedido que teclee algo en el ordenador, porque eso siempre queda muy bien filmarlo: el autor escribiendo. Es un lugar común, lo sabe, pero los clichés son al fin y al cabo como la versión concentrada y nada sexy de la verdad, y su función, como reportera, es convertir esa verdad en sexy, destruir el cliché con la ayuda de la luz y de un punto de vista sorprendente de la cámara. Y como la luz de mi casa le viene fenomenal y no tiene que encender ni un solo foco, no me queda más que sentarme a escribir.

Al principio he simulado estar escribiendo, pero me ha dicho que tampoco es eso. Que se nota mucho que hago comedia.

–Escribe de verdad –me ha exigido, para enseguida recalcar–, un cuento. Nada de limitarte a juntar una colección de palabras. Escribe con naturalidad, como suelen hacerlo.

Le he dicho que no me resulta nada natural escribir mientras me filman para la televisión pública alemana, pero ella ha insistido.

–Pues aprovéchalo –me ha dicho–. Escribe un cuento precisamente sobre eso. Sobre lo nada natural que te resulta y sobre cómo de lo poco natural que es, de pronto se te ha ocurrido algo auténtico y rebosante de pasión y de deseo. Algo que te empape desde el cerebro hasta la entrepierna. O al revés, porque a ti no sé cómo te funciona. Es decir, de qué parte del cuerpo te nace la inspiración exactamente. Porque eso es algo muy personal.

Me ha contado que una vez entrevistó a un escritor belga que siempre que escribía tenía una erección. Que había algo, en la escritura, que «hacía que se le endureciera el miembro», esa es la expresión exacta que la reportera empleó. Seguro que era una traducción literal del alemán, porque en inglés sonó muy raro.

–Escribe –me volvió a pedir–. Estupendo, me encanta lo torcido que te pones cuando escribes, con el cuello completamente curvado. Es fabuloso. Sigue, sigue escribiendo. Fantástico, así, con naturalidad. Ignórame, intenta olvidarte de que estoy aquí.

Así que sigo escribiendo, consigo ignorarla y hasta me olvido de que está allí. Sigo tan natural. En la medida de lo posible. Tengo una cuenta pendiente con los telespectadores de la televisión pública alemana, pero no es este el momento de ajustarla. Lo que tengo que hacer ahora es escribir. Escribir algo con gusto, porque lo de escribir tonterías no le va nada a la cámara para que la toma salga bien.

Mi hijo vuelve de la guardería. Corre a darme un abrazo. Siempre que tenemos en casa a alguien de la tele, él corre a abrazarme. Al principio los reporteros se lo tenían que pedir, pero ahora ya está entrenado: tiene que correr, sin mirar a la cámara, abrazarme y decir: «Te quiero mucho, papá». No ha cumplido cuatro años y ya sabe cómo funcionan las cosas, mi querido y dulce hijito.

Mi mujer no es tan buena en eso, según la reportera de la televisión pública alemana. Es menos amoldable. No hace más que atusarse el pelo constantemente y mirar de reojo hacia la cámara. Pero tampoco es que eso suponga un gran problema porque siempre se pueden eliminar esos momentos en el montaje. Eso es lo que tiene la tele. La vida, no. En la vida no puedes ni cortar ni borrar nada. Solo Dios puede hacerlo, o un autobús que la atropelle. O una enfermedad. Nuestro vecino de arriba es viudo porque una enfermedad incurable se llevó a su mujer. No era cáncer, sino otra cosa. Algo que empieza en los intestinos y siempre acaba mal. Se pasó medio año cagando

sangre. Eso es por lo menos lo que él contó. Medio año hasta que el Dios todopoderoso la eliminó en el momento del montaje. Desde que ella murió, en nuestro edificio entran todo tipo de mujeres con tacones y que huelen a perfume barato. Aparecen a las horas más inesperadas, a veces hasta al mediodía. Él es pensionista, nuestro vecino de arriba, así que no tiene horarios. Y ellas, según mi mujer, son putas. Cuando dice «putas», le sale de lo más natural, como si estuviera diciendo «apio». Pero cuando la filman, no. Nadie es perfecto.

A mi hijo le encantan las putas que vienen a casa del vecino de arriba.

–¿Y vosotras, qué animal sois? –les pregunta cuando se las encuentra en el portal–. Yo soy un ratón. Un ratón muy rápido que se escapa.

Ellas pescan la onda al momento y lanzan nombres de animales: elefante, oso, mariposa. Cada puta y su animal. Es extraño, porque las demás personas, cuando el niño les pregunta lo mismo, nunca acaban de entender a lo que se refiere. Mientras que las putas se dejan llevar por el juego.

Eso es lo que me hace considerar que quizá sería mejor que la próxima vez que venga a mi casa un equipo de televisión, me traiga a una de ellas en lugar de mi mujer, y así todo saldrá más natural. Se las ve estupendas, baratas pero guapísimas, y mi hijo, además, se lleva de maravilla con ellas. Cuando le pregunta a mi mujer qué animal es, siempre se empeña en contestarle:

–Yo no soy ningún animalito, cariño, soy una persona. Soy tu mamá.

Y entonces él siempre se echa a llorar.

¿Por qué será mi mujer tan poco natural? ¿Por qué le resultará tan fácil decir de unas mujeres con perfume barato que son «putas», y por qué raya en lo imposible decirle a su hijito «soy una jirafa»? La verdad es que me da mucha rabia, y hasta me entran ganas de pegar unos buenos puñetazos. No a ella, porque a ella la quiero, sino a cualquiera. Desahogarme con alguien que lo merezca y liberarme así de mis frustraciones. Los de derechas pueden descargar toda su furia con los árabes. Los racistas, con los negros. Pero nosotros, los de la izquierda liberal, estamos atrapados. No tenemos con quien desahogarnos.

–No las llames putas –le pido a mi mujer–, porque no puedes saber si lo son, tú no has visto a nadie que les pague, así que no las llames así, ¿vale? ¿Cómo te sentirías tú si alguien te llamara puta?

–Estupendo –me dice la reportera alemana–, me encanta esa arruga de la frente y el ritmo al que tecleas. Ahora solo nos faltan unas cuantas tomas de algunas traducciones de tus colecciones de cuentos a otros idiomas para que nuestros telespectadores sepan que eres un escritor de éxito, y que tu hijo te vuelva a abrazar, porque antes ha corrido demasiado y a Jurg, nuestro cámara, no le ha dado tiempo a cambiar el encuadre.

Mi mujer le pregunta a la alemana si ella también me tiene que volver a abrazar y yo pido para mis adentros que diga que sí. Me apetece tanto que mi mujer me vuelva a abrazar, que sus suaves brazos me rodeen, como si en el mundo solo existiéramos ella y yo.

–No es necesario –le dice la alemana en un tono muy frío–, eso ya lo tenemos.

–¿Y tú qué animal eres? –le pregunta mi hijo a la alemana, y yo me apresuro a traducírselo al inglés.

–Yo no soy ningún animal –se ríe ella, pasándose una mano de larguísimas uñas por el pelo–, yo soy un monstruo, un monstruo que ha llegado del otro lado del océano para comerme a los niños pequeños y guapos como tú.

–Dice que es un pájaro cantor –se lo traduzco a mi hijo con toda naturalidad–; dice que es un pájaro cantor de plumas rojas que ha llegado volando de un país lejano.

Notas

[1] Sukah: precaria cabaña que se construye al aire libre para la Fiesta de las Cabañas o de los Tabernáculos y en la que la familia hace vida los siete días que dura la fiesta en conmemoración a las transitorias viviendas en las que se alojaron los israelitas los cuarenta años que duró su éxodo en el desierto tras su huida de Egipto. (N. de la T.)

[2] Britah: femenino de la palabra brit, «circuncisión». Ceremonia con la cual se presenta a familiares y amigos al nuevo miembro femenino de la familia, al que se le hace una fiesta similar a la de la circuncisión de los varones. (N. de la T.)

[3] Ketubah: contrato matrimonial judío. (N. de la T.)

[4] Ela significa 'diosa' en hebreo. (N. de la T.)

[5] Las Kiriots de Haifa son unos barrios populares de la zona norte de la bahía de Haifa. (N. de la T.)